

CURROS ENRÍQUEZ, MANUEL (1851-1908)

POESÍAS

AIRES DE LA TIERRA

ÍNDICE:

INTRODUCCIÓN
LA VIGEN DEL CRISTAL
UNA BODA EN EINIBO
EL GAITERO
LA PRIMAVERA
EL MAYO
BIEN LLEGADO
¡AY!
EN LA MUERTE DE MI MADRE
A LOS MOZOS
CANTIGA
LA IGLESIA FRIA
SALUDO
NOCTURNIO
MIRANDO AL SUELO
LAS CARTAS
PEREGRINOS A ROMA
SOLA
TEMPLO DESIERTO
ALBORADA
CARTAS PERDIDAS
MELODIA GALLEGA
¡ROMPED LAS LIRAS!
DELANTE DE UNA IMAGEN DE IÑIGO DE LOYOLA
LA EMIGRACIÓN
EN LA LLEGADA A ORENSE DE LA PRIMERA LOCOMOTORA
EL VIENTO
ENCOMIENDA
TANGARAÑOS
LAS DOS PLAGAS
EN EL CONVENTO
SOBRE UNA FOSA
EL CIPRIANILLO
A LUCIANO PUGA
EL ULTIMO HIDALGO
A PALABRA
EL DIVINO SAINETE
A ROSALÍA DE CASTRO

A LA SOCIEDAD LIRICA DE LA HABANA "AIRES DA MIÑA TERRA"
A MARIQUIÑA PUGA
POR LA UNION
JURAMENTO
LOS DIOSCOROS
LA HOZ DEL ABUELO
A CRISTOBAL COLON
EN LA APERTURA DEL CENTRO GALLEGO
EN CORSO
LA ESPINA
EN LA TUMBA DE ROSALÍA
AL PUEBLO CORUÑES
"LA ALBORADA" DE VEIGA

INTRODUCCIÓN

Escribir nada más para una provincia
o, como los pueblos arcaicos hicieron,
escribir sobre la cáscara de los alcornoques,
casi todo viene a ser lo mismo.

Nuestra voz, en la soledad perdida
morirá sin dejar siquiera ese eco
que la brisa melancólica de otoño
deja en la copa azul de los Alisos.

No puede ser tampoco de otra suerte:
pasaron ya, para no volver, los tiempos
en que el lenguaje era una cifra mágica
fácil sólo al sacerdote hebreo.

Las gentes tristes que en el verbo humano
procuran los ideales que entrevieron,
cuando al vate interrogan, nuevo Oráculo,
quieren revelaciones, que no misterios.

Y escribir en una lengua conocida
de aquellos sólo que donde nosotros nacieron,

¿qué es sino responder a esas preguntas
en revesados jeroglíficos pérsicos.

Todo tiende a la unidad, ley, de entre todas,
la más inexorable del progreso;
y el que de cien naciones un pueblo hizo,
un idioma hará de cien dialectos.

Como paran en el mar todos los ríos,
como los rayos del sol paran en un centro,
todas las lenguas han de parar en una,
que hemos de hablar todos, tarde o temprano.

¿Por qué lanzar al público este libro
si la división dialéctica condeno?
diréis, con razón, los que leáis,
si las leéis, estas páginas. Os lo diré:

Cuando todas las lenguas el fin hallen
que marca a todo el providente dedo,
y con viejos idiomas extinguidos
sólo un habla universal formemos;

esa lengua pulida, idioma único,
más que hoy enriquecido, y más perfecto,
resumen de las palabras más sonoras
que aquellas que nos dejaron en herencia;

ese idioma, compendio de los idiomas,
como una serenata placentero,
como una noche de luz de luna, dulcísimo,
será – qué otro sino – será el gallego.

Habla de mi madre, habla armoniosa,
en la que el ruego de los tristes sube al cielo
y en la que descende la plácida esperanza
a los ahogados y doloridos pechos;

habla de mis abuelos, habla en la que los parias,
de tinieblas y polvo y sudor cubiertos,
piden a la tierra el grano del color de la sangre
que ha de cebar a la bestia del laudemio...

Lengua casta, en que las ánimas de los muertos
en las negras noches de silencio y miedo,
encomiendan a los vivos las obligaciones
que, ¡desdichados!, sin cumplir murieron.

Idioma en que gorjean los pájaros,
en que hablan los ángeles a los niños,

en que las fuentes sollozan, y murmuran
entre los frondosos árboles los vientos;

No, tú no morirás, céltica musa
nacida de Suevia en los bosques espesos,
último amor del pálido Macías,
atravesado el corazón con un hierro;

Fecundo numen del único rey sabio
que en el solio de España tuvo asiento,
arpa inmortal de la dulce Rosalía,
del infortunado Añón, himno postrero:

Tu no puedes morir... ¡Eso quisieran
los descastados que te escarnecieron!
Más tú no morirás, Cristo de las lenguas;
¡no, tú no morirás, oh Nazareno!

Apóstol tuyo, aunque el más ruin de todos,
para donde quiera llevaré tu evangelio,
los harapos vistiendo de ignominia
que para mofa a los costados te pusieron.

En tu nombre, por tierras y por mares
ofreceré paz y salud a los enfermos,
les hablaré de la patria a los desterrados,
de libertad y redención a los siervos.

Anunciare el día de tu triunfo
por ciudades y villas y desiertos,
y si por anunciarte me apedreasen,
¡aún al morir te mentarán mis labios!

LA VIRGEN DEL CRISTAL

*Rapazas de Vilanova
bien os podéis alabar;
que no hay Virgen en el mundo
como LA VIRGEN DEL CRISTAL
(Cantar del pueblo)*

Almas ardiente para llorar nacidas
una ciencia que Dios no quiso daros;
mariposas gentiles, esparcidas
alrededor de una luz que ha de quemaros;
almas llenas de dudas de fe vacías;
de una eterna ignorancia eternos parvos;

gusanos envueltos en un montón acceso
de huesos de muerto que llamáis progreso:

Parad un poquito el fatigoso paso
en el que vais a rodar sin tino,
y no al viento le deis, engañoso,
la balbuceante voz de un peregrino,
sombra de un sol que nace esplendoroso,
rama descuajada del gigante pino,
recuerdo vivo de una edad pasada
entre el polvo de los tiempos enterrada.

La voz amiga que hasta vosotros se atreve
es de gente de paz. Yo soy un ave
de pío amoroso y alas de nieve,
que sólo anidar en los campanarios sabe.
Desde ellos coge la luz, desde ellos bebe
el incienso en ondas que subió de la nave,
y cuando cae desmoronada la torre
mira las alas y piando muere.

Cuando tengáis esta voz oída,
cual eco de fantástica viola,
ya esta sombra habrá desaparecido,
cenizas sólo quizás será esta rama:
entonces, que tras el último quejido,
sólo será un cadáver esta ave loca,
¡almas, volved a vuestro afán, volad,
buscando el fin de la ciega humanidad!

¡Yo no puedo seguiros! Si amo tanto
el progreso y la luz ¿por qué en la frente
grabado he de llevar el desencanto
de esta dulce ilusión que el pecho siente?
¿Por qué, cuando proféticos levanto
al porvenir mis ojos, tristemente,
me hiere la sien remordimiento sordo
y de los pasados tiempos me acuerdo?

Miedosa queja se esparce en el viento
por ciudades y villas a la redonda,
que aún suena con tanto sentimiento
como en la playa cuando llega la ola.
Ese triste quejido, ese lamento,
es de alguien que sufre pena honda...
¡Es el pasado que muere! La lira dadme,
y si canto a ese muerto... perdonadme.

Sí, yo os canto la vida en el pasado;
que otros canten la vida en el futuro:

yo de un tesoro sé que está olvidado,
y para sacarlo a la luz la tierra hurgo.
Si el tiempo es siempre el mismo, y agarrado
va el presente a lo que paso, seguro,
podría ser, bien en la villa, bien en la aldea,
que útil para muchos mi canto sea.

I

Cerca de la ciudad de Orense,
camino de Celanova,
donde es más tibio el viento
que a la tierra gallega azota,
de un círculo de montañas
en la falda, siempre verdosa,
se extiende un valle florido,
cubierto de hierbas olorosas,
 pinares y arboledas
ricos en frutas y sombra.

Allí, por la primavera,
después de salir de la escuela,
van los muchachos a buscar
raíces para comer e hipocistos;
y las niñas, más delicadas,
y no como ellos golosas,
hallan allí los claveles
con los que los cabellos adornan,
y hacen, con espliego y hierbabuena,
ramilletes que luego deshojan.

De este valle justo en medio,
entre hiedras y musgo envueltas,
yergue las torres un castillo,
hecho allá en eras remotas
de piedra de sillería,
casi con el tiempo roja.
Como este antiguo edificio
otro no hay, según cuentan,
pues dicen que fue levantado
por una princesa mora,

desde la puesta del sol
hasta la salida de la aurora;
y aún hay viejos que aseguran,
y podía que cierto fuera,
que debajo de los cimientos

que los altos muros soportan,
dejó la mora princesa
para que quien se atreva, muera,
sobre una viga en equilibrio
dos cántaras que asombran:
una de alquitrán henchida
y otra de monedas y joyas.

De suerte que quien quisiera
coger la que el oro atesora,
rompe una cántara y muere
hecho carbón bajo la otra,
quedándose al mismo tiempo
sin el santo y la limosna.

A la cara del castillo,
amontonadas todas,
o por la vega esparcidas
como bandada de palomas,
las retalladas troneras
abiertas al sol que las dora,
se encontraban las blancas casas
de la villa de Vilanova.

Vilanova de los Infantes
es villa de gran fama:
no hay zapateros en el mundo
que batan mejor la suela;
ni se cuecen en ninguna parte
panes que aquí no cuezan,
y de aquí salen para los telares
las mejores hiladas.
Aquí está la gracia de los hombres
y la flor y nata de las mozas;
en fin, sólo aquí nacieron,
sólo aquí Martiño y Rosa.

II

Allá por el año de gracia
de mil seiscientos treinta,
era dueño del castillo
que en Vilanova se ve aún,
don Jácome Mazcareñas,
señor de catorce villas.
Hombre de fárragos viejos,
en la corte del Rey vivía,
pues, gallego como hay muchos,

le daba enojo Galicia.
Sólo de ella se acordaba,
si alguna vez lo hacía,
para cobrar rentas y foros
sin aviso y por justicia.

Por estas barrabasadas
todos ojeriza le tenían,
y cuando cara a Madrid,
allá por el verano, salían
en carros abarrotados
dinero, granos y harinas,
los pobres de los labradores
que en aquellos carros veían
irse las mezquinas ganancias
conque a sus hijos mantenían,
de trabajar deslomados,
mientras las carretas se iban,
quedaban para sí diciendo:
“¡Qué de nada te sirvan!”

Entre la baja servidumbre
que don Jácome mantenía
para que cuiden de sus tierras,
de los bienes y regadías,
estaban Martiño y Rosa:
él para hacer las vendimias,
para las escardas y podas
de los jardines, huertas y quintas,
y ella para guardar el ganado
en los robledos vecinos.
De los dos solamente Rosa
dentro del castillo vivía.
Martiño tenía veinte años
y Rosa dieciséis tenía,
él era un mozo arrogante,
y ella un hechizo de linda;
nunca tuvieron amores,
y aunque por ella bebía
los vientos Juan de Ventraces,
Rosiña lo tomaba a risa.

Huérfanos ambos a dos,
sin amparo en esta vida,
sirviendo los dos al mismo amo
se encontraron cierto día.
Desde entonces Martiño y Rosa
sintieron el alma herida,
y quizás que se murieran
de mal de melancolía,

si una mañana no quedaran
novios al salir de misa.

III

Mucho deben de quererse
los criados de Mazcareñas,
mucho deben de quererse
cuando tanto parlotean.
Todas las noches sentados
en un gran poyo de piedra,
están hablando solos
al pie del castillo él y ella.

Mentira o verdad, que corre
desde la villa a la aldea,
que, para en otoño casarse,
tienen la ropa ya hecha;
pero hay quien jura y perjura
(nunca faltan malas lenguas)
que hasta que los enamorados
salgan juntados de la iglesia,
han de pasar muchas cosas
y han de crecer muchas hierbas...

Mala cosa es en este mundo
la condenada envidia,
más no van descaminados
los que el casamiento niegan;
pues una noche de luna,
noche silenciosa y fresca
del mes de Santiago, cuando
todas son flores las vegas,
todo es aroma el campo
y dulce música la tierra,
en la plaza de Vilanova,
del castillo donde la cancela,
Martíño y Rosa hablaban
de semejante manera

.- Martíño ¿qué diablo
tienes hoy? ¿No hablas?
¿Para estar como un mochuelo
has venido de la escarda?
Si cuando te fuiste
enojado no estabas,
¿qué flema traíste
del monte para casa?
¿Te picó una culebra?

¿Te lastimó una rama?
¿Te salieron los lobos?
¿Te echaron un hechizo?
Responde, Martiño,
¿qué tienes que te callas?

.- No sé cómo te oigo,
garduña descarada;
¡no sé cómo te oigo
y me estoy en calma!
¡Qué tengo! ¿Qué tengo
me preguntas, taimada?
¡Qué tengo! Te lo diré...
Pues..., ¡te tengo lástima!
¡Traidora!

.- ¡Dios mío!

.-Fiarse de rapazas
que dicen que os quieren...
¡Fiarse de palabras! ...

.- ¡Martiño!

.- ¡A Martiño
no le importa a nadie! ...

.- ¿Pero hombre, loqueas?
¡Jesús qué desgracia!
¡Vecinos! ...
.- ¡No grites!
¡No grites... y calla!

.- Pero hombre, si cosas
me dices que me espantan...
¡Si mismo das miedo!
¡Si los ojos te saltan!
Martiño, ven, siéntate,
sosiega, descansa;
yo nada te hice
para lo mal que me tratas.
Solita en el mundo,
de nadie mirada
¡me faltaba ahora
que tú me dejaras!
Pues yo bien te quiero...
¡Por eso no falta! ...

.- Tú me quieres mucho...,
Rosiña... rosada...

Tú me quieres mucho...
Tú lo dices... y basta.
Lo mismo dijiste
a Pedro Balada,
y a Juan de Ventraces
y al amo de la casa,
cuando hace año y medio
vino a ver la labranza...
¡Que nunca él viniera!
¡Que nunca él llegara!

.- ¡Santísimo Cristo
de Orense me valga! ...
.- Para que hoy te ayude
ya es tarde, rapaza.
Y yo, loco, quería,
y yo, loco, pensaba
casarme contigo...
¡Mi niña de la casta!

.- Martiño, aunque pobre,
faltar no me faltas.

¡Pues cuida lo que piensas!
¡Pues cuida lo que hablas!
Para burla, ya abundan
seis meses de charla...
¿Qué Juan ni que Pedro?
¿Tú si que tienes ganas?
No, pues... ¡Descalábrame
con el mango de la azada,
mas déjame la honra
que es cosa sagrada!
¡Ay! Tu andas, Martiño
con malas compañías;
tú té juntas ahora
con gente malvada,
y crees a esas lenguas
peores que la rabia.
Haces bien, ya que puedes.
Desde hoy no hay nada
de cuanto para la boda
decirte esperaba...
Tocante a limpieza,
¿y pues qué pensabas?
¡Cristal nunca viste
que a mí se igualara!

.- ¡Rosita!

.-¡A Rosa
no le importa a nadie!
¡Y adiós! Si a otra quieres...
provecho te haga.

De esta suerte murmurando
Rosa, de desconsuelo llena,
haciendo como que se ríe
entró en el castillo aprisa;
pero aunque haga que hagamos
para que esto no se conozca,
ella va limpiando los ojos
mientras que sube la escalera.
En la puerta, como una estatua,
Martíño se muerde la lengua,
y aunque tose y silba
como quien no siente penas,
una de la boca le sale
y otra en el cuerpo le queda...

cuando por fin, acordando,
pensó en lo que le rodea,
dijo, hablando consigo:
“O miente Juan o miente ella”.
Y luego, tirando al suelo
desesperado la montera,
añadió; “No pues... sí Rosa
tiene del cristal la pureza,
¡juro a Dios Juan de Ventraces,
que te he de arrancar la lengua!”

IV

Mientras, ¡pobrecita!, la niña enamorada
de pena desfallecida, llorando a hilo está;
mas vive del castillo en cámara alejada
y nadie de sus males se compadecerá.

¡Miradla! Por el hombro cayéndole el cabello,
los ojos arrasados, partido el corazón,
se metió en su cuarto, cerró con el pestillo
y esta, ¡mi cosita!, gimiendo en un rincón.

De la alcoba en la que duerme, por la alta claraboya,
de albahacas tapizada, amapolas y alelís,
se desliza el blanco rayo de la luna placentera
y el perfumado aroma de la campesina brisa.

Desde allí, Rosiña escucha el burbujear del río
que del castillo cerca desde unos peñascos cae;
de los pájaros de la noche, el resonante pío
y la música que el viento en las arboledas hace.

Mas tiene tan consumido el corazón de pena
que en nada hallar puede consuelo ni placer,
y llora que te llora como una Magdalena,
da lástima, creedme, da lástima de ver.

Primer desengaño de nuestro amor primero,
que traes contigo el frío de una mañana sin sol,
¡tú nos roes como los gusanos la flor del naranjo,
y el corazón nos transformas en seco pellejo!.

Por donde pasas dejas la baba corrompida
de limo venenoso, amarga como la hiel,
conviertes en un infierno la más hermosa vida,
¡detrás de ti no queda sino hastío cruel!

El pecho remordido por ese desengaño,
Rosa se desalma, mudada de pesar;
se enjuga las lágrimas con la punta de su paño
y exclama muchas veces, volviéndolas a derramar:

“¡Yo, que así Dios me salve, si entiendo lo que me dijo!
De alguna malquerencia calumnia debe ser,
porque yo jurar jurara al pie de un crucifijo,
que a nadie más que a él quise, ni pienso más querer.

Si pruebas él me pidiera y darlas yo pudiese;
si el arca de las virtudes le pudiera mostrar,
vería que, guardada, aunque a él no le interese,
aquella virtud tengo que es mi deber guardar.”

De sollozar al cabo y pelear cansada
con tantos pensamientos que en la cabeza tiene,
la pobrecita Rosa se acostó pesarosa,
en la almohada reposando la fatigada sien.

Poquito a poco los ojos se le fueron cerrando,
joyas encendidas en la luz de un puro amor,
y a la Virgen entre dientes una oración rezando,
se quedó adormecida en un sueño encantador.

Entonces, una señora
toda de luz rodeada,
de estrellitas coronada

que como diamantes son,
con un manto en la cabeza
de paño negro, muy lindo,
calladamente, sonriendo,
entró por la habitación.

Nunca se vio en este mundo
más hechicera criatura,
ni para tan grande hermosura
comparación puede haber:
por ojos tiene dos luceros,
por dientes perlas de los mares,
por greñas rayos solares,
por risa un amanecer.

De las orejas pendientes
lleva unos aretes de lumbre
y por gallega costumbre
delantal de paño de seda;
zuecos de palo de almendro
en los pies de hechura enana,
y en el cinto una muradana
con pliegues que genio dan.

Pasito a paso se llegó
a la cama en que duerme Rosa,
y brotándole graciosa
una mirada de amor,
le dijo con tono blando
que música parecía:
“Rosiña, la Virgen María
te trae consuelo y favor.”

“Yo bien sé que tu alma
está cubierta de luto;
yo bien sé que sufres mucho,
por que hay quien duda de ti;
pero yo, que desde el cielo
cuido de aquel que me llama,
yo haré -¿sí? – que tu fama
quede cual fue hasta aquí.”

“No llores, mi pequeña,
no llores más, pastorcita;
yo velo por ti, mi niña,
tú de mi cuenta estás.
Martiño estará pesaroso
mañana quizás de lo que digo,
pasado, estaré contigo
en el monte, si al monte vas.”

Se calló Nuestra Señora
y envuelta en dorada nube,
sube... que sube... que sube
se perdió en la inmensidad.
Rosa se quedó dormida
a su placer y regalo.
Pronto despertará; ya el gallo
cantó barruntando la mañana.

V

.- Mucho madrugaste hoy,
dijo Juan de Ventrases a Martiño,
encontrándolo con cara destemplada
por la mañana muy pronto en un camino.

.- Nunca fui perezoso,
le repuso Martiño de mal modo,
porque Martiño es poco hablador
.- Pues hijo, así y todo
otros su negocio hacen primero...
.- Anda eso... ¡qué le quieres!
Si fueran como tu todos los hombres...,
.- Oye, a mal no me lo tomes,
mas... tienes poco partido entre las mujeres.
.- Juan, llevo mucha prisa
porque tengo que hacer en la dehesa.
Voy para Porto do Outeiro,
que sino ten presente lo que digo,
sobre esas cosas y otras que me callo
mucho tendría que hablar contigo,
mucho que ahora vale más callarlo...
.- Mira ¿Ya te enrabias?
ay, Martiño, cualquiera que te escuche
y bien no te conozca
dirá que no tienes seso en la cabeza
a fuerza de pensar desde la otra noche.
A mi cuento volviendo,
como antes te decía,
no hay una mujer que no se ría
de lo pavo que eres tú...
.- Yo no te entiendo.
Habla claro si sabes;
pues, que el diablo me lleve,
si desde que me dices cosas tan graves
no me tienes tiritando, como la nieve.
Conque... ¿dices que las rapazas del concejo
hablan por ahí de mí? ¡Mirad al diablo!
¡Pues estoy servido! ...

Pero tengo entendido
que aun me quieres como quiere el lobo al cordero.
¡Que le vamos ha hacer! Y yo que creía
que nadie que hablar de mí tenía...
.-¡Eso quisieras! Pero vives engañado,
porque ayer por la noche todavía,
me dijo en cierto son cierta vecina,
hablando de que estabas enamorado,
que más suerte que tú la tiene cualquiera
escuerdo esmirriado,
de piernas torcidas y de cara fiera.
“Y esto bien se adivina
- me decía la rapaza del relato -
porque, después de que se la llevo el gato,
es cuando él va en busca de la sardina...”
.- Cállate Juan, y vete; que aún es pronto
para que contigo un escarmiento haga;
no ahondes la llaga...
no me hables ya más de ese secreto
que pesa sobre mí como una plaga...
En mi pellejo ponte:
¿no te abundó cuanto dijiste antes? ...
Lárgate Juan, lárgate rápido, pronto;
que, sin que nadie lo note ni sospeche,
cuando me hagas falta, te buscare...
porque te tengo que contar un cuento...
¡Ladras bien..., ojalá rabies!
Mas, si cual tienes maldad tuvieras fuerzas,
las pruebas de lo que dices ya me hubieras mostrado
sin aguardar a que el gazzate te retuerza.
.- Martiño, ¿luego picaste?
Me alegraría de ver que eres valiente,
porque aun hay quien dice – ¡cosas de la gente! –
que cuando con uno te encuentras...te cagas...
.- Quien te diga tal, dile que miente...
yo nunca de alabarme fui amigo,
ni luchas aprendí, ni al palo juego;
pero al que me hizo una - ¡oye lo que digo! –
quisiera o no, me la pagó luego.
Si tú creerme no quieres,
el mal será para ti; pues te prometo
que si de hoy a un mes cuenta no dieres
de la honra de Rosa, a la que hurtaste el crédito,
¡hete de clavar la lengua en un espeto
para escarmiento de hombres y mujeres!
.- ¿es verdad lo que dices?
.- No lo repito
.- Pues entonces... ¡hasta agosto!
.- ¡Lo dicho... dicho!

De esta suerte hablando
Juan de Ventraces y el infeliz Martiño
Se fueron separando,
y sin decir más nada
cogieron cada cual por su camino,
Martiño, triste, Juan, silbando.

El día clareaba;
del sol, que a relumbrar comenzaba,
una franja amarilla
por los altos pico se extendía;
la brisa en las zarzas resonaba,
y allá en el cielo – pendiente estrella –
trinaba aleteando una alondra.

Del lado de Levante
de sombra y lumbre pabellón flotante,
va corriendo suave, suavemente,
tapando los horizontes, negra nube,
y de ella por delante
tormenta de fuego ardiente
esparce húmedo aroma a tierra caliente.

Martiño caminaba,
más triste cada vez, a toda prisa.
¡Cuántas lágrimas lloraba
por aquel camino de la dehesa!

“Querer a una rapaza hermosa y pura;
pedirla por mujer con cortesía;
ir ahorrando para la boda y más para el cura;
guardarle ley un día y otro día;
respetarla, adorarla con locura;
pegar por ella saltos de alegría;
y cuando uno está lívido, ciego
por la amorosa fiebre,
escuchar una noche en un camino:
No te cases, Martiño,
si no quieres llevar gato por liebre...”

“Trabajar toda la vida;
andar bregando siempre con esta azada
para conservar sin mancha, ennoblecida
la limpia fama de mis padres heredada;
y de pronto escuchar de boca ajena
una mañana, en medio de un camino:
Mira lo que haces, Martiño
que se ríen de ti por toda la aldea...”

“¡Ay, con estos comparados,
nada los tormentos son de los condenados!
¿Será verdad, Juan de Ventraces? ... ¡Dímelo!
¡Ten piedad de mí, de estas lágrimas,
de este infierno en que gimo,
devorado por dientes como agujas!
Yo no sé si te crea,
pero..., ¡Virgen María!,
si dijese la verdad yo moriría...
¿Será el diablo? ... ¡Renegado él sea!”.

Así diciendo el mísero labriego,
sin calma ni sosiego,
se metió en la dehesa desconsolado,
y de su azada armado
comenzó sin descanso su trasiego.

Llevaba ya Martiño
rapaz de mucho aguante,
siete horas de trabajo seguido,
cuando en esto, de viento un remolino
irguió la tierra por la vega adelante.

La densa polvareda
oscureció el sol por un instante,
y estremeciendo el valle y el robledal,
rasgó la negra nube de Levante
el ronco son de un trueno flameante.

Las gárgolas del cielo
se desgajaron entonces, y de su seno
tanta lluvia mandaron
que las huertas se arrasaron
el río se desbordó, lleno,
y los árboles y las plantas se deshojaron.
En la tempestad aquella
caía como un rayo cada gota
y en ninguna parte se vio otra como ella.

Martiño, horrorizado,
en el vientre se metió de una cañota
¿Qué le importa al desdichado?
Si está del agua del cielo resguardado,
¡ay, si no lo está de la que de los ojos brota! ...
“¿Pudiera ser - decía -,
pudiera ser que Rosa me engañara?
¿Rosa, por quien daría
cuanto Nuestro Señor en el mundo cría,
hasta un reino, si en suerte me tocara?
No puede ser, no puede ser, de fiijo.

Pura como un cristal, dijo la otra noche:
¡pura como un cristal! ... Cuando me lo dijo,
no hay razón para que con la duda luce”

.....

Brilló entonces, de súbito,
en los cielos un relámpago,
que esparciendo la niebla
en un rayo reventó.
Ardió en fuego la atmósfera,
se alumbró el campo
y se astilló el árbol
en que Martiño entró.

De la bofetada eléctrica
que le despidió el rayo,
Martiño ciego, atónito,
cayó tumbado al suelo.
Mas luego, reponiéndose
del natural desmayo,
juzgándose cadáver
se llevó al pecho la mano.

Poco a poco los párpados
abriendo se persignó,
y al ver pasada casi
tan fuerte tempestad
sano y salvo viéndose,
de la tierra se levantó
y de la cañota cóncava
salió tranquilo ya.

Mas cuando todavía, ¡mi ángel!,
no diera una zancada,
cuando traspuesto en júbilo
en el suelo se acuclilló.
-¡Nunca yo naciera! ... se dijo,
y recobrando la azada,
una no vista cosa
de la tierra levantó.

Era una piedrecita, piedra,
era una piedra, piedrecita,
como un huevo de gallina
tallado en fino cristal;
una piedra primorosa,
elíptica, limpia, pura,
de artificio y soldadura
sin siquiera una señal.

Mirada desde lejos
reluce como un diamante,
parece de algún gigante
ojo sin párpado, atroz;
pero mirada de cerca,
sorprende, admira, espanta,
viendo en ella a la imagen santa
de la bendita Madre de Dios.

No es un guijarro formado
por los goteos de la tierra,
ni en cantera ni en sierra
pudo hallarla nadie.
No es una piedra de nieve
que el calor derretiría,
ni cristalización, que tendría
otra forma de la que tiene.

No es un aerolito ardiente,
pedazo de piedra extraño
cuyo origen soberano
todavía no se encontró.
No es volcánica lava,
que fuera de color más oscuro,
estalagmita, ni meteoro...
ni el diablo que lo inventó.

Esta es una piedrecita, piedra,
esta es una piedra, piedrecita,
tan rara, tan pulidita,
como otra en el mundo no hay.
¡Mismo parece una lágrima
de los ojos de Dios caída,
para quedarse convertida
en cárcel de su Madre!

¡Qué hermosa está dentro de ella,
qué linda Nuestra Señora!
¡Con qué gracia seductora
deja su semblante ver!
Por ojos tiene dos luceros,
por dientes perlas de los mares,
por greñas rayos solares,
¡por risa... un amanecer!

Viendo tanta maravilla
metida en tan corto espacio,
en tan pequeño palacio
tanta grandeza de Dios,
Martíño, pasmado todo,

tomando el cristal al peso,
exclamó: -“¡Ande por eso! ...
¡Ande por eso... mirad vosotros!”.

Quiso ponerse de rodillas,
quiso quitarse la montera
y guardar en la fatriquera
el milagroso cristal;
pero de sus pensamientos
por segunda vez asaltado,
diciendo: -“¡Estoy rematado!”,
lo tiró de un golpe al valle.

“No, - continuo – Dios no quiere
que logre mi demanda;
ya Dios a su Madre no manda
para los enamorados valer.
Esos fueros otros tiempos...
y eso cristalino pájaro
fue... la chispa de aquel rayo
¡qué me debiera hendir!”.

En esto se vio viniendo la noche
y, terminada la faena,
Martíño, siempre con pena,
se fue yendo cara al lugar,
y cuando entró por la villa
dijo de remordimientos lleno:
“¿Será un aviso del cielo? ...
¡No lo quisiera apostar!”.

VI

Si la tradición que sigo en algo no miente,
de las escenas pasadas al día siguiente
por la mañana,
de un sauce a la sombra, hilando,
en el valle de Vilanova guardando el ganado
Rosiña está.

Ignorante de cuanto le acontecía
al pobre Martíño, por quien sufría
soledades mil,
Rosa, la cintura clavada en la rueca,
husada hilando tras husada,
pensaba en él.

Y mientras que en suspiros lazaba a los vientos
los ayes que le arrancaban sus pensamientos

tristes, crueles,
por el campo los cabritos correteaban
y las vacas y las ovejas despuntaban
tojós y cardos.

Apenada pastorcilla sin paz ni calma
¡Cuántas hieles en el fondo de tu alma
deja el amor!
¡Cuántas sombras en el cielo de tus encantos!
¡Cuántas lágrimas en los ojos – válgante los santos!-,
¡cuánto dolor!

Huérfana desde que naciste, triste, hambrienta,
aunque pobre hasta ahora tu vida honrada
por ti habló.
¿Qué te importó de los bosques dormir a la sombra?
¿Qué te importó de espinos pisar alfombra?
¿Qué te importó?

Todo lo pasaste riendo... Todo se pasa
mientras que quede la honra dentro de la casa;
pero ¡Ay de ti!,
despreciaste un hombre por pretendiente
y desde entonces tu fama, de gente en gente,
va por ahí...

¿Qué hiciste, Rosiña desventurada,
qué hiciste? ... ¿Estabas empecatada
para tal hacer?
Despreciar por Martiño a Juan de Ventracas...
¡No sabes de lo que los hombres son capaces,
pobre mujer!

“Trabajar toda la vida desasosegada
para conservar la honra de abuelos heredada,
santa virtud,
cuando una con novio tiene parloteo
escuchar que nos dice: - ya en ti no creo,
¡rabies tú!”.

Ir comprando para la boda todos los trabajos,
todo el día encontrarse del novio lejos,
muerta de afán,
y cuando la noche llega para los enamorados
escuchar que nos dicen labios amados:
“¡Vete con Juan!”.

“No hay pena como esta tan horrorosa,
¡no hay pena como ésta! – murmura Rosa -
en el saucedal.

Y de pronto la apenada, para el suelo mirando,
recogió de entre las hierbas, toda temblando,
aquel cristal”.

“¡ Jesús que galanura! – repuso -, ¿estaré ciega?
¿Vestida de gallega la Reina de la hermosura,
en mi mano, es posible?
¡No puede ser! ¡Loqueo! ... Ríase al que se lo cuente;
pero yo soñé la otra noche que venía desde el cielo
de mi cama al pie”.

“¿Será verdad, Rosa? ¿Metida en un huevito
tan requetechiquito, tan linda, tan hermosa
como la miré entonces?
¡La misma muradana que le caía tanto!
¡el mismo delantal! ..., ¡el manto de terciopelo, o pana!
No estoy loca... no.

“Si en torno no paciera, mirándome, mi ganado,
que estoy ahora soñando dijérase cualquiera...
¡Jesús! ¡Valla que cosa!
¡Qué ojitos, qué mirada, qué labios, qué cabello,
qué orejas, qué manto, qué frente nacarada,
qué diablo de mujer”.

“Y mira... y juguetea... y se ríe la Santa Imagen...
¡Cómo me muestra el traje! ¡Cómo me parpadea!
¡Algo me va a pasar!
¿Qué dice? ... ¡Hablarne quiere! ¿La escucharé? ... ¡Calla!
¡Pues es verdad que habla! ... ¿Señora? ...lo que quisiera...
Ya os voy a escuchar”.
“¿Qué acuda a la cita?” ¿y luego? “¿Qué viene por Dios mandada,
para que me vea honrada el que en celoso fuego
me juzgó criminal?”...
¡Señora! Una pastora, baldón de toda la gente,
no era merecedora de tener tal defensora...
Pero...hablad, sí tal.

“¿Qué quiere que le levanten en el valle una capilla?
¿Qué quiere que de rodillas le recen y le canten?
Pues bien, querida, bien.
Pero... se calló... ¡tan pronto! ¡Ya no, ya no la escucho!
No tengo el oído sordo, mas yo no sé de fijo
que palabritas son...
¡Mamá! ... Para los que no amen seré siempre invisible
- decía – y es imposible que les falte a los que me llamen
de todo corazón...”

“¿Qué haré yo, guijarro, que ahora más te agrade?
¿Llevarte donde el Abad? ¿Llevarte donde Martiño?

¿Qué diablos haré yo?
Vamos ovejitas, vamos...Tú aquí, cabrita coja...
¡Cardosa! ¡Aquí novilla! ;... ¿Acaso quieres burlarte?
¡Hey, para el establo, hey! ...”

VII

Una noche azul de agosto
como de verano regalada,
Vilanova de los Infantes
toda es bulla y algazara.

Nunca la misteriosa luna
vertió por luz tanta plata,
ni en las zarzas la brisa
esparció más fragancia.

Por la plaza y por las calles
las mozas cantando pasan,
y los mozos van detrás
dando gritos y palmadas.

Improvisando un baile
a la puerta de cada casa,
por todas partes se escucha
son de panderos y gaitas.

De legua y media a la redonda
los mocitos de la montaña
saludan aquella fiesta
con la luz de sus antorchas.

Las viejas de toda la villa
salen de los balcones a las barandas
y los niños medio desnudos,
con la cabeza rapada
brincando y saltando se enredan
entre las piernas de los que bailan.

Esta noche los zapateros
no quieren coger la maza,
ni las rapazas hilan,
ni los panaderos amasan.

Esta noche en Vilanova
es noche de parranda;
que así lo dispuso el concejo
y el señor Abad lo manda.
El Abad de Vilanova,

que don Juan de Barros llaman,
para congregar a los feligreses
mandó tocar las campanas.

Encasquetado el bonete,
vestido de estola y alba,
se subió al púlpito y dijo
a los que debajo escuchaban.

.- Hermanitos, ya sabéis
como hace cuatro semanas
se digno Nuestra Señora
por medio de una rapaza
venir a visitar esta villa
para hacer en ella morada.
De tanta merced asombrado
como Dios nos dispensaba
el señor Obispo de Orense
quiso ver la imagen santa;
pero corrió tantas tierras
en este tiempo su fama,
que cuando el Obispo hacerle
una capilla pensaba,
el Rey don Felipe Cuarto
que hoy en paz gobierna España,
cuidando no fuese cierta
maravilla tan sonada,
la mandó pedir de prisa
para verla y admirarla.
Yo la mande muy envuelta
entre otras reliquias varias:
el Rey la miró, la tocó,
volvió a verla y tocarla,
y con ojos encandilados
y la lengua de media vara,
dudaba de cuanto veía,
como Dídimo dudara.
¿Y entonces qué hizo? Temiendo
que el cristal en que encerrada
está la Virgen, fuese cosa
en que pudiese haber trampa,
llamó a los más afamados
artífices a su cámara,
les dijo que examinaran
el cristal con toda calma,
y declarasen en autos
cuanto de raro notaran.

Así se hizo, plateros
y peritos de la Real Casa,

hombres de letras y ciencias
se juntaron en una sala
de su palacio, en presencia
de mil gentes cortesanas,
y después de grande estudio
y admiración sin tasa,
dijeron todos a una
que lo que de ver acababan
no tenía en el mundo ejemplo;
y así, que el cristal y la Santa
eran de origen divino,
pues otro no le encontraban.

“Después de este juramento
todos cayeron a las plantas
de nuestra Virgen y entonces
Rey, caballeros y damas
le hicieron ofrendas ricas
de joyas, de oro y de plata,
para que se le yerga una ermita
en el campo en el que fue encontrada.
Todos estos pormenores
me los da el Rey en una carta
que una posta de Madrid
ahora mismo de entregarme acaba.

“La virgen ya vuelve a estar
en Vilanova: ¡Adorarla!
Y mientras que los canteros
no le levanten la casa,
venid a rezarle a esta iglesia,
Virgen Del Cristal llamándola.

“Y ahora idos con Dios;
y de este día en recuerdo,
hoy y mañana, si Dios quiere,
nadie en la villa trabaja.
Lo mismo quiere el concejo,
cediendo a mis instancias.
De daros la misma orden
el pregonero se encarga”.

Cuando de la iglesia salieron
cuantos dentro de ella estaban,
Martíño se fue a rondar
de Rosa bajo la ventana.

Rosa estaba en el castillo
de gentes rodeada,

porque como era bonita
y vivía en fama de santa,

desde que guardando el ganado
en el valle a la Virgen hallara,
a todos les gusta, y todos
van, para que peque a tentarla.

Ya hizo un mes que Martiño
tuvo con Rosa palabras,
y aun las paces no hicieron
porque a tesón nadie les gana.

Pero Martiño esta seco
de celos como unas pajas
y no puede aguantar más
un mal del que él mismo es la causa.

Por eso como hasta ahora,
vino muchas veces a husmear
pero Rosa, o no le veía,
o por no verlo se alejaba.

Llevaba ahora de espera
un buen tiempo bajo la ventana;
pero Rosa no salía
como quien dice... ni ganas.

Martiño tose que tose...
Martiño canta que canta...
Pasea que te pasea...
Pero lo que es Rosa... ¡nada!

Allá arriba el pobrecito
oía bromas y cántigas,
y quizás Rosa se reía
mientras él rabiaba.

Por fin cuando ya Martiño
se iba a meter en su casa,
Rosa se asomó y entonces
cambiaron estás palabras.

.- Gracias a Dios mi Rosa
¿Me das un ramito de albahaca?
.- Cuando lo que puedo me piden,
nunca negué nada a nadie.

.- Dios te haga tanto bien
como le das a mi alma;

que desde que no te veo
parece que algo me falta.

.- No me vengas con esas,
Martíño, que... todo acaba...
¿No te acuerdas ya de la noche
que traidora me llamabas?

.- ¡Ay! Buen castigo me has dado
y otro más grande esperaba.
Dude de ti... un mal amigo
Me dijo... ¿Quién no dudara?

Pero ese crimen... me costo
Si vieras... ¡Ay! ¡tantas lágrimas! ...

.- ¿Y te arrepentiste?
.- Escucha:
esa noche malhadada
me dijiste: "Estoy tan limpia
Cómo un cristal" ¡Bien hablabas!
Porque la mañana del otro día,
Sin que tú me las mostraras,

Dios mismo me daba las pruebas
de la pureza de tu alma.
El cristal que tú encontraste
antes de que tú lo encontraras,

yo lo hallé, yo lo tuve
en esta mano callosa y áspera,
yo fui quien lo vio caer
y yo quien lo tiró con rabia,

sin conocer... ¡malos demonios!
cuanta grandeza encerraba.
¡Tú si que suerte tuviste!
Dios lo quiso y es muy sabia
su divina voluntad.

.- ¡Quien sabe si me llamaba
Dios para sí de esa manera,
Martíño!
.- ¿Qué dices? ... ¿Qué hablas? ...
.- No jures por Dios Martíño.
.- ¿Piensas morirte, rapaza?
.- ¡No pero la cuenta es la misma
pienso casarme! ...
.- ¡Acabaras!
Pues lo que es por mí... ahora
mismo, si quieres.
.- Hace falta

tener dote: el señor Abad
de aportarla me dio palabra.

.- ¿Dote? Tú no la precisas.
.- Pues ya he vendido las faldas
y el pañuelo de flores... todo,
para que haya en la fiesta gaita.

.- ¿Luego vas ha casarte desnuda?
Si en vez de vender compraras...

.- Es que... para mi casamiento
abúndame una mortaja.

.- ¡Oye! ¿Casarse es morir?

.- Cuando con Cristo una se casa,
muere para el mundo...

.- ¡Rosiña!

¿Monja tú?

.- ¡Martíño calla!

¡Calla y vete! Si yo no pude
¡que otra feliz te haga!

.- ¿Y así... me dejas... Rosiña?

.- Martíño la Virgen me lo manda

VIII

En esto Rosa se retiró
de la ventana del edificio,
dejando tieso, en la calle
al desdichado Martíño.

Pálido, sombrío, atónito,
como un mármol de frío,
sin pestañear siquiera,
clavado está en aquel sitio.

Entonces una risotada
burlona le llega al oído,
risotada de lobo hartos...,
risotada de cocodrilo...

.- ¡Rayo de Dios! –Dijo al punto,
todo en cólera encendido -.

¿Quién se ríe?

.- Juan de Ventraças.

.- ¿Tú ladrón de honras?

.- El mismo.

.- ¡Me alegro! Así como así,
tengo una deuda contigo
y la voy a cumplir ahora.

.- Cuantas quieras. Vengo listo.

- .- Pues abundan las palabras.
- .- Abundan, lo mismo te digo.
- .- Cara a Sotoverde Juan.
- .- Cara a donde quieras Martiño.

IX

Por la mañana del otro día,
en el monte de Sotoverde
por encima de vilanova,
no se cabía de gente.

Allí todos asombrados,
muchachos, hombres, mujeres,
miraban con la boca abierta
una cosa que estremece.

Sobre el marco de una heredad
clavada en una estaca viese,
y de ella en un gancho
está una legua pendiente.

Unos dicen: “ Por lo que es de larga
a la de una bestia parece”;
y otros: “parece de un puerco
según la sangre que vierte”.

Estando en estas y en otras
sin saber cómo, se corrió
que era de Juan de Ventrases
aquel miserable presente.

Pues por la mañana muy pronto
Juan, desangrado, muriéndose,
llegó a la villa mostrando
no tener la lengua entre los dientes.

Cuando esta nueva se supo,
muchos lástima le tienen,
pero muchos más exclaman:
“¡Bien hecho, para que escarmientes!”.

La justicia anduvo loca
procurando al delincuente,
mas cómo Juan no hablaba,
no pudo darse con él.

Martiño se hizo el zorro,
y cuando la que tanto quiere

se fue a Allariz a meter monja,
él, enamorado siempre,
se fue detrás, para vivir
de su convento enfrente.

¡Pobre rapaz! una noche
de frío y triste diciembre,
de la profesión de Rosa
pasados ya cuatro meses,

Martiño, al pie del convento,
ardiendo en amorosa fiebre,
estaba mirando la reja
de la celda en que muchas veces
se le figuró de Rosa
ver el semblante celeste.

Pensaba que tras las piedras
de aquel recinto solemne
habría quien se sintiese
de la misma suerte que él siente,

sin conocer que las niñas
que la vida a Cristo le ofrecen,
dejan a la puerta los amores
cuando en el claustro se meten.

Nevaba. Suavemente, suave,
quieto, quietamente,
iban cayendo..., cayendo...
los copos de nieve.

Mucho los ojos esfuerza
y mucho la cabeza yergue,
pero en la reja de la celda
nada Martiño distingue.

Siempre mirando, mirando,
ni a respirar se atreve
y por pensar en su Rosa
hasta del frío de olvida.

Tras una hora, otra hora
va pasando lentamente,
y él, ni se mueve del sitio,
ni se cuida de la intemperie.

De vez en cuando el apenado
sin darse cuenta, se estremece,

se le encoge el cuerpo
y bate diente con diente.

Valles oteros y montes
se borran y desaparecen
y el blanco sudario, triste,
por todas partes se extiende.

Allá arriba, en la reja,
todo es oscuridad entre tanto;
nada se siente, ni nadie
detrás de los hierros aparece.

Martiño en aquel instante
ver a Rosa pareciéndole,
quiso hablarle... no pudo...
expiro... y se murió.

La nieve que en él caía,
fue haciendo a su alrededor
una fosa que lo tragaba
desde los pies hasta la frente.

Sobre su cuerpo muerto,
quieta, quietamente,
iban cayendo..., cayendo,
los copos de nieve.

X

Lectores, si olvidando del mundo los trabajos
vosotros fuerais de paseo de vilanova al valle,
entrad respetuosos, entrad calladitos,
a la primorosa ermita de la VIRGEN DEL CRISTAL.

Si escasos de fortuna besaseis su planta,
si a visitarla vais faltos de salud,
os socorrerá luego la milagrosa Santa;
en el mundo no hay otra que tenga más virtud.

De tristes cobijo, de pobres esperanza,
de los enamorados guía, sostén del labrador,
cuanto de Dios quisiera, tanto de Dios alcanza;
no hay quien no le deba consuelos y favor.

Cuando yo era pequeño, por mi madre llevado,
de la aparición le pedí, la leyenda celestial;
si cual la dejo escrita no fuera de vuestro agrado,
la culpa no se la echéis a la VIRGEN DEL CRISTAL.

UNA BODA EN EINIBO

I

.-¿Cómo te llamas, rapaza?
.- Me llamo Águeda Silván.
.- ¡Ay Águeda! ... Entre esas silvas
me quisiera yo enredar...

Tal dijo a cierta niña
cierto diablo de rapaz,
y desde entonces entre ambos
se quieren a no poder más.
Todas las noches de invierno
en las hiladas del lugar
están de broma y palique
desde entonces Águeda y Blas;
y no hay fiesta en la aldea,
ni procesión en la ciudad,
donde juntos no se encuentren
un galán y otro galán.
Cuando hay danza en el terrero,
y Blas al terrero va,
es siempre Águeda la primera
que con él se pone a bailar.
Si ella va a la romería,
él a la romería va;
si ella da un céntimo a un ciego,
él otro céntimo ha de dar;
y espejo de enamorados,
de su cariño en señal,
si ella un clavel en la boca
lleva por casualidad,
él otro clavelito
ha de por fuerza llevar.

Envidia de todas las mozas
cuando juntos vienen o van,
muchas al son del pandero
le cantaban este cantar:

“No te acerques mucho a la lumbre,
mariposilla real;
no te acerques mucho a la lumbre
mira que te vas a quemar.”

Mas hacen tanto caso de esto,
tanto de esto les da,
como si rodara un carro,
como si ladrara un perro.

Un año pasó y otro año
para los enamorados en paz;
si antes se querían,
se quieren hoy mucho más.
A la ley que los dos se tuvieron,
temiendo al cabo faltar,
porque toda cuerda rompe...
por donde explica el refrán,
una migaja de estado
tratando al fin de tomar,
Águeda y Blas de esponsales
hicieron juramento formal,
y para casarse pidieron
licencia y venia a sus padres.

II

Y allí van de cara a la iglesia,
allí van ambos a dos,
por los dos suegros guardados,
seguidos de sus abuelos;
ella de alegría llena,
él muriéndose de amor,
parecían dos pájaros,
conforme uno del otro al lado
se miraban a hurtadillas
cual si tuvieran rubor.

Águeda estaba tan cuca,
que daba admiración;
de aquellos sus ojos negros
le aumentaban el negror
la cofia y el capotillo
y la saya, que negras son.
Las amapolas de sus labios
cogían un rojo aun mayor
del collar de corales
que el novio le regaló.
“¡Que hermosa vas! .- murmuraban
detrás de ella algunos chismosos –
¡Dios quiera que te dure
mucho tiempo ese color! ...”

Pero si ella en componerse
puso todo su tesón,
Blas no va menos compuesto,
que atrás no se quedó;
pues aunque era por agosto
y quema que pasma el sol,
lleva una capa tan larga,
que no hay otra mejor.
¡Qué calados en la camisa!
¡Qué zapatos de malla!
¡Qué paño el de la chaqueta!
¡Qué rizo el del pantalón!
¡Qué bien le cae la escarapela
que cosida con una liñuela
lleva a un lado del sombrero
desde que de las quintas se libró!
¡Trabajos que para escabullirse
pasara en aquel entonces!
¡Médicos que lo robaron!
¡Dinero que le costó!

Mas aquellas agonías
pasadas, gracias a Dios,
todo para Blas hoy es gloria,
felicidad y amor.
A la par de Águeda, muy tieso
en la iglesia el rapaz entró;
le dio a la novia agua bendita,
les oyó el confesor,
y luego el señor abad
les echo la bendición.

Desde la víspera avisado,
por ser de uso en Einibó,
está esperando al cortejo
el gaitero que llegó.
Y cuando, por fin, del templo
salieron ambos a dos,
de la gaita el tiriliro,
del tambor el tromporrontrón,
cayendo las doce del día
en la espadaña del reloj,
hacia la casa del novio
la patrulla marchó.

III

Mas ya de Blas en la cocina
ruge el torrezno en la sartén,

hierven a fuego vivo los potes
y huele a orégano y perejil.
Preparada en el salón
una mesa de ocho pies,
con cuatro manteles cubierta,
porqué no llega con un mantel,
humean encima de ella
tres bandejas, todas tres,
de chorizos amontonados,
lacón y vaca a escoger.
Hogazas por donde se quiera
de pan blanco se ven,
tortas de centeno y maíz
para gusto de quien quiera;
y en un rincón, con cuartillos
allá por cuarenta y seis,
revienta de llena una cántara
de purrela como la miel.

Llegados a la casa los novios
y los convidados también,
hicieron la cruz en los platos
y se pusieron a comer.
¡Lo que aquellas pobres viejas
en sus hijos se revén!
¡Casi envidian los casados
a los que están por merecer!
¡Qué ojeadas le echan a ella,
que ojeadas le echan a él,
solteritas y solteritos,
cuando nadie los ve!
Mientras unos hablaban, y otros
no paraban de comer,
los padres de los novios decían
en voz baja, con cierto aquel:
.- El mío... lleva una yugada
y un carro... ¿Y la de usted?
.- ¡Una hucha llena... de honra!
.- Pues mire, le abunda bien;
porque donde hay honra y salud
están los mejores bienes.

Perdidos el uno por el otro,
tras de una vez otra vez,
los novios se guiñan el ojo,
como quien la cosa no quiere.
Allá, debajo de la mesa
rebullía no sé qué,
que Águeda se puso roja,
roja como un clavel...

“Marcha, perro –decía una vieja -,
¡Ahora el demonio por donde te vienes!
Vete a roer para otro lado,
¿o es que tienes ganas de... ?”

En esto, el vino comenzaba
en las cholas a remecer,
y bebidos ellos y ellas,
todos se pusieron en pie;
y las jarras llevando a la boca
y escurriendo el pichel,
al son pecador de la gaita,
que toca tocatas cien,
los convidados brindaron
de esta manera cortés:
“¡Viva la novia! ¡Viva el novio!
¡Vivan hombre y mujer!
¡Por muchos años se gocen,
por muchos años, amen!

IV

La francachela se acabó,
que a fe no fue ruin.
Ya es de noche; la blanca luna
allá del cielo en el confín,
entre un enjambre de estrellas
como almendras de Allariz,
aun luce que parece
un pandero de marfil.

De frescos aromas cargada
pasaba soplando la brisa,
y los pájaros en las ramas
y en las eras la perdiz,
en sus agujeros los grillos
y las ovejas en su cubil,
unos con sus ronco cantares
y otros con trinos gentiles,
componían una armonía
¡que era lo que había que oír!

Parece que la Naturaleza,
madre cariñosa y feliz,
daba el parabién a los novios,
que eran esposos por fin.

¡Miradlos! Al son de la gaita,
del bombo y del tamboril,

están bailando la muñeira
él y ella al pie del patín.
¡Cómo él tuerce aquellas piernas!
¡Cómo ella estruja el mandil!
¡Cómo recoge él la faja!
¡Cómo ella mueve las caderas!

Alrededor de ellos, en rueda,
mozos y mozas allí
bailan también, entre tanto
que pegando saltos mil,
devoran el pan de la boda
un grupo de peregrinos.

Tanta alegría mirando,
los viejos sin dientes se ríen,
y sienten no tener las piernas
para saltar y rebullir.

Yerguen cien nubes de polvo
con las chanclas los bailarines,
y tanto castañetean,
que nadie se entiende allí.

Gaitero que más bien toque
nunca en Einibó se vio,
que aunque toca a secas, toca
que no hay más que pedir.

Viendo cómo repica
en aquel puntero sutil,
todos se quedan asombrados
un instante sin sentir.

Y cuando al cabo, repuestos
del asombro, vuelven en sí,
preguntan todos: “¿Y los novios?”

... ..

¡Va buena! ¡Ni con un candil!

EL GAITERO

*Siempre por la villa entraba con
aquel de señorío.*

ROSALÍA DE CASTRO

Desde el Lérez ligero
a las vegas que el Miño esmalta,
no hubo en el mundo entero
más arrogante gaitero
que el gaitero de Penalta.

Siempre retorciendo el bozo,
erguida siempre la cabeza,
daba de mirarlo gozo:
era un mocito... ¡qué mozo!
era una pieza... ¡qué pieza!

Después del tiempo pasado,
pasado para no volver,
como un profeta inspirado,
aun me lo parece ver
en la fiesta de San Trocado.

Calzón corto, alta montera,
verde faja, albo chaleco,
y el pañuelo en la faltriquera;
siempre en la gaita parlera
llevaba dorado fleco.

No hubo hombre más cumplido
en el mundo, de banda a banda;
ni rapaz más espigado,
con más riqueza vestido,
ni de condición más blanda.
Para las fiestas y romerías
llamado todos los días,
se hallaba donde quería,
aunque por ciertas porfías
sólo tocaba la muñeira.

Pues, como pocos taimado,
cuando una venta le pega,
jura que para su agrado,
no se tiene aun inventado
música cómo la gallega.

Niño era yo cuando él vivía,
más no lo puedo olvidar.
¡Lo que él en la gaita sabía!
¡Lo que él con los dedos podía
en aquel puntero hacer!

Cuando en las fiestas mayores
era esperado el gaitero,
le echaban las niñas flores,

quedas coplas los cantores,
cohetes el cohetero.

Tras de él, en larga riada,
de la gaita el compás llevando
con infernal batahola,
iban corriendo y saltando
los muchachos de la escuela.

Nunca se pudo averiguar,
viéndola repicar,
por qué, el son de la gaita oyendo,
cuantos bailaban sonriendo,
acababan por llorar.

Pero cuando en el terrero,
cual en el trípode la Sibila,
pegaba el trino primero,
daban al viento el sombrero
todos los mozos de la villa.

Comenzando el baile entonces,
cosa era para admirar
aquel semblante burlón,
aquel aire picarón
y aquel modo de mirar...

Y era de ver con que trazas,
sin hacer pausas ni guiños
ni caso de las amenazas,
hurtaba un beso a las rapazas,
de los novios delante de los hocicos.

Nadie supo florear
de la forma que él floreaba:
verle la muñeira brotar,
era una nube mirar
de angelitos que pasaba.

Gentil, apuesto, arrogante,
en cada nota el gaitero
creaba un limpio diamante,
que luego en el redoblar
pulía el tamborilero.

¿Qué Orfeo se le igualaba,
si mismo, dentro del fuelle
que con el codo apretaba,
parecía que cantaba
escondido un ruiseñor?

Músico al tiempo y poeta,
alguna hada secreta
tenía con que conmovía,
pues nunca de una lengüeta
salió tan dulce armonía.

Tocaba..., y cuando tocaba,
el viento que del roncón
por el canuto gruñía,
dijeran que se quejaba
de la gallega emigración.

Dijeran que desmayada
de dolor la patria nuestra,
azotada, escarnecida,
llamaba, otra Madre llorosa,
a los hijitos de su vida...

Y era verdad. ¡Desdichada!
Contra un peñasco amarrada,
clavado un puñal en el seno,
en aquella gaita nombrada
Galicia era un Prometeo.

Un Prometeo cantando
eternas melancolías;
siempre un consuelo aguardando
y siempre las lágrimas llorando
del desdichado Macías.

Por eso, cuando a tocar
se ponía el gaitero lindo,
cuantos venían para bailar,
si comenzaban sonriendo,
acababan por llorar.

Por eso en villas y aldeas,
por gentes propias y ajenas
era aquel hombre estimado,
y por todos saludado
en caminos y veredas.

Por eso, donde él llegaba
le daban cita de amores
las mozas por que él loqueaba,
y siempre a la mesa se sentaba
de los abades y priores.

Que desde el Lérez ligero
a las vegas que el Miño esmalta,

no hubo en el mundo entero
más arrogante gaitero
que el gaitero de Penalta.

LA PRIMAVERA

Ahí viene el tiempo de mazar el lino,
ahí viene el tiempo del lino mazar,
ahí viene el tiempo, rapazas del Miño,
ahí viene el tiempo de desperezar,
(Cantar del pueblo)

Como la niña locuela
que sale por vez primera
con delantal y muradana
para la fiesta del lugar,
así, gentil y apuesta,
va viniendo la Primavera,
guirnaldas de claveles
vertiendo a su pasar.

Ya encima de los peñascos
no grazna el grajo ronco,
que allá en las negras noches
las nieblas esparció,
ni rezonga en las troneras
al son del viento loco,
que cántigas de brujas
y trasgos remedó.

Ya se oye el pío alegre
del pajarillo tierno,
perdidos sus ojos
en la estrella de la mañana,
y las nubes sacudiéndose
de las brumas de invierno,
vestidas de oro y nácar
por el horizonte van.

Los árboles vacíos
de fruto y de ramaje
cubiertos ya de hojas
comienzan a dar flor;
y a la sombra agazapado
del plácido follaje,
mientras que el ganado guarda,
hace chiflos el pastor.

Ya de amarillo y blanco
se pintan los oteros;
ya nacen en las zarzas
las flores de San Juan;
ya crecen en los vallados
las hiedras y los laureles;
ya tiene espiga el maíz
y las vides granos dan.

Ahí viene para los pobres viejos
sin sangre ya y sin vida,
la luminosidad ardiente
que esparce la luz del sol:
ahí vienen para los poetas
de inspiración garrida,
las aromáticas auras
y la voz del ruiseñor.

Ahí vienen para los cortejos
las noches hechiceras
de los fúlgidos luceros
el manso relumbrar;
ahí vienen para los muchachos
las moras de las zarzas,
y el tiempo de los gandules
que niños van a buscar.

¡Ay, estación florida,
gallarda Primavera,
quién para hacerte coplas
tuviera lo que no tiene! ...
Con el corazón herido,
sin lira garrulera,
¿Quién te cantó, hermosa?
¿Quién te cantó? ... ¡Nadie!

EL MAYO

Ahí viene el mayo
de flores cubierto...
Se pusieron a la puerta
cantándome los niños;
y sus gorros agujereados
para mí extendiendo,
me pidieron castañas
de mis castañeros.

Pasar, muchachos,
callados y quietos;
que lo que es por hoy
que daros no tengo.
Yo soy el pobre
del pueblo gallego:
para mí no hay mayo,
¡para mí siempre es invierno! ...

Cuando yo me encuentre
de dueños libertado
y el pan no me quiten
impuestos y préstamos,
y como las del abad
florezcan mis eras,
llegado habrá entonces
el mayo que yo quiero.

¿Queréis castañas
de mis castañeros? ...
Cantadme un mayo
sin brujas ni demonios;
un mayo sin siegas,
usuras ni pleitos,
sin quintas, ni puertas,
ni foros, ni clérigos.

BIEN LLEGADO

¡Qué dulce y deleitoso
es de un padre el desvelo cuando a la vera
de su lecho de esposo
va a oír placentera
de su primer hijo la voz primera!

¡Qué orgullosa ufanía,
qué mundo de ilusiones y de contentos
acude a la fantasía,
y en tan feliz momento
encoge el corazón y el pensamiento!

¡Heme aquí retirado
de mi hogar en un rincón oscurecido,
contando, al son pausado
del péndulo, el latido
del corazón, de amor estremecido!

Llega hasta mí, profunda,
como la tétrica queja lastimada

de cierva moribunda,
sollozante y cansada,
la voz dolorida de la mujer amada.

Mas, de sus labios rojos
envuelto en los suspiros de amargura,
tregua a mis enojos,
un ángel de hermosura
bríndame eterna, celestial ventura.

¡Ah! Deja que traidores
ceben en ti, mujer, su saña impía
los maternales dolores;
que cuanto más sombría,
más, tras de la noche, nos hechiza el día.

Sufre en callados ayes
el más grande tormento conocido.
¡Sufre! ... ¡Mañana, quizás,
darás por bien sufrido
ese, que a ningún otro es parecido!

¿Quién sabe, al fin, si la estrella
que va a lucir en nuestro triste cielo,
purísima y sincera,
astro llegará a ser que de luz lleno
nuestros días nos hechice luego?

¿Quién sabe si, pujante
esa planta que brota hoy de la tierra,
irguiéndose triunfante
sobre cuanto de podrido y ruin encierra,
árbol será de paz tras tanta guerra?

Ven, hijo de mi alma;
llega, llega y no tardes, mi querido:
la humanidad sin calma,
el mundo en servidumbre sumergido,
aun no nacido, te saludan bien venido.

Y bien llegado seas,
a mi regazo también, ¡mi delicia!,
¡que aun mismo sin vida me recreas,
halagadora y propicia
a mi amante y paternal caricia!

Entretanto, noche, pasa,
pasa, esos tus luceros apagando;
linda es la luna; mas su luz escasa

agüero fuese infame
a la cuna de mi niño alumbrando.

Pasa, noche de las hadas,
en que Dios duerme y se acobarda la gente;
que los párpados cerrados
de mi niño inocente
se quieren al rayo abrir del sol fulgente.

¡Oh, sol! Tú, que atesoras
la luz que diluye la bruma sombría;
tú, que los oteros doras
e inundas de armonía
el cielo, la tierra, el mar, la tarde, el día;

por la gigante loma
yérguete a ver a mi niño, quieto,
cual enamorada paloma
que por la mañana pronto
lleva a los hijos calor en su pico quedo.

Del mundo en las luminarias,
¡oh, sol! ¡sol inmortal!, mi niño espera
tus rayos celestiales...
¡Sí cara a ti naciera,
no cara a la noche, cara a ti corriera!

¡Que cuando yo a esta vida
abrí los ojos, triste noche oscura
me cubrió enlutada,
y desde esa noche impura
aun los crespones arrastro y la tristeza!

¡AY!

¿Cómo fue? ... yo me hallaba fuera
cuando las negras viruelas le dieron;
por telegrama su madre me avisó
y yo vine corriendo.

¡Pobrecito! Sintiendo mis pasos
revolvió cara a mi sus ojos.
No me vio... y lloro..., ¡ay! Ya los tenía
cieguitos de todo.

No me acuerdo que tiempo me estuve
sobre la cuna de dolor demudado;
sólo se que me erguí con mi niño
sin vida en los brazos...

Mariposa de alitas doradas
que te posas en la cuna vacía,
pues por él me preguntas, ya sabes
qué fue de mi niño.

EN LA MUERTE DE MI MADRE

Dulce melancolía, mi musa,
de mi espíritu novia hechicera,
¡déjame que hoy en tu regazo duerma
sueño de piedra!

Nunca, reinita, nunca como ahora
falta me hicieron esos tus besos tibios;
llovió por mí lluvia de sangre, y traigo
frío en los huesos.

Caliéntame tú, que tiritando vengo,
tú, que del pecho curas las heridas,
¡amiga generosa de los que sufren,
melancolía!

Halla mi alma, a la sombra de los cipreses
que los tristes yermos de tus islas cubren,
el olvido que en ninguna parte hallo
para mis dolores.

Haz que al rumor de tus riachuelos, blando,
se adormezcan mis tristes pensamientos.
¡Soy un huérfano! ... Acógeme en tu regazo...
Ya otro no tengo.

¡Ya otro no tengo en que posar la frente,
por las arrugas del pesar surcada;
ya otro no tengo que la amargura enjague
de mis lágrimas!

Madre, ¡adorada madre!, mártir oscura,
blanca paloma, arrulladora y tierna,
¡ay! si supieras como me dejabas...
no te murieras.
Desde que te perdí, la tierra, el cielo,
todo es para mí del mismo color de la muerte.
El sol no me alumbra, ni los campos
para mí tienen flores.

Cual sobre los condenados a anatema,
cayó sobre mi alma eterno luto;

todo me amarga, hasta el aire que respiro;
dámame todo.

Del corazón ha huido esa alegría
que es en las flores aroma y voz en los pájaros,
y andan por dentro de mi pecho los cuervos
revoloteando.

¡Cómo recuerdo aquellas noches claras
en que al fulgor de la plateada luna
me arrullabas el sueño, de tus cantos
con la dulce música!

¡Cómo recuerdo aquellas tardes tristes
en que los truenos sintiendo, rezábamos
por que Dios lleve a los pobres marineros
a puerto salvo!

Por los necesitados caminantes,
por los viejos sin pan y sin abrigo,
por los niños sin padre..., abandonados...
¡como tus hijos!

¡Ay! Yo también rezar quisiera ahora
por ti, de tanto amor en justo pago;
mas desde que te fuiste, mi tórtola,
¡tengo un cansancio! ...

Melancolía, musa de los dolientes,
de mi espíritu novia hechicera,
¡déjame que hoy en tu regazo duerma
sueño de piedra!

A LOS MOZOS

¡Qué triste está la aldea,
qué triste y qué sola!
¡La tierra sin frutos, la feria sin gente,
sin brazos el campo,
sin niños la escuela,
sin sol el horizonte, sin flor la simiente!

La piedra y las nubes
la siembra arrasando,
auguran un año de hambre sombría;
sin pan los labriegos
ni hierba para el ganado,
¿qué va a ser de ellos en el crudo invierno?

Manadas hambrientas
de lobos monteses
bajaron de los montes en la noche callada,
y puestos en fila,
con los ojos encendidos
acechan de los pobres la puerta cerrada...

Mocitos honrados
de sangre bravía,
si al mal de los patriarcas no fuerais ajenos,
librarlos de la muerte,
¡hacer montería
en los lobos de la tierra, en los lobos de los cielos!

CANTIGA

En el jardín una noche sentada
al reflejo del blanco lunar,
una niña lloraba sin tregua
los desdenes de un ingrato galán.
Y apenada entre quejas decía:
“Ya en el mundo no tengo a nadie;
voy a morir sin que vean mis ojos
los ojitos de mi dulce bien”.

Y sus ecos de melancolía
caminaban en las alas del viento,
y el lamento
repetía:
“¡Voy a morir y no viene mi bien!”

lejos de ella, de pie sobre la popa
de un leve negrero vapor,
emigrado, camino de América,
va el pobre, infeliz amador.
Y al mirar las gentiles golondrinas
cara a la tierra que deja cruzar:
“¡Quién pudiera dar la vuelta –pensaba-
quién pudiera con vosotras volar! ...”

Mas las aves y el buque huían
sin oír sus amargos lamentos;
sólo los vientos
repetían:
“¡Quién pudiera con vosotras volar!”

Noches claras, de aromas y luna,
desde entonces ¡qué tristeza en vosotros hay

para los que vieron llorar una niña,
para los que vieron un barco marchar! ...
De un amor celestial, verdadero,
quedó sólo, de lágrimas la prueba,
una tumba
en un otero
y un cadáver en el fondo del mar.

LA IGLESIA FRÍA

Por encima de las lomas,
del monte en el medio,
se levanta todavía,
hidrópico y negro,
cual gigante hipopótamo muerto,
de gusanos cubierto,
rodeado de tinieblas y gramas,
el hombro deforme del viejo monasterio.

De las torres las recias
agujas de hierro,
quejarse parecen
de la marcha de los tiempos;
y de siempre paradas e inmóviles,
semejan los dedos
de una mano de Titán que anda en busca
de rayo que tarda de las iras del cielo.

Desde la alta campana
cae aun en anillas
la fuerte cadena
con triste bamboleo.
Cuando a la puesta del sol, de las montañas
la azotan los vientos,
una sierpe asemeja encantada
que guarda las ruinas bufando y tejiendo.

Los pelos de punta,
en la mano un cuchillo,
con la sangre manchado
de los pobres viajeros,
tiempos hubo en que aquí a buscar venía
seguro y asilo
el ladrón de los caminos, que los frailes
que a Praga quemaban, a salvo pusieron.

De monje vestido
como ellos el reo,
de réprobo a santo

pasó en un día mismo;
y de la garganta que ser debía
tajada en un cepo,
la condena salió, que excomulga
al insigne Colón y al gran Galileo.

Las vírgenes forzadas;
los pobres, vacíos,
pedían mientras
socorro y remedio;
y la justicia, escudero mal pagado
del crimen sangriento,
del sagrado en la puerta quedaba
de rabia y de cólera los dientes batiendo.

En mis solitarios
nocturnos paseos,
sucédeme a veces
llegar al monasterio;
y caretas haciéndome entonces
de la luna el reflejo,
una negra visión, de entre las ruinas,
“¡Qué tiempos!”, me dice; y yo digo “¡Qué tiempos!”

SALUDO

¡Oh! maga ciudad de La Coruña,
ciudad de la torre herculina,
de generaciones recuerdo
más fuertes que las de hoy en día;
ciudad que sobre los mares
yergues la cabeza altiva,
cual antes en tus murallas
el brazo de María Pita:
¿Qué tienes en ese tu recinto,
qué tienes para los que te visitan,
que conocerte no pueden
sin que dejarte no sientan?

Tiempos hubo en que revuelto
en el loco remolino
que por la tierra me lleva
en dirección nunca fija,
día y noche alumbrado
por una estrella maldita,
dejando de los patrios lugares
las agasajadoras delicias,
pisé tu suelo, de camino
para más alejados climas.

Pájaro nuevo, soñara,
cuando ni plumas aun tenía,
volar de un cielo en busca
más grande que el de Galicia;
pero no bien de tus plazas
pasé sobre las piedras limpias,
no bien de esos tus vergeles
los frescos aromas sintiera,
de tus aires enamorado
que embriagan y hechizan,
renuncié a tierras extrañas
y amor te pedí y caricias.

Madre cariñosa, tú me has dado
cuanto darme entonces podías:
consuelo para mis lágrimas,
para mis males medicina;
y aun olvidarme no pude
de tus saladas brisas,
que me oreaban la frente
por el fuego de la fiebre ardida.

Era yo niño, si muy niño,
y por esas playas iba
cogiendo el nácar de las conchas
que en tus orillas brillan.
Risueño el semblante mustio
- que ya mustio entonces lo tenía –
en un bote me bamboleaba
del Orzán sobre las olas rizadas.
¡Ay! en ese mar tormentoso,
que no de Tirteo en la Lira,
la estrofa enérgica y fiera
de la libertad aprendía.

Me dotaron de alma ardiente
las auras que te dan vida,
de firmeza en el infortunio
los peñascos de tus islas.
Tú fuiste quién me hablabas
de extraña manera mística,
de este santo amor de la patria
que se siente y no se explica.

Era yo niño, si muy niño,
cuando por tu suelo corría,
huésped que aun sin nombre
regalabas compasiva...
¡Coruña, Coruña! Cual huyeron
aquellos plácidos días.

Hoy no me conocieras
- tan otro soy – si me vieras.

Alma vieja en cuerpo nuevo,
el que un recuerdo te envía,
antes que deje pendida
de un negro ciprés la lira,
contarte quisiera cántigas
de tantos hechizo dignas;
mas mi arpa no tiene cuerdas
de amores ni de alegrías,
y sólo tristes sollozos
las pocas que quedan lanzan.
Recógelos, ciudad sagrada;
en ellos los cariños vibran
de mi alma que te adora,
de mis labios que te besan.

NOCTURNIO

De la aldea lejana humean las tejas;
detrás de los picachos va poniéndose el sol;
retornan para los establos con la noche las ovejas
mordisqueando en los bordes el césped tierno.

Un viejo, arrimado a un palo de chopo,
el monte atraviesa de cara al pinar.
Va cansado; una piedra halló en el camino
y en ella se sentó para aliento tomar.

- ¡Ay! – dijo – ¡qué triste!,
¡qué triste yo estoy!
Y un sapo, que oía,
repuso: - ¡cro, cro!

¡Las ánimas tocan! ... Tal noche como esta
se me quemó la casa, se me murió la mujer;
ardió la yugada en el establo, y la mula,
en la tierra la simiente se echó a perder.

Vendí para los tributos viñas y huertas
y voy por el mundo desde entonces a pedir;
mas cuando no encuentro cerradas las puertas
los perros me salen de ellas y me hacen huir.

- canta, sapo, canta;
tú y yo ¡somos dos! ... -

Y el sapo, lloroso,
cantaba: -¡cro, cro!

Solitos estamos ambos en la tierra,
mas en ella un agujero tú encuentras y yo no;
a ti no te muerden los vientos de la sierra,
y a mí las entrañas y los huesos me roen.

Tú nacido en los montes, en los montes esperas,
siempre cantando, tu termino ver;
yo, nacido entre los hombres, durmiendo entre las fieras,
y muerte no hallo, si quiero morir.

- Ya tocan... Recemos,
¡que dicen que hay Dios! ...-
Él reza, y el sapo
cantaba: ¡cro, cro!

La noche cerraba, y el rayo de la luna
en las lívidas cumbres comienza a brillar,
gélido viento que tulle en los árboles brama
y se escucha a lo lejos al lobo aullar.

El pobre del viejo con los años cargando,
yérguese de la piedra y el palo recogió;
volvió para los cielos el puño cerrado,
y cara al robledal murmurando se marchó...

Con los ojos siguiendole
en la oscura extensión
el sapo se quedó
cantado: -¡cro, cro!

MIRANDO AL SUELO

Dios no hallando
cosa en qué entretenerse,
harto de estar solo
cavilando siempre
en forjar cadenas,
trabajos y pestes;
la razón buscando
y la causa por la que depende
que tan pocas almas
por las puertas le entren,
de su paraíso
dejando los vergeles,
salió de paseo
cierta mañana caliente,

del reuma y la gota
por esparcirse.
Como es ya viejito
y coartado se ve
tocante a la salud
muy poco valiente
se cansó a los dos pasos;
mas como allí cerca
hallase un asiento,
se sentó, y alegre,
por encima de las nubes
asomando la frente
y la tierra buscando
con los ojos celestes,
- ¡Cáspita! – dijo
hablando entre dientes -;
Si doy con ese mundo
que el demonio me lleve.

Debió de encontrarlo
si el cuento no miente,
porque él de allí al poco,
quedó como la nieve,
con los ojos clavados
que espantan y hieren,
en un bulto que ignoro
si es de hombre o de gusano.
Lo miró despacio
y vio que era un vientre
con las sedas vestido
más ricas de Oriente.
En un solio sentado
que envidian los reyes,
y en capa envuelto
de tupidas pieles,
soltando saludables
eructos de hartura,
de la tierra, su esclava,
recoge los presentes;
y si hay algún loco
que, pobre o rebelde,
dinero no tenga
y a darlo se niegue,
el vientre que, mudo,
hablar sabe a veces,
con sólo que diga:
“¡Condena al hereje!”
el hereje es borrado
de la lista de la gente.
Mirando este monstruo

Dios dijo entre dientes:
- ¡Bah, bah... si “tú es petrus”
que el demonio me lleve.

Volviendo a otro lado
su testa solemne,
miro levantarse,
rodeado de plebe
que espera al verdugo,
de él riéndose mientras,
del palo -, la cucaña
de la fiesta de los jueces.

La víctima llega;
¡quizás es un imbécil,
quizás nació loco,
quizás es inocente! ...
Mejor que matarlo
(que la muerte es una cuna
donde el hombre, gran niño,
descansa para siempre),
mejor que matarlo
tal vez conviniese
meterlo en el fondo
de cuatro paredes,
o, preso a una argolla
que a la tierra sujete,
mandarlo abrir montes
y cavar túneles,
diciéndole: “sufre,
trabaja y manténte,
y la libertad llora
que tú no quisiste”

Mas no; es preciso
que muera el que peque,
y el criminal muere...
y el crimen se repite.
Parvo ante tal escándalo
Dios dijo entre dientes:
- Si esto es justicia,
que el demonio me lleve.

Suspenso y atónito,
no lejos moverse
miró de labriegos
un grupo mísero.
De malas patatas
mantenidos, con leche,
mas bien que no hombres

fantasmas parecen.
Desde siempre arando
la corteza terrestre,
topos humanos
cavando las eras,
la sangre de las venas
perdiendo a torrentes,
trabajan sin respiro
un suelo que no es de ellos.
Trabajan... y el fruto
que tras doce meses
de lucha recogen
de las eras que atienden,
mitad para el dueño,
mitad para los lebreles
del fisco y de la curia,
todito lo pierden,
quedándose al cabo
de tantos reveses
sin pan para sus hijos
ni grano para simiente.
Y en tanto en la aldea
todo esto acontece,
“Leyes hay - dicen los ricos-
que a los pobres protegen...”
- ¡Que leyes ni que rayos!
- Dios dijo entre dientes -:
Si valen tres pitos
que el demonio me lleve.

No para aun en esto
lo que el suelo le ofrece;
que a través mirando
de sus gafas verdes,
vio acostarse mendigos
que se yerguen marqueses;
Tales clases de escrituras
firmar indigentes,
que al cabo de un año
no tienen albergue;
soldados cobardes
llegar a ser jefes,
y morir sin gloria
los más grandes héroes;
pasar por honrados
los que honra no tienen,
por santos los pillos,
por justos los débiles;
subir a los altares
los que a la horca deben,

y arrastrar carroza
quien debe un grillete;
llegar a poderosos
venteros de aceite,
y comprar el cielo
prestando a intereses.
Viendo esto, Dios dijo
contra su chaleco:
- Si como esta otra vi nunca,
que el demonio me lleve.

Con enojo dejando
tantas pequeñeces,
aun en otras cosas
paró Dios las mentes.
Vio malos gobiernos
que falsos y leves
con el yugo de los pueblos
engordan y crecen;
clérigos que, feroces
como perros dolientes,
con un fusil al hombro
predican a los fieles;
ricos que, robando,
las gavetas hinchan;
médicos de las quintas
que dan por enclenques
(mediante cuatro onzas,
cuando no son siete)
mocitos que al cabo
ponen tierra de por medio
a sus padres perdiendo
con el ahorro que pierden;
hombres hambrientos,
desnudas mujeres,
espigados niños
que no saben leer,
y en fin tantas cosas
que no deben verse,
que Dios, asustado,
y las cruces haciéndose,
conocida la causa
de que el infierno medre,
se metió en la gloria
diciendo entre dientes:
- Si yo hice tal mundo,
que el demonio me lleve.

LAS CARTAS

I

- Hiende, nena, ese tronco, y echa leña
para que arda bien el hogar:
tu padre viene esta noche, y cuando venga
se va a querer calentar.

- ¡Dios lo saque con bien de esta jornada!
- ¡Amen, hijita, amen!
Junta, junta esa ceniza desparramada
para que se caliente bien.

- ¿Cuántas mulas llevó? – Todas las tuyas
y los potros de Pardal.
- Pues de estas somos ricos... Siete y dos,
¡nueve cargas de sal!

- ¿Ricos? ... ¡Ay ojalá! ; nadie es rico
con está contribución.
- Nueve cargas de sal a tres y pico,
¿cuántos pesos compone? ...

II

Así, al calor de la mortecina lumbre
hablaban hija y madre,
mientras, con el viento luchando, el humo
por la tronera sale.
Y de un candil, como el candil de la muerte,
al hosco resplandor,
buscó la madre de una baraja la suerte
de su ausente amor.

III

Alegre, por caminos, en la de copas
pensando... Está soy yo.
Por entre hombres de espadas... – ¿Serán tropas?-
con fortuna rompió...

¿Rompió? ... Pues sosiégate, no te espantes,
no temas, corazón.
No..., bien mirado, las cartas para los amantes
¡que agasajadoras son!

Peligros con victoria, cavilando
en prendas de valer...

¿Luego se salvaron él y el contrabando?
¡Quién lo verá correr!

¡Pero, calla! Tras de él, con picardía,
cuatro hombres de armas van:
Desgracia en una vereda. – ¡Ave María!
¡Qué cosas hoy me salen!

¡Bah! Por fuerza anda mal esta baraja.
¡Maldito el que la inventó!
Siempre pronosticándome la mortaja
y siempre me engañó.

¿No lo digo? ... Llamando están a la puerta.
Ve a abrir, nena, ve,
mientras que atizo la lumbre muerta
para calentar a tu padre.

.....

IV

¡No mentían las cartas, no mentían!
Cuando la muchacha abrió,
dar crédito, a fe, sus ojos no podían
lo que allí entonces vio.

Por los guardas fronterizos atrapado,
viniendo de Portugal,
entró, sobre una mula derrengado,
el traficante en sal.

PEREGRINOS A ROMA

La ira de Dios, en llamarada ardiente,
ciñó del Vaticano la cima oscura
e indómita, estallante, sorda, dura,
prendió del falso Cristo en la áspera frente.

Quemado el altar, sin solio en que se asiente,
rodó por tierra el ídolo desde la altura,
y la boca abriendo desdentada e impura,
“¡Valerme aquí!”, le chilló a la turba creyente

¡Romerros, acudir! ... Siniestro y hosco,
el incendio crece que la razón atiza;
¡cae el Papado, la Fe huele a chamusco!

¡Acudir, peregrinos! ..., que en la liza
que contra la Libertad abrió con vosotros,
la bestia apocalíptica... agoniza.

SOLA

¡Sola! ... Tan sola, cuando todos ante
tras de ella venían con lascivo hollar,
de sus labios purísimos y amantes
la virginal sonrisa por buscar.

¡Tan sola..., cuando todo parecía
un concierto inmortal de ella alrededor,
una celeste y blanda sinfonía
de galantes pájaros de amor!

¡Morir en el fuego de la ilusión primera,
en esa mañana azul de la mocedad! ...
¡Ver nacer una flor en la primavera,
y verla muerta para el otoño ya! ...

¡Ay! ¿Será la muerte nada más que un sueño?
Tras del otoño de la vida, ¿qué hay para nosotros?
Colón halla un mundo en un otoño...
¡Quién tan dichoso que hallase a Dios!

TEMPLO DESIERTO

Como encendida lámpara en estrecho
cerrado camarín,
así en el santuario de mi pecho
arde una luz sin fin.

Cuando su llama agonizando lenta
boquea y va a morir
soplo de fe su pabito alimenta
y se vuelve a encender.

Mas de mi pecho en la siniestra calma
no hay altares... ¡Ah!
La lámpara del templo de mi alma,
¿a quién alumbrará? ...

Si alguno halláis viajeros de esta vida,
en que creáis vos.

¡ponedlo ante esta lámpara encendida,
que está esperando un Dios!

ALBORADA

¡Escuchad! De hondas quejas lleno
brotó de la tierra un misterioso canto;
rayos de blanca luz tiñen el cielo;
rompe la mañana del celestial encanto.
De la caja de Pandora
sobre la patria echada,
que peste y monstruos vomitó cada hora,
va la Esperanza a surgir consoladora
que quedaba en el fondo acurrucada...

¡Oh! Libertad sagrada,
alba de gloria para el oprimido mundo,
de los pueblos deseada,
que esclavos viven en dolor profundo!
Esparce, querida,
de oscura noche las tinieblas cenicientas,
de verdugos y déspotas guarida,
y huyan miedosas,
seguidas de su lívido aparejo
¡delante de ti las visiones del mundo viejo!

Águila de áureo pico,
de ese mundo de horror sobre los escombros,
bate ya las alas el porvenir ligero...
¡Junta esas fuerzas, mocedad, de acero,
si quieres que se pose en tus hombros!
Disponed, disponeros para la siega,
cansados labradores;
y si frutos queréis de dulzura,
donde ahora hierba ruin y grama dura
soltad nuevas ideas: darán flores.

CARTAS PERDIDAS

De Gregoria Leborin a Marcos de la Portela.

I

De no verte tiempos hace
me dijo que muerto el clérigo,
y por la posta que sale

esta te mando, que va
escrita en verso gallego.

Que para hablar mucho y bien
sin que se entere nadie
de lo que en el pecho se encierra,
nadie los enredos tiene
de la lengua de nuestra tierra.

Pues no hay perro que la roa
ni garganta a la que bien se adapte,
si no la heredó de su abuela,
o con pedazos de borona
no comió cuencos de leche.

Desde el pasado otoño
no sé que es de ti, y a fe mía
que lo siento en el corazón.
¿Qué te pasó desde entonces,
viejo de blancas guedejas?

Por estos pueblos de aquí
te quieren tanto, mi viejo,
que desde que faltas tu
nadie baila ni se ríe,
ni hay gaita en el concejo.

Por aquí corrió la nueva
de que por amor de la prueba
de cierta clase de manzana,
pillaste una enfermedad
que te hubo llevar a la tumba.

¡Maldita quien fue causante
de desgracia semejante,
y quien allá te llevo!
¡En mi compañía amante
nunca otra tal te pasó!

No sé si será verdad;
pero si lo fuera, mi amigo,
ten en cuenta... que en tu edad
pueden acabar contigo
las pasiones de la mocedad.

También por aquí se dijo
que a Vigo, por ver el mar,
la suerte llevarte quiso,
y tanto mirar te hizo
que te hubieses de ahogar.

Tales cuentos son quizás
rumores que el pueblo fragua,
y la última mucho más,
pues tú eres de aquella clase
que no se ahoga en agua...

con estas y otras sonadas
me cogió tal sentimiento,
que la otra noche, a las nueve dadas,
creyéndome en las últimas,
mandé hacer testamento.

Marcos, si me quieres ver
con vida, y matar no quieres
a esta coartada mujer
que tanto, tanto te quiere,
y que tú tan poco quieres,

déjate ver, mi amor,
mándame ese papelito
que es mi médico mejor,
y adiós; y hazme el favor
de un gorro para mi niño.

II

De sufrir en el lecho harta,
tomaba el sol en la huerta,
cuando leí, de pena muerta,
tu aguda y larga carta.
¡Centella nunca té parta,
que saya que me recorta!
Más aunque el crédito me hurta
y estoy cual sardina frita,
la encuentro tan bien escrita,
que aun me parece corta.

Por mas que cual un ovillo
me estoy devanando la chola,
si acierto ¡aun me quede coja!
por qué me niegas el hijo.
No dice en mal estribillo,
viejo de cara de escuerzo.
El diablo te da consejo
para huir por el atajo,
más si entra el juez en el ajo
no te va a valer ser perro viejo...

Dices que no quieres que doquier
te salgan hijos ninguno...
¡pues aunque te pese la cruz,
has de cargar con lo que tienes!
En vano negarlo quieres;
que en el cuerpo y en las facciones
tan hijo tuyo lo hizo Dios
y heredó tanto tu cariz,
que hasta tiene, cual tu, el pequeño,
un lunar... entre los riñones.

¿Más pruebas? Tengo un millón.
¿Más testigos? Tengo cien,
para que digan, si a mano viene,
cómo fue y como no.
Te hallé cerca de la feria
por entre un robledal.
Me tentaste...; yo, ligera,
tras de un roble me escondí;
y... ¡cómo ha de ser! ... ¡Era, al fin
el tiempo de la sementera! ...

Para abominar el pecado
tanto me puse a rezar,
que vinieron a espiar
tres hombres tras de un vallado.
Sintiendo al demonio en el estrado,
sin saber que lado toma,
volviendo por mi buen nombre
dije a grito: “¡Mis amigos,
ustedes me sean testigos
de cómo me tienta este hombre!”

Para con la mía salir
que tengo influencias ya ves;
mira dónde pones los pies,
que te puedes escurrir.
Cuantas pruebas me pidiera
tantas el juez tendrá;
mas sí por casualidad
fuera en contra mía el fallo,
¡que en el palo de aquel roble
te lleven a la eternidad!

Si son promesas al viento
Las que entonces me hiciste,
¿para qué, aranero, me diste
palabra de casamiento?
¿Qué fue de tu juramento
si a cabo no lo has de llevar?

Si no has de apadrinar
al rapaz, que es mi orgullo,
¿Para que compraste un arrullo
Conque al niño arrullar?
Y no de coraje ciego
respondas lo que aquí digo,
que antes de tener uno contigo
tuve un hijo de extranjis;
de un clérigo fue, no lo niego.
Mas si oyeras los sermones
del abad de Zarracós,
me pasarías esas locuras,
pues “solo las amas de los curas
están en gracia de Dios”.

Marcos, pon la mano en el pecho
y salva a esta pobre madre.
Para negarte a ser el padre
del rorro no tienes derecho.
No me hagas ponerte un pleito
porque vas ha tener que hacer
que tanto he de remover
y tanto he de trabajar,
que o contigo me he de casar,
o en una horca te he de ver.

MELODIA GALLEGA

Tiene la sirena el canto,
y la sierpe el aliento;
el lago tiene la onda,
Dios tiene el infierno.
Tú tienes de sobra
con lo que tienes escondido
en esos tus ojos.

El trono de los monarcas,
del sabio los triunfos,
la gloria del poeta,
el oro del mundo:
diera eso todo
por sólo una mirada
de esos tus ojos.

Buscan los petirrojos
para hacer su nido,
la hierba santa que nace
a la vera de los ríos.

Yo busco sólo
una mirada maga
de esos tus ojos.

¡ROMPER LAS LIRAS!

Por sobre la marabúnta
de escarnios y condenas
que las cántigas de los siervos
por doquier suscitan,
despavorida, atónita,
la virgen Poesía
clamó desalentada:
“¡Vates romper las liras!”

¡Romper las liras, cuando
se hace temer todavía
la maza de Juan Dente
por vara de Justicia!
¡Cuando en nuestros códigos
no valen de un hombre la vida
los siete viles escudos
en que la tasó Molina!

¡Callar! ... ¡Que no se escuche
el patear de las víctimas
en el mar de azufre y sangre
de la esclavitud caídas!

¡Callar! ... ¡Y las manos clavadas
y la túnica ceñida,
y la intolerancia abajo
y la intolerancia arriba!

No. Hecha está la promesa
y es menester cumplirla.
La patria muere, ¡Maldito
el hijo que no la mira!
¡Y maldito quien le niegue,
por tedio o cobardía,
los himnos que la amortajen,
la sangre que la redima!

¡Romper las liras delante
de la libertad que expira
bajo la garra férrea
del dogma que la asesina! ...
¡Aun gobierna Claudio!

¡Aun Sejano priva!
¡Aun los proscritos lloran
y triunfa Mesalina!

¡No las rompáis, poetas!
Templarlas en odio, en ira,
hasta que de ellas salgan
las explosiones de las minas;
hasta que cada nota
como una espada hiera
como una peste barra
las viejas teogonías.

Gustoso destrozara
y resignado la mía,
Sí en eso de mi pueblo
la suerte consistiera;
mas, mientras huérfano y triste
los míos consuelos pida,
romperla... ¡en tu testa
tan sólo, tiranía!

DELANTE UNA IMAGEN DE IÑIGO DE LOYOLA

La mística alegría en el semblante,
en el pecho la ira, el sueño en la mirada,
bien te conozco, Euménide sagrada,
trenca virtud, católico bergante.

Traidora del Evangelio, a la ley amante,
la Esposa de los Cantares, desleal,
tuvo tratos con el demonio y de esta trastada
naciste tú, ¡parásito triunfante!

Mas, ¿qué haces en ese altar robando preces,
genio de la intolerancia soberano,
tú, que tan solo maldiciones mereces?

¿Tú, qué trocaste a Cristo en un tirano,
a los sayones y a los verdugos en jueces,
y en hoz a Dios del pensamiento humano?

LA EMIGRACIÓN

Cuando en las noches de luna calladas
veía una estrella por el cielo correr,

decía mi madre, con las manos juntas:
“¡Dios te guíe con bien!”

Desde entonces, cuando veo que un gallego
la tierra deja donde infeliz nació,
y asilo busca en otras playas, digo:
“¡Guíete Dios!” también.

No lo culpo, ¡apenado!, no lo injurio,
no pido plagas ni castigos para él,
ni de que es dueño de coger me olvido
para donde le convenga ir.

Que aquel que deja su natal rincón
y fuera de sus tierras pone los pies,
cuando troca lo seguro por lo incierto,
¡motivos ha de tener!

Preguntadle, y os dirá que sin riego
el maizal, la lumbre sin combustible,
sin hierba el ganado y sin trabajo el hombre,
no se puede mantener.

Os dirá, sí, que es poco cuanto gana
para las arcas de señor y para las de él rey;
¡Hace un mes que no comen cosa caliente
los hijos y la mujer!

Y os dirá que porque de un iglesario
compró en una ocasión unos pocos bienes,
¡Le juró el clérigo que no le ha de dar sagrado
si llegara a morir!

Y ha de deciros que lejos, allá muy lejos,
allende el mar que lo va a tragar tal vez,
si libertad, si pan no logra, santa
tumba tendrá siquiera...

¿Quiénes sois vosotros, llorosos títeres,
ruines loadores de un Poder cruel,
que las alas de oro de un espíritu libre
engrilletar queréis?

¿Por virtud de cual próspera promesa,
en nombre de qué Dios ni de qué ley
queréis que aquel que a muerte condenasteis
no huya, si puede?

¿Qué le ofrecéis en la nativa tierra
ese que a cruzar va mares de hiel

¿Resignación? – Con ella no se come...
¿Fe? - ¡No le basta la fe! ...

¡Corred el velo que a la justicia encubre!
Dadle trabajo, libertad, saber...
¡No es digna de los huesos de sus hijos
patria que no los mantiene!

Dicen que como el Miño, nuestro pueblo
en la tierra donde nace quiere morir;
pero el sueño del río es sosegado
y el de este no lo es.

El río tiene un lecho mullidito,
perfumado de rosas y claveles;
También tenía otro el pueblo; mas... se lo vendieron
y ahora no lo tiene.

¡Dejadlo que lo adquiera donde pueda!
Dejad al gafé Job con el saco al hombro
buscar el muladar donde se despioje.
¿Sanará? ...Puede ser.

La civilización y las golondrinas
de unas tierras para otras van y vienen;
querer que no emigren y matarlas
lo mismo viene a ser.

EN LA LLEGADA A ORENSE DE LA PRIMERA LOCOMOTORA

I

Verla ahí viene, verla ahí viene aventando
colinas y altozanos, y valles y cerros.
¡Venid a verla, mocitos y mozas!
¡Saludadla, muchachos y viejos!

Por donde ella pasa
fecunda los terrenos,
se despiertan los hombres,
florecen las eras.

Verla ahí viene, verla ahí viene tan aupada,
tan milagrosa, con paso tan mágico,
que parece una Nuestra - Señora
una Nuestra – Señora de hierro.

Tras de ella no vienen
abades ni clérigos;
mas viene la hartura
¡y la luz y el progreso!

II

Catedral, demagogo de piedra,
de un pueblo fanático erguida en el medio,
repica esas roncadas campanas
en señal de alegría y contento.

¡Asocia esas voces
al son de los panderos
a las santas sonrisas
de tierras y cielos!
Y tú, río de los grandes destinos,
que los himnos ensayas de los triunfos ibéricos,
requemadas las fauces de sed
viene el monstruo a beber en tu seno.

Buen samaritano,
dale agua al sediento;
que la máquina es el Cristo
de los tiempos modernos.

EL VIENTO

Dicen que por boca del Espíritu Santo,
que debe tener una boca bien negra,
me puso el cura en la misa del pueblo
(¡madre que me parió! ...) como nadie se vea.

Algo ha de haber de verdad en el cuento,
que hoy, al pasar donde yo su manceba,
me hizo la figa y susurró por lo bajo
mientras torcía para un lado la cabeza:

“¡Que aun te arrugues cual cuero en la lumbre!
¡Que aun revientes como una castaña!
¡Vuélvase arsénico el pan en tu boca!
¡Te tulla Dios, condenado poeta!”

“¡Maldito seas en la carne y en los huesos!
¡Maldito seas en los pies y en la testa!
¡Entre las viriles de ambas ijadas!
¡Entre las junturas de las siete costillas!

“¡Gafado te veas de males extraños!
¡Por donde vallas acogida no tengas!
¡Vivo no des con camino seguro!
¡Muerto, no halles descanso en la tierra”

.....

Échale al pote una lengua de puerco,
mujer mía, ya que andamos en lenguas,
échale al pote una lengua de puerco;
para engordar no le hay cosa como ella.

ENCOMIENDA

I

Tengo una cuerda muda
en mi lira torva,
como un cuchillo fiera,
como un trueno ronca.
Cuando en mis ensayos
suena al compás de las otras,
por sobre mí parece
que los cielos se desploman.
De cada nota de ella
un anatema salta,
cual de la satúrnea sangre
las furias espantosas.
Nadie oyó todavía
las cántigas que entona:
detrás de mí, quizás,
el día que me las oigan,
como detrás de Cristo
vendrán las gentes todas,
¡Hosanna, cantando de júbilo llenas,
hosanna al poeta que trae la buena nueva!

II

Castigos para los verdugos,
para los mártires coronas,
consuelo para los esclavos
laten en esa cuerda.
Fustiga para los tiranos,
para los déspotas argolla,
en ella dormita el himno
glorioso de los ilotas.

Si para tocar cual quiero
no llego a tener fuerzas;
si cuando a la lucha vaya
tropiezo en una fosa,
los que, cual yo, subís
la trabajosa costa,
cuando lleguéis a la cima
sagrada y victoriosa,
¡arpas que saludáis
de nuestra patria la aurora,
de la arpa acordaos que fúnebre queda
en la noche del olvido gimiendo sin gloria!

TANGARAÑOS

A D. Emilio Castelar

I

San Benito de Coba de Lobo
tiene en la cumbre un picacho agujereado
de tan rara virtud ortopédica,
que es el asombro del mundo cristiano.

Cuando nace un niño tullido,
sus parientes se lo ofrecen al santo,
y metido en un cesto de mimbre
allá lo llevan, la fiesta llegando.

Y a los dos lados de la boca de la peña,
que le coge de un lado a otro lado,
dicen la madre y la madrina del rorro
por la garganta de piedra pasándolo:

- Ten en cuenta, santo,
de mi tullido:
doliente te lo deajo,
devuélvemelo sano.

Y esto dicho tres veces seguidas,
sin aliento tomar ni descaso,
el pobre del tullido
queda ya destullado.

San Benito de Coba de Lobo,
San Benito querido, mi santo,
también yo, pobre vieja achacosa,
que ya tuve de hijos un montón,

jorobados de cuerpo o de alma,
de la conciencia o de los miembros baldados,
también yo vine a buscar medicina
para mis niños a vuestro santuario.

Y después de dejaros en las aras
seis piernas de cerdo cebado,
yo también, yo también, de fe llena,
repetí aquel místico ensalmo:

- Señor San Benito,
mis hijos os traigo:
dolientes los dejo,
devuélvemelos sanos.
Por tres veces llorosa he rogado;
todas tres sin darme resultado,
y mis niños tullidos,
mueren todos tarados.

.....
.....

II

Verbo ardiente de la gran Democracia,
nuevo Cristo de los pueblos esclavos,
en estos tiempos nacidos para azote
de verdugos, de reyes y tiranos,

Tú, que a mi profunda miseria
vienes a traer el consuelo aguardado,
sin codicia de elogio, seguro
de bien pobre y mezquino agasajo,

que o con Dios tengas pacto, o con el demonio,
tú serás desde ahora mi santo,
a quien diga, poniendo a mis hijos
bajo tu protector patronato:

- Tribuno de los siervos,
mis niños te traigo:
dolientes los dejo,
devuélvemelos sanos.

Pues quizás que tan pronto les llegue
el calor medicinal de tu aliento,
mis niños tullidos
quedarán destullados.

Todos ellos nacieron sanos
cual repollos en huerto cerrado;
mas después, no se como, se torcieron,
y torcidos están, ¡desdichados!

Este es clérigo de entre ambos remos,
aquel otro cacique del rebaño,
éste tiene un Marat en las costillas,
se duele aquel de un Sylock en el espinazo.

¡Troca en hombres de bien estos monstruos,
que ni mismo los viera embrujados;
en una gran juventud de estrellas
esta gran juventud de sapos!

¡Que logre uno siquiera
de mis tullidos!
Dolientes los dejo,
devuélvemelos sanos.

Yo bien sé que por esta viejita,
como quieras harás el milagro;
y los gallegos tullidos
vivirán destullados.

LAS DOS PLAGAS

Bajo un cielo plomizo y brumoso,
una negra montaña;
bajo la montaña negra, una heredad
de árboles descuajada;
paciendo en la heredad, media docena
de ovejas hambrientas;
y celosas guardando esas ovejas,
mustias, tristes, de la aldea las cuatro casas.

Dentro de cada casa, una cocina
oscura y ahumada;
dentro de cada cocina una hoguera
que el viento frío apaga;
junto a cada hoguera, cavilosa,
una testa inclinada;
dentro de cada testa, un pensamiento
de próxima huida, o de venganza...

¿Qué acontece en la aldea? Antes de ahora
la vi, y alegre estaba;
en ella todo era fiesta y jolgorio,

y bailes e hiladas;
en los campos se escuchaba las labranzas
de los azadones y las azadas;
en los hogares, las frescas armonías
de las risas y de los besos que estallaban.

¿Qué demonios acontece en esta aldea? ...
¿Cuál fue de las siete plagas
la que aquí descargó, matando la suya
jovialidad sana? ...
Clavado por tres clavos bajo la copa
del ciprés de la entrada,
cualquiera puede leer este letrero:
“Hay escribano y capellán en Cangas”.

EN EL CONVENTO

Aunque me encuentren, aunque
la puerta se me atranque,
tengo que entrar en la iglesia del convento.
¡Qué estoy excomulgado! Mejor, ea;
quien hoy no lo esté
no merece de la patria acatamiento.

Es ya verdad notoria,
reconocida de sobra por la historia,
que al que nunca pecó Dios lo condena.
Testigos del presente, mi abad
- Dímas de la antigüedad –
y su ama – vieja Magdalena.

Para trepar por la escalera
que vio Jacob de un sueño de israelita,
ser ángel en estos tiempos no vale nada.
Lo que se necesita
es ser monja preñada
o clérigo sodomita.

Abridme esas puertas,
conciencias fariséicas, almas muertas,
que hacéis de Dios un ruin casero
cual si fuera capaz, al que se atrasa,
de ponerlo a puntapiés fuera de la casa,
dejándole al raso por no tener dinero.

¡Abridme esas puertas! Yo aspiro,
de la iglesia en el retiro,
la perfección católica romana;

me hincaré ante los santos reverente,
y luego, suavemente,
me llevaré el copón bajo la sotana.

De asesinos, ladrones y cabecillas
llenas están las mágicas capillas
de vuestras catedrales.
¿Por qué le habéis de quitar a un hombre honrado
la honra de estar al lado
de Loyola, de Arbúes y de otros tales? ...

Ya entré, por fin, ya entré. La luz tibia.
a través de las vidrieras de colores,
los semblantes de los justos alumbra,
justos de palo sin veta
en que hizo el hacha mil primores.

En un sillón recamado
estilo Luis XIV, aquí sentado
el Padre Eterno mira, hosco, austero;
esta serio conmigo porque un día
le llamé viejo en una poesía...
Pero el rapaz bien sabe que le quiero.

San Pedro, allá, con la suya
fenomenal ganzúa,
me hace gestos de rabia, gestos locos.
¡Este no me abrirá de la gloria las puertas!
Jugando del convento por las huertas
con una piedra le abrí yo antes el cerebro!.

Más lejos, San Ignacio
me inquiera despacio,
como quien recordar quiere una injuria,
y murmura entre dientes
unos dichos insolentes,
no sé sí de odio o feroz lujuria.

Aquí me lanza ojeadas
ponzoñosas, hidrópicas, vidriadas,
un Cristo a quien negué le crezca el pelo;
allá me vuelve la espalda, amenazadora,
una virgen que llora...
cual toda virgen al dejar de serlo.

Contra mí ruega plagas
San Francisco, el de las llagas,
porque quise curárselas con nitrato;
Y se me pone a murmurar Santa Lucía,

porque quise a un ciego darle un día
siquiera un ojo de los que tiene en el plato.

Para tratarme así tantas y tantas
celebridades santas,
mucho debí pecar...; pero no temo.
Allá en el fondo de la desierta nave,
oigo a llamarme, lánguida y suave,
una voz dolorida, la voz del demonio.

¿Salve, mi viejo amigo,
rival del Eterno, luchador antiguo,
protesta viva contra la fuerza bruta!
Bajo el pié de Miguel, que te da guerra,
cual bajo del cacique mi tierra,
tu triunfas siempre en la inmortal disputa.

Yo te tengo cariño.
No te hallé jamás en mi camino
sin quitarme el sombrero para darte los días,
mientras otros católicos, bien hartos
de hallarte como yo, te quitan los cuartos
para con ellos comprar capellanías.

Ya de niño te amaba.
Tú me soplabas la luz cuando estudiaba
el latín de Pío V estrafalario;
y me hacías reír de mi abuela
que con las cuentas en la mano, de cuenta a cuenta,
empedraba de sueños el rosario.

Sí tú me eras querido;
que yo para querer nací a todo caído,
y tú lo fuiste tanto hasta ahora,
que, si quien más domina es quien más llora,
debe estar a la puerta tu reinado.

¡Ay cuantos ultrajes!
¡Ay, cuantas judiadas
mereciste de papas y cardenales,
tú, que tantas iglesias construiste
y que nunca un mal tojo adquiriste
que oliese a monstrencos o a iglesario!

Contra Dios rebelado
del Paraíso allá en el abril primero,
fuiste salvajemente castigado.
¿Por qué para dar aquel golpe de estado
al tres no aguardaste de enero?

¡Más cuenta te tendría! ...
Y por mal que te fuese, estoy pensando
que tanto no sería,
que las risas merecieras de Pavía,
capitán general con vida y mando.

No fue el primero
que de ti se burlara socarrero.
Lutero cierta vez vio tus orejas
y te manchó la cara con un tintero;
volvió a verte en medio de un prado,
y te presento las nalgas bermejas.

Fuera Platón, aquel republicano
que era caritativo, aunque pagano.
¿Quién no te maltrató? ...Santa Teresa,
después de ser tu amiga
- ¡ingratitude atroz! -, te puso la figa,
como me la puso a mi cierta condesa.

Sal de ese altar, Diablo,
ídolo que yo adoro,
sal de ese altar pronto y ven ligero
en la edad nuestra a vivir, que te respeta,
y en ella con Voltaire serás poeta
o con monsieur Lesseps ingeniero.

Nos haces falta. Los monárquicos partidos
tienen a la patria al arbitrio de los bandidos
y a destrozarlos contigo hemos de ponernos.
No lucharás con armas desiguales:
los jefes principales
llevan las que tu llevas: Voto y cuernos.

Para vivir té basta eso;
mas si no te bastare, sigue el proceso
de Moret; y sí eso aun no té basta,
hazle a la nueva Regencia cortesía,
y desde una Embajada a una Alcaldía,
cuenta con lo que quisieras de Sagasta.

No andarás holgado,
pero si algún dinerito tienes robado,
aunque fuera de un depósito carlista,
y a Roma vas y al papa lo ofreces,
cuando de allá vinieras
vindrás duque y vendrás legitimista.

A la ciencia, a la industria, o al arte
puedes también, si quieres, dedicarte;

vivir del merodeo
de pensamiento ajeno
en el cuadro, en la novela, en la poesía;
hacerle en vida a nuestras glorias guerra,
y solo cuando está debajo de la tierra
acordarte de la pobre Rosalía...

Todo esto da el dinero
y alguna que otra hoja de laurel,
que siempre luce bien en la edad que corre;
y más prosperarás - ¡Dios nos asista! -
si te afilias a la escuela realista
y le pones ventosas a Rodín, que muere.

.....

Pues que te vienes conmigo,
Demonio, mi buen amigo,
salgamos ya de la iglesia del convento.
¿Estoy excomulgado? ...Mejor, ea;
quien hoy no lo esté
no merece de la patria acatamiento.

SOBRE UNA FOSA

I

¿Con qué murió? Dios lo descanse... Desde que
los dioses se hacen hombres
no se puede ser Dios, ni ser monarca
desde que los monarcas mueren.

Yo, aunque nunca fui su cortesano,
lo que es sentirlo, lo siento,
y a llorar no me pongo, porque de eso
ya tiene encargo Grilo.

¡O morir o caer! Siempre un cadáver
tiene que ser el fruto
del germen que dejó Martínez Campos
en el ovario de Sagunto.

La fuerza tiene eso de espantoso
y también de divino:
cual Dios es creadora, y cual Medea
mata a sus propios hijos.

Meditad, tontainas de la Monarquía,
junto a la tumba que se abre,
y decidme qué queda de vuestro ídolo
si no ruina y sangre...

“Desgraciada República – dijisteis -,
sin poetas ni soldados”
Todo estaba con vosotros... y es ese todo
Pavía y López Bago.

II

¿Qué haréis ahora? Vuestras liras
están calladas, mudas;
de la gratitud por ella no resbalan
las tibias lágrimas,

¿Qué haréis ahora? Vuestros ojos
están enjugados, limpios;
todo me dice que con ese rey que muere
murió vuestro realismo.

Y con todo, yo bien sé que aun pensáis,
taumaturgos estoicos,
resucitar a Lázaro... solamente
por matarlo de nuevo.

Pensadlo bien. Las leyes municipales
y los tratados de Higiene
mandan dar tierra inmediatamente a los muertos...
¡y vuestro muerto hiede!

EL CIPRIANILLO

Juan de Deza, buen labriego,
que dejaste tanta fama
en las Castillas,
donde, manso buey gallego,
fuiste a gala, la flor y nata
de las cuadrillas.

Mano de hierro, brazo fuerte,
hoz de oro la más lucida,
rey de la siega,
que sin miedo alguno de la muerte
te afanaste toda la vida
en la refriega.

Jornalero que ahorraste
más que toda la feligresía,
trabajando;
que a tener llegaste
una tierra regadía,
carro y ganado.

Triste paria que, por término
de un vivir curvado y combado
sobre la azada,
te hallas hoy pobre y enfermo,
y a pedir con un saco al hombro
por la estrada.

Cuenta, cuenta Juan de Deza,
como fue el irte quedando
tan esquilmado,
el perder tanta riqueza,
adquirida sudando
gota a gota.

Cuéntame, Juan, qué te pasa
para, después de haber comprado
casa y huertas,
vender huertas, vender casa
y andar hoy atravesando
por las puertas.

Hay quien dice que no sé cuando
no sé quién te habló a la oreja
- ¡cosa extraña! –
de un libro de contrabando,
escrito en el habla vieja
castellana.

Entre las hojas enrevesadas
de ese libro se dan las señas
de tesoros
y riquezas enterradas
a pie de ríos y de brañas,
por los moros.

Quien las busque, tras de leerlo,
monedas haya conservadas
de los reyes de antes,
peines de oro para el cabello
y arcas hondas, atiborradas
de diamantes.

Al saber tal noticia,
imaginaste del planeta
ser el dueño,
y roído de la codicia
desde entonces ni paz completa
tienes, ni sueño.

Para con el libro hacerte,
trabajaste cual herido
de una espuela;
fuiste rico antes de leerlo;
mas ahora que lo tienes leído,
¿qué es ahora?

¡Pobre Juan, que desengaño!
cuántas tierras registraste
con tus ojos,
las registraste en vano:
¡el tesoro que encontraste
fue de piojos!

No a ti; de lo que te pasa
culpo al fisco, al ruin gobierno,
Juan de Deza;
ese lobo que te arrasa,
que te hace meter en el infierno
de cabeza.

Mas tus hados adversos
otros fueran sí el mitrado,
por su brillo,
como condena mis versos,
condenara al condenado
“Ciprianillo”.

Oye, Juan: para esas tristezas
que te ahogan, para esos dolores,
hay recetas;
de los magos deja las lecturas;
lee a los gallegos escritores
y poetas.

No más sueños, buen labriego,
no más sueños montes de oro
ni montones.
Tu mejor libro es el gallego,
tu gran tesoro es el tesoro
de las ideas.

Cuando consultes a Murguía,
Paz, Pondal, Añon y Lamas,
y en el labio
las canciones de Rosalía
tengas siempre, que tanto amas
¡serás rico!

Serás rico, Juan de Deza,
mal que pese a la garganta ronca
de algún fraile;
que en el mundo la mayor riqueza
es la virtud – con una poca
libertad.

Si esos nombres deletreas,
recobrar podrás de un trompo
casas y huertas;
y el pan de tus arcas llenas,
no iras con un saco al hombro
por las puertas.

Esos nombres tienen virtudes:
son estrellas de agujero,
dulce brillo,
que dan bien y dan salud:
¡Son la patria! – el verdadero
“Ciprianillo”

A LUCIANO PUGA

Enamorado de la santa nueva idea,
con bien del vate la estrofa había sonado,
toda la máquina oscura del Pasado
se desperezó dispuesta para la tarea.

La crítica – Veillot con la hoz nea,
con la toga Judas, Oppas con el cayado,
dieron tras de él cual tras de un perro dañado,
y allá va el inocente para la cárcel.

Tú apareciste entonces. Pasmada la gente
te vio subir colérico a la tribuna,
desmelenado como un león rugiente,

y de la ley apoyado en la columna,
aplantar bajo la garra prepotente
a los verdugos del vate sin fortuna.

EL ULTIMO HIDALGO

Yermos sus campos,
las cancelas cerradas,
hundidos los techos, escaleras, vigas,
sin tejas el tejado,
no paso un día por sus linderos
sin pararme ante la casa del hidalgo.

No humea la chimenea,
no se escuchan en los patios
los ladridos de los perros, ni el sonoro
relinchar de los fieros potros y caballos.
En el escudo en el que descansa
el corredor volado
hacen nido las golondrinas volanderas
y se esconden los lagartos;
y encima de la torre
el gallo de la veleta desplumado,
vuelve los ojos cara al viento del Este,
¡el viento de la ruina y los estragos!

Un viejo pergamino
con sello real sellado
y signado con las cruces, no con las firmas
- ¡pues no sabían firmar! – de diez prelados,
manda que nadie pueda
erguir cabaña o palacio
cerca de esta casa, que le quite
aire o sol, por el frente o por los lados.

Después de nueve siglos
aun es firme el mandato.
Las cabañas del pueblo,
llenas de las armonías del trabajo,
agachadas, cual tigres,
desde lejos lo respetan y lo acatan,
aguardando a que los muros se desplomen
y riéndose mientras tanto por lo bajo...

¿Qué fue del morador de esa vivienda,
en la que en tiempos pasados
se despedazó a la patria en mil parcelas
entre los que por su amo pelearon,
y donde nunca llamó la mano temblorosa
del caminante cansado
que encontrase cobijo o dulce fuego
de los ateridos miembros para reparo?

El dueño último,
vedlo, ahí va, miradlo...
Cubierto con la capota,
calzado el zueco, con sus bueyes hablando
se encamina a la villa
para en ella vender de estiércol un carro
y contentar con el voto
- feroz limosna que le arroja el Estado -
a su señor de ahora,
¡Que ayer fue su esclavo!

Me acontece viendo estas tragedias
lo que me pasa cuando
tropiezo con una piedra de molino
en una valla puesta, o de una heredad por marco.
Recuerdo lo que ella olvida
de las cosas que no siente en su letargo:
¡El grano que has molido,
los himnos que al dar vueltas has cantado!

LA PALABRA

Yo soy Mahomet, el hijo de los libres arenales,
el elegido de los profetas, el árabe de Dios;
cuantos améis de los héroes los triunfos inmortales,
seguid mi enseña y escuchar mi voz.

De mi tienda a la sombra erguida al pié del otero,
los odios lamentando de la ciega humanidad,
de paz y de consuelos el corazón vacío,
oraba del desierto en la mustia soledad.

Del hambre de los vasallos, de la hartura de los magnates,
cual de un alfanje la hoja me hería la visión;
lloraba de los beduinos la vida de combates,
de los príncipes la holgazanería, del eunuco la condición.

“¿Por qué, Señor, consientes desigualdades tan grandes,
si todo cuanto es nacido de ti solamente sale?
¿Por qué cuantas lides, pleitos o desmanes
entre los que a Cristo adoran, a Osiris y a Adonai?”

“¡Señor, dame una cifra que ligue tantos nombres,
un símbolo que junte a tantos corazones,
una bandera que una y amiste a tantos hombres,
que haga un mundo de ángeles de un mundo de leones!”

Así yo rezaba cuando, descendiendo de las alturas,
se llegó a mí y me dijo, tocándome, Gabriel:
“Esparce tus miradas por esas ruines llanuras,
y cuéntame lo que viste por la extensión cruel.”

Miré: en un sueño calmado dormía la Naturaleza,
asfixiada bajo un sol abrasador.
Miré, y vi a lo lejos una montaña enorme
donde el desierto acaba que cíñeme en derredor.

“- ¿Qué ves? –Una montaña. -¿Qué más? –El gran desierto.
-¿Qué ves en ese desierto? –Mil gusanos riñendo,
mordiéndose, matándose... – hormigas son; de cierto,
- dijo Gabriel- guerrear y las voy a concordar.”

Se bajo; una hormiga del suelo recogió luego,
le habló en una lengua que al punto ella entendió,
la posó sobre la arena, que quema como fuego,
y a contemplarla mudos nos pusimos él y yo.

La pobre de la hormiga echó a andar ligera,
parando a todas cuantas a su paso se tropezó;
estas pararon a otras, y juntas y en fila
al poco un gran trasiego entre ellas comenzó.

En escuadrones dispuestas bajo la solanera insana,
cual un poderoso ejército subir al monte las vi
y grano por grano la arena quitando de la montaña,
iba desmoronando en un ir y venir sin fin.

Finalizó de noche la brega que comenzó de día,
y cuando vino la luna a lucir en el éter,
del monte, cuya cumbre en el cielo se perdía,
no alumbró indicio, ni rastro, ni señal...

“-¿Qué ves? –volvió a decirme Gabriel. –Solo la llanura
- ¡Híncate! De la palabra estás ante el poder.
¿Qué es más que una hormiga la humana criatura?
Háblale, y de sus odios el monte has de vencer.”

.....

Yo soy Mahomet, el hijo de los libres arenales,
el elegido de los profetas, el árabe de Dios;
cuantos améis de los héroes los triunfos inmortales,
seguid mi enseña y escuchad mi voz.

EL DIVINO SAINETE

POEMA EN OCHO CANTOS

A la juventud gallega

-EL AUTOR

INTRODUCCION

Siento en el pecho unos ahogos
que parece que me lo muerden
siete docenas de perros dogos.

Dicen que son remordimientos
de mis pecados a miles,
de mis culpas a cientos.

Culpas de hombre mal cristiano,
pecados de hereje, tales
que no les vale un cirujano.

Para curarme bebí aguas,
pisé hierbas, recé tríos,
besé Santos, vertí lágrimas.

No hay fiesta o romería
donde ofrecido no fuese
¡nunca hallé mejoría!

Para librarme de este estrago
fui a ver al Cristo de Orense,
tomé la manta en Santiago.

Quedé de noche al rocío,
me cosieron los Evangelios,
me sumergieron en el río...

¡Para los males de que yo me duelo,
dicen los que bien lo saben
que hay un curandero sólo!

El curandero está en Roma.
Voy a ver si me da salud...
Voy a ver si el pulso me toma.

Ya mi madre me lo decía:
“¿Dónde has de ir, buey que no aras
sí no a la carnicería?”

Tanto saber te trae ciego;
más, o mueres condenado,
o tienes que volver al camino.

“ Mira que el tiempo huye,
y es bueno que para mañana no guardes
lo que puedas hacer hoy.”

“Que la muerte no nos avisa,
y si ha de llevarnos cubiertos,
que no nos coja en camisa.”

¡Tenía que ser! ¡Dios lo quiso!
¡Él, que creó de un arrebato
todas las cosas, sin mancha!

Nunca otro tal ha de verse:
¡Curros camino de Roma
entonando el Miserere!

¿Pero he de ser siempre un blasfemo,
un judío, un renegado,
de Dios azote? ¡ Mira el Demonio! ...

¿Quién, necesitando de ellas,
no compra salud y gloria
por unas cuantas monedas?

Todo va caro en la vida;
la gloria es que anda barata
como sardina pasada.

Cierta literata fea
la compró dando a Aristarco
un beso tras de una cena.

A un usurero con suerte
le costó...perdonar injurias...
a las boqueadas de la muerte;

¡Y es que en este tiempo infame
la Crítica anda salida
y los santos mueren de hambre!

El infierno a mi no me atrapa:
necesito un poco de gloria
y se la voy a comprar al Papa.

Es un viaje de recreo.
¿Quién gusta de venir conmigo
de León XIII al jubileo?

Con nosotros irán muchas gentes:
abades, monjas, beatas...
¡Juro a Dios que hemos de ir calientes!

¡Qué rosario, compañeros,
de cuentas de amancebadas
con decenas de puñeteros!

Mas todos van compungidos,
todos como yo apenados,
llorosos y arrepentidos.

Milagro santo y profundo,
hijo del noble deseo
de ver a Dios... y ver mundo!

Como ya la gracia no baja,
no hay modo de ir para el cielo
si el tren no nos hace rebaja.

Esa rebaja esta hecha.
¡Loco de quién para salvarse
tal ocasión no aprovecha!

Mientras el camino dura
os he de cantar cantares
de una no vista hermosura.

Triadas, mis triadas,
que lleváis los tres filos
de las flechas envenenadas:

Mis triadas valientes,
¡rasgad los aires silbando
como silban las serpientes!

Ladrad, mordered, reid:
donde haya virtud, besad;
donde haya vicio, herid.

CANTO I

Era Navidad: noche fría
iba cerrando entre nubes
que un viento fuerte traía.

Desiertas plazas y vías
Madrid estremécese todo
del Norte con las ráfagas crudas.

En mi capote embrollado
yo iba, cual siempre, triste,
por la larga carretera enfilado.

Pensando con la cabeza en el pecho
en aquellos que en esta noche
no tienen lumbre ni lecho.

Cuando, en la inmensa negrura
de la sombra que me envolvía
como una sepultura.

Escuché suave y quedo
grave rumor de charla
que me estremeció de miedo.

“¡Ay del que busca la verdad
de la fe con candil mortecino,
que nunca dio claridad!”

“¡Ay del que en sombras camina!
¡Ay del que quiere hacer caldo
y no tiene unto ni harina!”

“¡Ay del que las fiestas condena,
y quiere mejorar a las gentes
huyendo de ellas con pena”

Así una voz me decía,
que un largo, invisible coro
lentamente repetía.

Era un coro resonante,
como un pinar que remueven
los temporales de levante;

Coro en que hay sordos quejidos,
crujidos de ramas secas
y de corazones partidos;

halagos de suaves brisas,
gritos de gargantas abiertas,
notas de ahogadas risas.

De fuerte haciendo gala,
erguí la cabeza soberbio
y pregunté: -“¿Quién me habla?”

Y la voz tronó: -“No te lo digo
si antes sobre la cruz no juras
ir, donde yo vaya, conmigo.”

-“Jurado está, si es por eso,
que hoy por jurar en falso
a nadie se llevan preso.”

Así hablé; voz extraña
gritó en este medio tiempo:
“¡Adelante la Santa Compañía!”

Y unos brincando, otros absortos,
miré pasar en hilera
una procesión de muertos,

y sentí en las piedras duras
rugir de zuecos, sandalias
y talaes vestiduras.

De la procesión marcha delante
el que hablara primero
y detrás un redoblante.

De tiempo en tiempo parando,
¡racataprán! – sordamente –
¡racataprán! – va doblando.

De insana curiosidad
llevado, seguí a los muertos
por la densa oscuridad,

y fuimos con paso incierto
de la ancha llanura arenosa
atravesando el desierto.

Allá lejos, fulgurantes,
asemejando dos soles
fijos y parpadeantes,

relucían en el horizonte
dos discos rojos, que fingen
los ojos de un mastodonte.

-¿Dónde esta gente me lleva?”,
pensaba yo, yendo a tientas
por un camino de tinieblas.

“¿Me volveré loco ahora,
o me apresarán las brujas? ...
¡San Silvestre! ; ¡brujas fuera!”

Y el tambor que a la par llevaba
¡racataprán! –solamente-
¡racataprán! –contestaba.

De pronto se paró el coro
se volvió para mí el guía
y me hizo gestos con decoro.

Detuve entonces la planta
y me hallé a campo abierto
en una planicie que espanta.

Delante de mí, encorvado
sobre un cayado, un viejo
de perlesía tocado,

me miraba de hito en hito
con sus grandes ojos de águila
de una dulzura infinita.

Capa de paja viste y montera;
de sol está hecha su cara,
de luna su cabellera,

y tiene en los labios gallegos
la sexipedalia verba
de los grandes trágicos griegos.

-“Mortal que hasta aquí llegaste
con ánimo fuerte y recio,
cumpliendo lo que me juraste,”

“si tu arrojo no miente,
y como eres de arriesgado
eres de agudo y prudente”;

“tú, que buscas sin parar,
consuelos para los desgraciados
y para las almas alegría”;

“tú, mi apenado San Bode
de escepticismo repleto,
que quiere creer... y no puede”;

“tú, que ves en un mismo día
nacer a Dios y caer muerto
de inanición cuanto Dios cría...”

“Y a explicarte no aciertas
de esos contrastes las causas,
para ti entre sombras cubiertas”;

“dispónte, que voy a llevarte
donde todos los misterios
han de dejar de atormentarte.”

“Y donde, de la razón con la ayuda,
nunca más te destrocen el alma
los negros dientes de la duda.”

Y esto dicho, el bueno del viejo
se calló, y extendiendo el brazo
mientras me mira de soslayo,

me mostró ancha, sonora,
detrás de él borboteando,
gigante locomotora.

Subiendo entonces, con modos,
de los siete vagones que lleva
al último de todos,

me tendió la mano y al momento,
me hizo entrar y me mandó
que me sentase a su lado.

Cual perro que obedece al dueño
me senté y me vi entre gentes
que cabecean con el sueño.

Allá fuera entre tanto,
erguidas las manos hacia el cielo,
los muertos en dulce canto:

-“¡Siempre honrado sea
el viejo vate – clamaban -,
que los patrios lugares recrea!”

“Lo tenga Dios en su agrado;
y pues va por lana a Roma,
¡que no torne trasquilado!”...

“¡Gloria a Añón! –en altas preces,
¡gloria a Añón! – gritaron todos;
¡gloria a Añón! –por cuatro veces;

Y todos de nuevo oyendo
el ¡racataprán! del tambor,
¡racataprán! – se fueron yendo.

Pegó de súbito un susto
el tren, y con movimiento
primeramente de arrullo,

y luego con desatados
epilépticos esfuerzos
de tigres encadenados,

comenzamos la jornada,
mientras en el cielo rompe la luna
a reír con una carcajada.

CANTO II

-¡Maestro Francisco! ... ¿Acaso es cierto?
¿Tú aquí? ¡Nunca Dios me diera!
¿Estoy soñando o despierto?

- Me ignoras, ¿No es verdad?
nos tratan tan puercamente
por esa inmortalidad...

Y eso que, desde que ronco
de cantar, morí de hambre,
me fui reponiendo un poco.

- ¿De hambre? – Sí, mi querido
- ¿Tú, autor de los Himnos a la Patria
como otros no he leído?

- Fue un trance un poco fuerte;
pero, quieras o no quieras,
tu no has de tener mejor muerte...-

Tal fue nuestro saludo.
Añón sonrió tristemente
y yo quedé pasmado y mudo.

Vuelto al fin de mi espanto:
- Maestro- dije, ¿Por qué causa
de la suerte te lamentas tanto?

Si tan mal te fue en la vida
que alivio hallaste muriendo,
¿querías paz más cumplida?

- ¡Ojalá se me dejara
en esa paz dormir siempre,
que entonces no me quejara!

Mas, si al que durmiendo engorda
le vas a hurgar en las orejas,
¡Verás de que genio se acuerda!

A mí también me hurgaron...
¡Quitarme la vida era poco
y hasta el sueño me quitaron!.

- Me tiene intrigado tu lucha
y si contármela quisieras,
me alegraría. – Pues escucha.

El vate tomó aliento,
se mesó la barba, y musitando
por lo bajo un juramento,

continuo: - Muerto en Castilla,
fui del hospital para la fosa
llevado en una angarilla.

Un amigo verdadero,
amparo mío muchas veces,
El buen Eugenio Monteiro,

De mi tránsito avisado
iba tras de mi cadáver
más que yo muerto y desolado.

De cierto que él no supiera
de mi final batalla
la lucha siniestra y fiera;

si de ella cuenta yo le diera,
cual me redimió de los foros
del hambre me redimiera.

En la fosa común acogido,
cayó sobre el muerto la tierra,
cayó sobre la tierra el olvido,

y yo en aquel silencio manso,
gocé por vez primera
una miga de descanso.

De él en la inconsciente delicia
estaba, cuando entre sueños
sentí mentarme en Galicia,

y por permiso de lo alto
fui desde la Corte hasta Orense,
cómo una liebre, de un salto.

En una calle solitaria
me paré: reunida en Junta
la mocedad literaria,

de mi muerte dolida
me proponía honras, propuesta
por todos admitida.

¿Por todos dije? Pues miento,
de la casa en que esto pasaba
se presentó en el recinto

un hombre, Gritando: "Niego
mi sufragio a ese hereje";
y se calló... Ese hombre era un clérigo.

- ¡Celo quizás! ... –No, codicia
¡Me negó las preces, cuidando
que no le pagaran la misa!

Justo castigo del Cielo,
que hace de un réprobo un santo
y troca a un juez en un reo,

ese hombre, que la muerte ampara,
pídeme hoy la oración misma
que é en vida me negara.

Y Añón, doblando la cabeza,
guardó la actitud piadosa
de un alma que sufre y reza,

y le vi la mirada franca
deshecha en lágrimas que escurren
mojándole la barba blanca.

¿Lloraba de cierto, o reía?
Quien a Añón no conociese
Dudaría..., dudaría...

- Mira ahí tienes – ya acabando
volvió – por qué yo me quejaba
de la falta de paz en que ando;

pues desde esa aventura
no puedo hallar sosiego
en la calma de la sepultura.

- Di, y ahora ¿en qué se emplea
tu actividad? – Me eligió
por Capitán la Estadea,

y voy de ella acompañado,
enseñándole los caminos
de la vida al que anda extraviado.

- ¿No está en pena tu gente?

- No: esa mi Compañía
es la de los santos de occidente.

Viriato, ese patriotismo
Prisciliano, ese buen sentido
María Pita, ese heroísmo

Macías, el amor mal pagado;
Feixoó, la ciencia perseguida;
Vesteiro, de la fe el estrago;

esos compatriotas nuestros
que en procesión me siguieron,
despidiéndome llorosos,

Todos esos y otros tantos

que no canoniza la iglesia,
son los verdaderos santos.

- ¿Santos, y no van contigo
a Roma? –No les hace falta,
porqué no temen castigo.

- ¿Luego estamos rodeados...?
- De una gravilla de creyentes,
en el tren de los siete pecados

Al escuchar tal, la oreja
me zumbó y me cogió el espanto
que entre los lobos siente la oveja.

Y pálido como la muerte
viéndome Añón: -¿Qué te pasa
para ponerte de esa suerte? –

Me dijo; y yo: - No es nada
- le replique -; pero pienso
que hemos de tener mala jornada.

- ¿Llevas mujer? –De parto
la dejé en casa. - ¿Llevas
dinero? – No tengo un cuarto.

- ¿Has pensado heredar? – Apuros.
- ¿Tienes buena fama? –De lo peorcito
- ¡Bah! Entonces estamos seguros.

- ¡Sosiégate, hombre! ¿Entre un grueso
ejército de romeros
temes ladrones? ¡Vanidoso!

¿Qué puede haber que te escueza
si ni tan siquiera llevas
bolsa llena o mujer mozueta?

- ¿Pero esta gente es tan mala?
- Excelente. ¡Te va bien!
Juzga por la de esta sala.

- ¿Qué son? – Son los perezosos
que viniendo tarde al trabajo
quieren cobrar los primeros;

son los que les gustan las truchas
y como les gustan, intentan
pescar con las bragas enjutas.

- Ahí tienes a Mella, un mal letrado.
- Cuando era juez me mandó a la cárcel.
- Pues por eso es magistrado.

- Ahí tienes a Cesáreo Rodrigo.
- Siendo Obispo me excomulgó.
- Será Papa, mi amigo.-

y por sus nombres llamando
a cada uno, me fue el maestro
muchas gentes presentando,

de esas que en la humana liza
a hacer el bien llamadas,
hacen siempre el mal... por pereza.

Añón se quedó callado;
se irguió, me guiñó un ojo
y de mi brazo agarrado,

por un pasadizo interno
me llevó al vagón segundo,
círculo de un nuevo Infierno.

CANTO III

Mientras a nuestra visita
dábamos comienzo, la máquina
rueda furiosa y crepita.

Y a través de una vidriera
ojeando, vi que ya teníamos
atravesada la frontera.

De los carriles por ambos lados
la vieja tierra de las Galias
yergue los picos nevados,

y en ultrajante palique
nos dicen al pasar las gentes:
Bon jour, messieurs fanatiques.

Irritado ante tal exceso,
me queje a Añón del saludo.
Dijo: - Pues es un progreso;

que en no muy lejanos plazos
el tren francés se recibía
en España a trabucazos.

En esto en el vagón segundo
entramos; salía de allá dentro
un aire tan nauseabundo

que, no queriendo asfixiado
morir, busqué el pañuelo,
pero; me lo habían robado!

- No pases de la puerta, detente
- me advirtió el poeta -:
de la Envidia estás frente a frente.

Y conviene que no te coja
por delante: este monstruo vive
solamente de lo que desuella.

Agradecido por el consejo
me paré y me puse a escuchar
por no disgustar al viejo.

Llegando hasta mí, sombría,
entre aquel tufo que ahoga,
una extraña algarabía.

Aunque la disputa era brava,
caí en la cuenta bien pronto
que de las letras se trataba.

Y como de las letras vivo,
me dio por escuchar, de tal suerte
que esto cogí que aquí escribo:

- Dígame, mi señora:
¿es cierto que en su tierra
renace la poesía ahora?

- Fábulas que sueltan al viento
cuatro soñadores locos...
¡No hay tal renacimiento!

- No lo habrá; más no quita
para que Castelar lo afirme.
- Ya le he tirado de la levita

en cierta ocasión...¿Tiene gracia
eso de llamar poetas
a esas ranas de la Democracia!

- No me maltrate al gran hombre...
¡Él, al fin, en los apuros
es el que nos da un poco de nombre!

De alguien sé que, tras de reírse
de él y de sus ideales,
cuando quiso redimirse

del olvido, lo sentó a su mesa,
lo hizo hablar... y a eso debe
valer lo que vale y pesa.

- Si eso que dice va conmigo,
miente. Yo brillo con luz propia.
- Muera el cuento... – ¡Miente, digo!

Y para demostrar que miente,
haga el favor de leer ese
tomo, y después escarmiente.-

Y de súbito escuchando
un tumbo, baje los ojos
y vi a mis pies, rodando,

un libro de la nueva escuela
que huele a Carulla a leguas
y hiede que apesta a Zola.

- ¿Se convenció? Estoy herido
por el argumento, que es fuerte,
más no estoy convencido.

Yo sostengo, y traigo pruebas,
que Galicia despierta; dígalo
la autora de Hojas Nuevas.

- ¡Valiente plañidera!
Poetas de ese estilo
se compran a cientos en la feria.

Hace años que una mala pieza
quiso coronarla en vida
y yo se lo quité de la cabeza.

- Ahora comprendo el gusto
con que le rezó por el alma...
- Honrar a los muertos es justo.

- Ese deber todos tenemos;
pero aun más justo hallo
que a los vivos no deshonremos.

Mas, a la ilustre Padronesa
dejando, pues hasta pienso
de que de mentarla le pesa,

diga y perdone: ¿Esos vates
que muestran tantos alientos
para los modernos combates;

esos Novos y Labartas,
esos Lagos, esas perlas
que surgen a la luz en sartas

esa generación nueva
de parlante ruiseñores...?
- Cantan... como Juan de la Cueva.-

No quise oír más nada.
- Vámonos –rogué al maestro -,
¡O hago una judiada!

Y atravesando aquel triste
lugar, cubil de una fiera
que nadie a su par resiste,

mientras con rabia amarga
nos metimos en el tercer
departamento – el de la Gula.

- Antes de entrar – con amargo
acento me indicó el viejo -,
que tengas calma te encargo;

porque vas a ver cosas tales
que ni en las noches de fiebre
has soñado otras iguales.

El hambre negra aquí mora;
ve con tiento que su diente
vivos y muertos devora.

Entré en el vagón, y delante

de mi se presentó la escena
más atroz y repugnante.

Un montón de frailes repugnantes,
obscenos, crasos, cebados,
de largas uñas y dientes,

con rudo rechinar de muelas
echan la parva, engullendo
cual torpes serpientes boas.

Me choco de la gente aquella
la feroz voracidad,
que yergue el estomago de verla.

Y explicarme no sabía,
cuando oí que uno de los viajeros,
convidándome decía:

-¿Me quiere acompañar? Sin gana
se come esto. -¿Y qué es eso?
- Un poco de carne humana,

mismo de junto a los riñones;
nunca salgo sin un trozo
de Murguía en la fiamblera.

- Gracias, no llevo apetito.
- Lo matamos a palo anteanoche
¡y es un bocado exquisito!

No bien hubo este acabado
saltó otro: - Al señor parece
gustarle más el pescado.

Si así fuese, por suerte, acepte
un bocadito siquiera
de Manuel Angel... -¡Buen pez!

- De la Coruña cayó en la playa
se usan allí unas redes
de donde no se yergue el que caiga...-

Y así, para mí extendiendo
pedazos de su almuerzo,
todos me fueron ofreciendo

con crianza e hidalguía,
tajadas de Ojea, Vicetto,
Lamas, Pondal, Rosalía...

Mirando aquellos horrores,
viendo que trato merecen
los artistas y escritores,

suspiré con triste gesto:
“¡Por Dios! ¡ No vale la pena
de amar a la patria para esto!”

Atento Añón a mi dicho
- Ten cuenta – observo -, ten cuenta
con no alzar el grito;

que si esta gente supiera
quién eres tú, que la censuras...
¡no te arriendo la que te espera!

¿Esperabas otra caricia
obtener de la que obtenemos todos,
de los críticos de Galicia?

Pues, mi amigo, ve viendo...-
y Añón me mostró un fraile
que iba mis huesos royendo.

CANTO IV

A tal mirar, sentí enojo
de haber nacido gallego,
y de odio y cólera rojo,

juré desquites crueles
de aquellos monstruos, y quise
irme a puntapiés contra ellos.

De esta arrancada cautivo
me libre luego, rompiendo
a llorar a lágrima viva.

No sentía los propios ayes:
para los que tienen limpia la conciencia,
vítores son los ultrajes.

Lo que yo de veras sentía
era ver de aquella suerte
hombres de tanta valía.

Que aun naciendo en lo oscuro
en lo oscuro fueran alzados
sobre pedestales de oro.

¡Qué extrañeza! ¡Qué castigo
 segar el mijo en el surco
donde sembramos trigo,

y allí donde la juventud
agotó su noble esfuerzo,
ver erguirse la ingratitud!

- Benditos los que, después de hecha
la siembra, cierran los ojos
sin aguardar la cosecha.

Que, al fin, ellos son felices
como vosotros en vuestra tumba,
dulce Mármol, tierno Elices! ...

- ¿Luego lloras? ¡Tú estás loco,
ladrón! – me dijo mi guía -.
Métete en vidas ajenas,

mete; verás qué buen pelo
sacas, mi bravo Quijote,
en pago de ese tu celo.

Deja arar al ganado, prenda;
por nadie pongas la cara:
quien tenga tienda que la atienda.

Pues de redentor el oficio,
sobre de estar en desuso,
lleva siempre al sacrificio.

Vaya, reponte, no llores;
eso de llorar es propio
de las especies inferiores.

A cada tiempo lo que se estila;
y hoy el corazón humano
hiel, que no lágrimas destila.

Yergue esa cara, restriega
esos ojos: la morriña
es enfermedad que se pega,

y la morriña y tus versos
son la misma cosa, díganlo

ciertos poetitas perversos.

Y Añón, tira que te tira
de mí, me sacó a empujones,
cual perro que a luchar se azuza,

a un vagón, donde con pía
gravedad, mujeres y hombres
cantaban la letanía.

Un fervor tan verdadero
viendo: -¿Entre qué gentes estamos?-
le pregunte al compañero.

Y él que jamás se admira:
- entre facciosos vencidos
- dijo- que estallan con la ira.

¿Facciosos? Semejan creyentes,
según la contrición que muestran.
- Que remedio- Se ven impotentes.

Dales en vez de rosarios
fusiles, y teme menos
a los lobos más sanguinarios.

Sus rezos son disfraces;
repara bien en lo que dicen,
verás de lo que son capaces.-

Fijándome entonces en el canto,
noté que no ponen en el rezo
ninguna virgen ni santo,

y los ojos bajos e inmóviles,
meten un jefe carlista
entre dos ora pro nobis.

“Arre diablo con la gentuza...
¡Cualquiera se arrima a ella!”
pensé por mi cuenta.

Mas si es tan ruin y dañada
esa tropa: - ¿Cómo es – dije -,
cómo es que va tan calmada?

- La ira verdadera, encubre,
nunca muda el color del rostro,
no da gritos, ni da fiebre.

Vive en el pecho encogida
como un tigre, y cuando salta,
de un salto destroza una vida.

Si quieres ver dónde llega
la que estos guardan en el alma
y de qué manera los ciega,

escucha... – En aquel momento,
parando el tren, me ensordece
un clamor grande y violento:

¡Muera Humberto! ¡Viva el Papa!
Tal era la voz estruendosa
que de cien gznates se escapa.

Me acerqué a la ventanilla
y en tierra italiana me vi,
en la estación de Vintimiglia.

- ¡Salve – de entusiasmo lleno
exclame -, patria sagrada
de Dante y de Galileo!

Hechos polvo y en pedazos
tus miembros, puesta la túnica
en cien jirones y desgarros;

tus hijos perseguidos,
quemados tus patriarcas,
todos tus bienes recogidos;

echados a los cuatro vientos
los huesos de tus mayores,
ahogados tus lamentos;

de los Papas triste cautiva,
bajo sus pies siempre muerta,
pero también siempre viva;

tú, en un trabajo glorioso
de quince siglos, trabajo
cual ningún otro espantoso,

recogiste gota a gota
toda tu sangre vertida,
y vuelto en guerrero el ilota,

desde la ergástula retaste
a tus verdugos y, derrumbados,
libertad te levantaste.

Tú, de los caballos de Atila
debajo de la herradura,
que cuanto toca aniquila,

recogiste tu corona
maldiciendo a la salvaje
civilización teutona.

Tú, cuando por toda la tierra
el cuerno feudal sonaba
llamando a las naciones a la guerra,

convirtiéndote en estandarte
el viejo sudario griego,
proclamaste la Ciencia y el Arte;

y en tanto que en un divino
resplandor inunda los cielos
el sol de Tomás de Aquino,

el verbo audaz de Giordano
penetra el misterio, oculto
siempre el pensamiento humano,

la forma en Rafael estalla
¡y hasta la piedra, al golpe rudo
de Miguel Ángel, habla!

Desde entonces, tú tienes de los pueblos
el secreto, tú el candado
y la llave de los tiempos nuevos.

¡ Oh, patria, de las patrias templo,
quien de tu mal adolezca
cúrese con tu ejemplo!

- has de ir muy calladito
- me interrumpió el maestro -
o te dejo en el camino.

Ser serio es cosa precisa:
¿No ves que cuantos te oyeron
se desternillan de risa?

Oye, en esta nuestra edad
gustan los cantos de los ciegos,
mas no los de la libertad.

Y el cuento es que ya debías
saber lo que traen consigo
esta clase de sinfonías...

Yo por mí, que desdichado,
fui gran amigo de los siervos,
vengo ya escarmentado.

Treinta años de gallina clueca,
siempre con el clo-coto-cloc,
de la libertad en la boca,

no me valieron de nada;
y en vez de pollitos, quité
de grajos una bandada.

Libertad, Patria, adelante...
¡bah! ¡Déjate de locuras,
hombre! Ve a rezar a otro santo,

No cuentes estrellas muertas;
que podía ser que contándolas
te llame la miseria a las puertas.

Dijo, y del vate el sarcasmo
me escalofrió todo,
y de mi noble entusiasmo

vi apagarse la energía,
cual se apaga un hierro ardiendo
metido en agua fría.

CANTO V

Mustios los dos y abismados,
se puso de nuevo en marcha
el tren de los Siete Pecados.

La noche a buen andar caía
y de esparcir tratando
mi melancolía,

Me asome a una vidriera
y el aroma aspiré que mandan
el bosque y más la zarza.

Ráfagas de las altas cumbres,
¡cuánto entonces me agradaron
vuestros puros perfumes!

Gratos perfumes de la sierra,
¡cuánto entonces me recordasteis
los aromas de mi tierra!

En aquel celaje plumizo
que el azul profundo tapaba,
en aquel paisaje invernal,

vi algo del aterrimiento
de mi nativo rincón
y a él se fue mi pensamiento.

Mas en la pobre patria mía
son más tristes los crepúsculos,
eterno dolor allí anida;

que aunque una gran hermandad
hay entre todos los pueblos
que buscan la libertad,

por la vereda que avanza
cara a sus nobles destinos,
perdonando la comparación,

Italia marcha derecha
y Galicia renqueando
como una tullida vieja.

Viejita que andas a gatas,
sin que tengas quien te ayude,
¿cuándo vas a tirar las muletas,

y airada, valiente, fuerte,
pondrás el pie en el pescuezo
de los que te hieren de muerte? ...

Para atajar la corriente
de mis negras ideas
me pasé la mano por la frente,

y hallando los dedos manchados
de un polvo blanco y menudo,
me volví para todos los lados

y vi a Añón en la faena
de cerner entretenido
con un cedazo pequeño

por sobre mi una harina
que me tenía enharinado
desde los pies al cabello.

- oye que haces, que me manchas,
y entrar limpio quiero en Roma...
- Si es por eso, no te aflijas;

otros van más emporcados
que tú y salen que da vicio
de limpios y de lavados.

Lleva ahorrado en el peto
a la Ciudad Eterna; escurre
en el dinero de San Pedro

toda tu honrada pobreza,
y te volverás para casa
noble y santo, en una pieza.

De algún patricio gallego,
Sé yo que, sin tener un cuarto
para mandar tocar a un ciego,

pilló, no sé con qué trampa,
unas cuantas onzas de oro,
se fue a Roma a ver al Papa

y allí, su origen caótico
perdiendo, se hizo al punto
hidalgo...de raza gótica.

- No, predicar bien predicas;
pero aun no me dijiste
por qué estos polvos me aplicas.

- Esto que contigo hago
ha de librarte, si Dios quiere
y la Virgen, de un gran estrago.

- ¿Pero es harina o es arsénico?
- No te apures; simplemente,
una precaución higiénica.

Y sin darme más respuesta
Añón, siempre de mi brazo,
tenerse en pie mucho le cuesta,

entró conmigo de nuevo
en otro vagón a oscuras,
negro cual boca de lobo.

Nada allí dentro se veía,
tapada la luz por un número
de La Fe, muerta parecía.

Mas por lo que yo escuchaba,
entre aquella oscuridad
gran bullicio reinaba.

Sentí sollozos, acentos
de piedad, fervientes ruegos
entre ahogados lamentos;

ayes de pena y de ternura,
suspiros de amor y azotes
de manos sobre carne dura.

“¡Cómo es sabia la Providencia
- pense -, que me trae al cabo
a un lugar de penitencia!

No, no es el mal tan profundo.
¡Aún hay arrepentimiento,
aun hay virtud en el mundo!”

Y arrimando la cabeza
para dormir, pues tenía sueño,
y el sueño es medio alimento,

enterré todo el cogote
en un respaldo suave y caliente
como de lana o anascote.

Mas no bien había cerrado
los ojos, me hallé preso,
de ambos remos trabado,

y en menos tiempo que lo explico
sentí en la mejilla izquierda
un roce extraño... Era un besito.

“¡Congrio! – grité -, ¿quién se atreve...?”
Y sin poder hacer fuerzas,
frío como la misma nieve,

conjuré al enemigo,
le palpe y le apresé... , ¡qué diablo!,
lo que aprese... no lo digo.

De la lámpara en este instante
se cayó al suelo el periódico,
y a su resplandor brillante

me vi – ¡a contarlo me resisto! –
entre los brazos de una doña,
que me tomaba por Cristo.

Volviendo los ojos en torno,
en mi propia actitud
descubrí en el espacio cálido

cien beatas y beatos
farfullando místicamente
como en enero los gatos;

los cuales, vuelta a las alturas
la mirada compungida
de las murillescadas figuras

en grupos de aspecto vario,
mas todos en cruz, hacían
de aquel lugar un Calvario.

Yo, que otra tal nunca viera,
me admiré al principio;
pero, mira que te mira,

notando a fuerza de ojeadas
que ellos hacen de crucifijos
y ellas de crucificadas,

y viendo que, al fin y al cabo,
por las brechas que se abrían
no traspasa ningún clavo,

pegue un brinco terrible,
y abriendo en ese bosque
de Belfegor paso libre,

dicen: - ¡Tentad al demonio!
y ellos: - ¡Fuera el alcanforado!
- gritaron -, fuera el blasfemo!

Añón, que aguardaba a la puerta,
me preguntó: - ¿Qué hay mi niño?
- ¿A ti que rayos te importa?

- repliqué - ¿Vienes enfadado?
¡Buen modo de agradecerme
el haberte enharinado!

- ¿Para qué me metiste ahí dentro?
- ¿Para qué? ¿Pues luego infringiste
acaso algún mandamiento?

- Yo no. Pues a mí me lo debes;
porque si a pecar llegaras,
aun con pecados leves,

no te valieran recetas
humanas para curarte
de enfermedades... secretas.

CANTO VI

Delante de nosotros, mientras,
del mediterráneo las olas
rizadas y fosforescentes,

de la playa desde las arenas
vienen sobre el tren que pasa
a escupir, de coraje llenas.

Detrás se quedaba Niza
con sus alcázares de mármol,
envuelta en niebla sombría,

y de Génova el sagrado
cementerio, donde Mazzini
duerme satisfecho y honrado.

Los reyes le negaron asilo
en vida, los Papas lo trajeron
errante de pueblo en pueblo;

mas las iras y porfías tantas
no privaron que hoy el mundo
adore sus cenizas santas.

¡Laudemus viros gloriosos
Homines magna virtute! ...
exclame saludando los huesos

del apóstol de la unidad.
Y Añón, doblando la rodilla
dijo asintiendo: - ¡Es verdad!-

Y puesto en pie al momento
cual si de aquel homenaje
estuviese pesaroso,

tornó: - La virtud y la gloria
son solo dignas de laureles,
sancionadas por la Historia.

Catón para el mundo entero
pasó por un gran romano,
y fue un gran usurero.

Shakespeare, el poeta ogro,
ese soñador, en la granja
de Avon daba ganado a otro

Cervantes, que aun hoy pasa
por pobre, en Madrid era dueño
no menos que de una casa.

San Rosendo, obispo y asceta,
tenido por célibe, ahora
resúltanos ... con una nieta.

Pues sí aun los de la antigüedad
engañan, ¿Qué te prometes
de los hombres de la actualidad?

De la sombra envueltos en el enredo,
el sol de la crítica aguardan,
y para que luzca aun es pronto.

- Una vida toda entera
al patrio bien consagrada
es de por sí una hoguera.

La historia hará a Manzzini
justicia –argüí- ¿Acaso
es él menos que Mazzantini? –

Y Añón murmuró: - Desconfía
de los juicios contemporáneos,
que tienen a la pasión por guía.-

Y entrando en el vagón sexto,
me hizo buena su tesis
diciendo con mordaz gesto:

- ¿Conoces a este? Es un avaro:
me prestó unos cuartos al treinta.
- Si pagaste... no fue caro.

- ¿Y este? ... - También. Es un librero:
me pidió un tomo, se lo escribí...
y se me quedó con el dinero.

- ¿Y ese otro? ... - por una finca
vendió a su hija a un indiano,
como una vaca en la feria.

- Pues bien esos forajidos
que a la raza humana deshonran,
del mismo infierno salidos,

mañana, por el jubileo
del Papa indulgenciados,
irán derechos al cielo.

- ¿Será verdad? - ¡Vaya! Y tanto,
que más de uno que hoy maldices
tendrás que adorar por santo.

El horno de la idolatría
católica no se apaga,
y ha de llegar un día

en que rece el repertorio:
“San Blas, pederasta: - se saca
anima del purgatorio.”

En estas y otras, el poeta
contándome casos varios,
con verbo agudo y discreto,

de mujeres mal casadas
que del lecho del adulterio
fueron para el altar llevadas,

y de ladrones y asesinos
que con legados piadosos
mercaron triunfos divinos,

me metí en el postrero
furgón, todo él atestado
de joyas y de dinero.

Y señalando las talegas
que están allí amontonadas
con onzas de oro a fanegas,

arrodillándose dijo:
- ¡Híncate y adora al santo
que más maravillas hizo!

Delante de él se abate la sierra,
y se inclinan reverentes
las potestades de la tierra,

y en celestes armonías
le hacen desde el Empíreo salvas
los coros y las jerarquías.

Yo obediente al mandato,
me quité humilde el sombrero;
más queriendo, sin advertirlo,

besar un saco de aquellos,
vi que me apuntaban con las armas
dos parejas de civiles.

- ¡Si das un paso, rabiarás!
me gritó uno de ellos, dejándome
mismo sin sangre en las venas.

Retrocedí entonces espantado,
y tras de él inmortal poniéndome
para no morir fusilado,

oí que Añón me decía:
- Para que esto no te acontezca,
no beses, hurta otro día.

El ladrón siempre se escapa
con bien: todo ese tesoro
que va de regalo al Papa,

es el hurto de la proterva,
que de la bolsa de la Humildad
pasa al vientre de la soberbia.

Harto de ver cosas tales
iba ya, cuando vislumbramos
de Roma las cien catedrales.

El tren, por los frenos contenido
paró poco a poco; se oyó
un atronador pitido,

y entre nubes parduscas
de vapor, bajamos todos
del coche a pisadas lentas.

Ya en tierra, los romeros fieles,
rompiendo en sagradas cántigas
en Roma entraron, tras de ellos

marchábamos nosotros hablando,
de cuando en cuando sonriendo,
y graves de cuando en cuando.

Ya dentro de la Ciudad Santa,
viendo en una larga calle
perdersé a la gente que canta,

dijo Añón: -¡Me dan temblores
de pensar que han de ir al cielo
tal hato de pecadores! –

Y yo: - Pues si son perdonados,
¡tenga Dios misericordia
de los pobres hombres honrados!

CANTO VII

Cansados del largo camino,
para dar a las fuerzas reparo
con un par de tragos de vino,

ya la expedición terminada,
lo primero que hicimos
fue procurarnos posada.

Trabajo costó, por cierto,
hallar sitio aquella noche
donde ponernos a cubierto;

pues la legión penitente,
queriendo ganar la gloria
todo lo más cómodamente,

nos tomó la delantera
y no dejó, ni para un remedio,
posada... ni posadera.

-Deo gratias – Añón decía
batiendo las puertas, y en todas
le responden: - ¡ Andate vía!

- ¿Parece que no hay hospedaje
para nosotros, maestro? – le interrogué,
disimulando el coraje.

- ¡Parece que no! -¡Otra como ella!
- Roma no quiere peregrinos
sin alforja y cara bella.

Sí en vez del brazo vacío
trajéramos de él colgado
un cabás lleno de dinero,

otro gallo nos cantara...
¿Qué muro un cañón no derriba
si bala de oro dispara?

Te ha de servir de gobierno:
para irnos al cielo hoy en día
hay que comprar permiso al infierno.

- Si sé que no cojo casa,
no vengo. – La Iglesia y la langosta
allí donde cae, todo arrasa.

Así hablando el glorioso,
íbamos por una calle
que al Tíber sale cenagoso,

cuando un mesón vimos cercano
entramos, y el dueño nos puso
buena mesa y limpio lecho.

No pude dormir: sufriera
tanto en todo el viaje,
tan míseras cosas viera,

que mil impresiones extrañas
me tuvieron toda la noche
pensando en las musarañas.

Por la mañana el posadero
nos dio la cuenta – diez liras;
pero, no teniendo dinero,

Añón, con papel y pluma
se puso a escribir estrofas,
hasta completar la suma.

- Ahí tienes – no bien él termina
le dice -, y pues que nos trataste
cual reyes, coge esta propina -.

Y la lira dorada sacando
que trae colgada al hombro,
guarda – fronteras del Pindo,

se la dio y se fue de la hostería,
dejando al patrón atónito,
parvo de tanta osadía.

Con qué le había pagado
Añón, no lo supe nunca.
Quizás con un himno... al papado

El sacrosanto negocio
con que León XIII festeja
su entrada en el sacerdocio

llegara ya, y era un día
de enero condenado
por el cierzo que corría.

La ronca voz de las campanas
hinchía los aires de estruendos
llamando a las gentes cristianas

y se veían en hileras
surgir por todas las calles
los romeros... y las rameras.

Todos van para el Vaticano;
allí tiene que dar misa hoy
el pontífice romano,

y el santo ritual ordena
que quien quiera ser absuelto
es menester que allí comparezca.

Siguiendo en pos de la romería
Añón y yo repuestos, juntos
y en buena compañía

de la mutua fe para desmedro
entramos bajo las bóvedas
de la catedral de San Pedro.

Aquello era un gran río
de oro, de perlas, de rasos...
¡cuánta luz! ¡cuánto gentío!

En los vidrios de los vitrales
los santos, en mirra envueltos,
con sus nimbos estelares,

pasmados de tal grandeza,
guiñan el ojo, diciendo:
“¡Como ha de ser! ...” con la cabeza.

De pronto, por toda la nave
se oye un murmullo de asombro
y sigue un silencio grave.

El Papa sube al estrado,
echa la bendición al pueblo
que lo contempla entusiasmado,

y mientras los pechos hierven,
todas las testas se bajan,
todas las nalgas se yerguen.

Humillación tan completa
viendo quedé sonrojado:
mas, para calmarme, el poeta:

- Es en esa actitud cristiana
- dijo – en que los biólogos fundan
nuestro cuna cuadrúmana,

perdida la garra y el rabo
desde que la selva primitiva
dejó, para ser hombre al cabo,

sólo cuando a poner se presta
de bruces, muestra el católico
que antes de serlo fue bestia.

No eches en saco roto
esta advertencia, hijo,
pues sé de más de un devoto

para quién toda la ciencia es vana
que siempre que ora confirma
la teoría darwiniana.

El Papa, en esto, vestido
de albo tisú y brocados,
de oro y de piedras ceñido,

alzó con pulso seguro
la Hostia que a mí de lejos
me pareció un peso – duro.

Voces entonces argentinas
llenaron la inmensa cúpula
de unas notas tan divinas,

de una música tan grata,
que parece que la tocan los ángeles
soplando en trompas de plata.

Y luego otras voces todavía
más dulces y más suaves,
de una cadencia más linda

sentí, de armonía tanta,
que de preguntar al vate
no pude menos: - ¿Quién canta?

- ¡Quién ha de ser!, ¡desdichados!
Les quitó la Iglesia el género;
no tienen nombre; son...castrados.

En la lucha de la santidad
aquí la mujer pierde... la honra,
y el hombre... la virilidad.-

Tal dijo Añón, y se calló,
a tiempo que del tu es Petrus
el himno gigante se escuchó.

- ¡No! – grité, hirviendo en ira,
encarándome con el Papa -.
¡lo que te dicen es mentira!

¡Quien del vilipendio humano
vive, no es Pedro, es Judas;
no es Cristo, es Diocleciano!

Por suerte, cuanto yo decía
nadie lo entendió entre aquella
formidable sinfonía.

Acabada la misa, el Papa
subió a unas andas de oro
que llevan cardenales con capa,

y al pasar por mi lado
me dijo: - Te aguardo a las doce;
hemos de comer un bocado.-

Casi muerto de asombro
quedé; consulté al viejo,
y el viejo, encogiendo el hombro,

me replicó: - Acude a la cita.
- No voy solo. – Yo te acompaño.-
Y me prepararé la visita.

CANTO VIII

Los dos aguardando la hora
de ir a comer con el Santo Padre,
salimos del templo fuera,

y para poder apreciarlos,
fuimos a ver las galerías
de la exposición de los regalos.

Cuanto en siglos diecinueve
el temporal poderío
tiene arrebatado al pobre;

cuanto se tiene apropiado
la garra cardenalicia
y el vientre del episcopado,

allí está, en montones gigantes
de oriental magnificencia
- desde las perlas y los diamantes,

hasta la plata y el oro fino-
enormes bostas colgadas
del católico intestino.

Delante de aquella crujía
de esplendores, donde lo mismo
luce junta y a porfía

toda la pompa y la riqueza
que encierra el mundo del arte
o guarda la naturaleza,

me acordé de los que hozan
la tierra, de los que no comen,
de los que no ríen ni gozan;

del labriego que trabaja
para mantener mujer e hijos
y duerme en haces de paja;

del pobre viejo baldado
sin cobijo en el invierno,
de puerta en puerta arrastrado;

del niño que desnudo,
huérfano, perdido en el breñal,
guarda el ganado de un vecino;

del frío lar que da miedo;
de los hórreos sin grano, de las vacas
sin leche, del arado quieto...

Y con un amargor sin nombre:
- ¡Cuantos sudan en este mundo
- pensé para que holgazanee un hombre!

Y Añón cual si me escuchara:
- ¿Luego si que tienes envidia?
- Me dijo -; pues bien, repara:

Este cáliz esmaltado
desapareció de la iglesia
de Ousende el año pasado.

Esta custodia esculpida
fue de la ermita de Seixalbo,
noches atrás sustraída.

Cuanto tienes delante de tus ojos
se debe de la fe a la ganzúa,
que no respeta cerrojos.

¿Y quieres con tal grandeza
hacer la suerte de los pobres?
¡Pues les pides buena limpieza!

Contra todo expolio hecho
a los pueblos cabe interdicto...
- ¿Qué entiendes tú de derecho?

Los bienes no inventariados
son del primero que los pilla,
adquiridos o robados.

Y si el que los hurta acontece
ser gente de sacristía,
el ladrón nunca aparece.

Iniquidad, desacato,
lo que quieras. ; mas es fuerza
respetar el Concordato -.

Así mi viejo hablaba
cuando tuvimos aviso,
de que León XIII aguardaba.

- Vamos allá – dijo el vate;
y corriendo una cortina
de velludo color granate,

en un camarín penetramos,
donde ya sentado a la mesa
al Padre Santo miramos.

- Sentaos también – nos dijo;
farfulló cuatro preces
el pan y las ostras bendijo,

y en tanto una copa entera
de vino viejo apuraba,
me habló de esta manera:

- Sé quién eres: si no lo supiera
lo que gritaste en San Pedro
claramente me lo dijera.

Tu vienes, cantor galiciano,
de una raza que odió siempre
el predominio romano.

Allá del monte Medulio
en las laderas, aun los huesos
relucen, al sol de julio,

de tus abuelos, que, blandiendo
contra el imperio la hoz céltica,
uno a uno fueron cayendo.

Pero de los conquistadores
pasados, de los muertos déspotas
Césares y Emperadores

el Papa no es heredero:
son los reyes que hoy gobiernan,
castigo del mundo entero.

¡Ay! Mira: por toda la tierra
se yergue un tufo de muerte
que a los espíritus aterra.

Naciones de todas las trazas,
hombres de todos los climas,
gentes de todas las razas

se miran con ojo airado,
se buscan unos a otros y alzan
en el aire el puño cerrado.

El hijo del Norte, frío,
disputa al de Oriente, inquieto
de la frontera el señorío;

reclama el galo al germano
las tierras que le detenta;
del inglés recela al italiano;

riñe América con Europa;
los arsenales funden hierro;
los cuarteles disponen la tropa;

rueda por el espacio un viento
de desolación y exterminio
que oscurece el firmamento...

Tiembla el suelo, vacila la roca;
¡rompe en cada pecho un odio
y un ultraje en cada boca!

Y aquí el Papa, otro traguito
echando, exclamó: - ¡Que tiempos!
Y Añón le respondió: -¡Que vino!

- En el medio de lucha tanta
solo hay paz – tornó León XIII –
en el seno de la Iglesia santa.

¡Y me llamáis tirano
a mí, triste prisionero
en la cárcel del Vaticano!

- Perdóneme vuestra merced
- dije entonces -; pero creo
que mientras la Santa Sede

los bienes temporales ame
e insulte con su riqueza
a los que se mueren de hambre;

mientras el Papa, que el trono
de las almas heredó solamente,
quiera ser del mundo dueño,

y la piel del pascual Cordero
trocando en coraza, trate
de convertirse en guerrero,

la obra papal será impía;
no de paz, de turbulencia;
no de orden, de tiranía.

De Cristo la mística esposa
hizo negando adulterio
y su falta vergonzosa

no tendrá perdón divino
sino cuando a Cristo torne
de los brazos de Constantino.

Añón me dio con el codo
como quien dice: “¡ No te escurras!”,
y León habló de este modo:

- ¡Ah! ¡Cómo a tu labio asoma
el afán del mundo! Tú pides
que el Papa abandone Roma...

¡ Y bien! Agradarte quiero;
dejaré Roma al os romanos,
me quedaré en cueros... ; pero

cuando de los bienes me despoje
que la tradición me legara,
y que guarde hasta hoy.

¿Tendrá la Iglesia quién le ayude?
- Veinte siglos predicando
caridad para esa duda!

¡Señor! El mundo moderno
no es, como el mundo antiguo,
la imagen viva del infierno.

Los pueblos están llamados
a regirlo: cuando triunfen,
cuando del suelo levantados

el himno canten de la victoria,
se volverán a Dios, y los cielos
resplandecerán de gloria.

Y entonces, Señor, no temáis
por la Iglesia, que ella es la barca
que flota en las tempestades.

Estas democracias nuevas
son hechas de amor y gastan
la piedad por arrobas.

¡Amadlas! ¡Que miren y vean
que Cristo está de su parte
mientras luchan y pelean!

Quédese la rabia para los lobos:
¡Cristo era bueno, era humilde!
y la humildad cautiva a los pueblos

Tal hablé. Añón estaba
pálido; volví la cabeza
y vi que el Papa... lloraba.

- ¿Qué tiene señor? - ¡Esto está hecho! -
me replico; y en aquel punto,
irguiendo el busto correcto,

murmuró: - Id y anunciad
que el Papa renuncia a Roma
para vivir de la caridad.

Desde hoy mi hacienda,
todo lo que tengo es de los pobres;
que las naciones pongan en venta

cuanto sea mío; ¡de ello en pago
no quiero más, si me lo dais
que un rinconcito en Santiago! -

Me sentí entonces conmovido
también; el Papa se marchó
y yo de Añón siempre cogido,

salí fuera del palacio
y respire fuertemente
el viento libre del espacio.

Aquella noche salimos
de Roma yo y el vate. Apenas
los dos en el vagón nos vimos

de vuelta para el suelo paterno,
le dije: - Maestro, ¿qué piensas?
- Que es un gran vino el de Falerno...

-¿Dudas de los votos formales
del Papa? – ¡Nunca se cumplen
los programas liberales!-

Luego de llegar a España,
Añón se volvió al comando
de su Santa Compañía,

y yo, de lo que vi parvo y mudo,
desde entonces creo... o no creo...
pero dudar, ¡ya no dudo!

A ROSALÍA DE CASTRO

Del mar por la orilla
la miré pasar,
en la frente una estrella,
en la boca un cantar.

Y la vi tan sola
en la noche sin fin,

¡ que aun rece por la pobre de la loca
yo, que no tengo quien rece por mí!

La musa de los pueblos
que vi pasar yo,
comida por los lobos,
comida se ve...

Los huesos son de ella
que vais a enterrar.
¡Ay, de los que llevan en la frente una estrella!
¡Ay, de los que llevan en la boca un cantar!

A LA SOCIEDAD LIRICA DE LA HABANA

“AIRES DA MIÑA TERRA”

Os guarde Dios, muchachos, que en América
las soledades sentís de los patrios lares,
donde vuestros compromisos, trabajados,
descansan en la paz del sueño postrero.

Por carta que, con los ojos arrasados,
anteayer recibí de orgullo lleno,

supe que me nombrasteis en junta.
Presidente de honor de vuestro gremio.

Más me decís en ella, pues me decís
que ese gremio al fundar, nombre no teniendo,
le pusisteis el nombre de mi libro,
según me dice en la portada el reglamento.

Tanta merced, galardón tan grande,
parvo me dejan, como hay Dios en el cielo;
y es para mí tan apurado el caso
que no sé de que suerte agradecerlo.

Para dirigir un centro filarmónico,
de la sociedad coral con el aditamento,
hay que tocar... y yo no os toco nada;
hay que cantar... y yo no os canto: aúllo.

Cuando yo era niño, hago memoria,
que saliendo a callejear por los hiladeros
tropecé una noche con una Musa,
gran cantadora de hechizos viejos.

De su dulce hablar embrujado,
la cortejé; aceptó; le pedí celos,
y por toda respuesta me dio un hijo,
otra prueba de amor no teniendo a mano.

El mozo es guapetón y bien criado
y lo alaban de ser un buen gaitero;
mas, de lo que deje de tocar o toque,
pues nada le enseñe, laureles no quiero.

El grave son de los pinos – esos monjes
siempre murmurando por lo bajo el credo -;
el rumor del torrente despedazado
contra la salvaje costa; los blandos ecos
de las campanas del lugar que saludan alegres
el alborear del sol; el tintineo
del cascabel dorado que al pescuezo
alegre lleva el retozón ternero;
la nota heridora con que los aires
hiende al huir el rápido estornino;
el murmullo de los besos que en las hojas
- Don Juan de las pobres flores – deja el céfiro...
ahí tenéis de el Gaitero de Penalta
los ignorados únicos maestros.

Nada me debe a mí; que aquel su arte
de florear cuando le da a los dedos,

tanto lo empleo en la perdición de las almas
que creo que lo aprendió del mismo demonio.

Ni sé tocar ni sé cantar. Un día,
cierto fuego sintiendo de mí dentro,
de apagarlo trate cantando, porque
dicen que el canto aminora el sentimiento.

Era el patrón del pueblo: al pie de la ermita
se subastaban de un cerdo los jamones;
estallaban en el aire los cohetes;
todo meriendas era el campo yermo.

De aquí para allá, rascando en las sobras,
van los restos mendigando los ciegos;
hierve el licor en los vidriados frascos;
del pulpo asfixia el penetrante olor.

Harto de predicar, en la rectoría
hecha la siesta con la dueña el señor clérigo,
y los feligreses a brincos por los bosques,
perdidos en montones, unos de otros lejos,
picados por la mosca de los amores,
del vino y de la solanera – tres cuchillos –,
tratan de imitarlo dándole a los cuerpos...
lo que piden los cuerpos bien comidos.

Y, mientras, la justicia llama a la puerta
del labrador; no hallándolo dentro
se apodera del pote, del arca y del carro,
¡y se lleva todo, y lo vende todo junto!
¡Y mientras, el grano se moja en el hórreo,
en un rincón el azadón se pudre quieto,
roe el gusano la patata y los topos
no dejan hierba viva en el prado!

El servicio del rey llama a los muchachos,
y como donde no hay...nulla es redemptio,
¡allá se van para no volver ¡desdichados!,
tras de sí dejando desconsuelo eterno! ...

Entrando entonces por entre aquel gentío,
me presente indignado en el terrero.
Estaban en la regueifa : en dos bandos,
al son de melancólicos panderos
unos cantaban vidas de santos, y otros
desengaños de amor... en malos versos.

Pedí licencia, hice la reverencia,
recogí el bastón, tosí primero

y luego comencé... Mi alma toda
ardía en generosos pensamientos:
me daba asco aquel carnaval, aquella
fiesta de holgazanes y glotones,
jarana de cruce, donde la virtud – vaca
va a buscar cría bajo el buey – deseo;
y del tiempo acordándome en que vivo,
viendo como se acaba nuestro genio,
como desaparece nuestra raza
bajo una corteza de herrumbre y estiércol,
canté... y la estrofa de mi canto, encendida,
cual salida de la forja de un herrero,
prendió en las carnes, abrasó las almas,
me ganó desaires, puso en todos miedo.

Pronto callé... Cantaba la libertad,
el trabajo, el deber ¡No me entendieron
y a pedradas me echaron del atrio,
y desde entonces de la patria ando extranjero!

Si yo supiera cantar, decidme ahora:
si yo supiera cantar, ¿me pasaría esto? ...
Ignorante de la ciencia de Talia
y aun más ignorante de la de Orfeo,
ni puedo presidiros ni es justo
que me hagáis honor que no merezco.
No por eso penséis que el agasajo
de vuestro voto unánime desprecio;
que no abrir la puerta cuando llaman
es de hombres ruines, no de hidalgos pechos.
Vosotros me llamasteis a mí. Pues bien, amigos,
todo lo que yo soy, todo lo que valgo y tengo,
aquí os va: disponed. Yo me alegraría
serviros en lo que os fuera de provecho

Fundáis una sociedad de canto
lejos de la tierra que os dio aliento.
Galicia es un pueblo lírico: cumplís
obrando así con un natural precepto.
Desde el verde genistal, de los montes gala
al hinojo que crece en los regeros
desde la frondosa copa del roble
al río que dormita en su lecho;
desde las flores que a la noche abren el cáliz,
como un amigo a otro sus secretos;
desde la mariposilla a los ruiseñores
y desde la mujer hasta el lucero,
todo allí pía, suena, zumba, canta;
todo tiene voz y musical acento:
en cada rama se posa una Patti,

en cada tronco se escucha un Mendelssonh.
Quien dijo que Galicia no tiene arte
Poco conoce nuestro suelo paterno.
¡Tiene arte, tiene! Lo que no tiene son artistas,
porque los escupe para suelos ajenos.
Testigos, vosotros, que para cantar nacidos,
hacéis un Elisio del destierro,
honráis al que os hiere, como el sándalo
perfuma al hacha que lo volvió astillas.
Y testigo también... ¡He de contarlo,
he de decirlo y pregonarlo a gritos,
para que escarmiente esa cruel madrastra
que desnuda a sus hijos para vestir a sus yernos!
Con el saco a los costados de mis hondos dolores,
dolores sin causa mas también sin término,
viniendo de mi trabajo, en una calle
me vine de la corte una mañana temprano
De súbito me pare, un regalado
son de celeste música, un concierto
de notas brujas, volando por los aires
llegó a mí, dejándome suspenso.
Si alguna vez soñasteis con las canciones
que arrancan de los ebúrneos instrumentos
los querubines, la entrada festejando
de las almas vírgenes en los gloriosos reinos;
si la sed, el hambre, el desamparo, el frío,
alguna vez pensasteis que pudieron
en una cuerda caber, que estremecida
ha de destrozar el corazón en el pecho,
tendréis una idea, aunque pequeña,
del matinal sublime parrandeo,
que con curiosidad femenina
venía a escuchar la luna desvaneciéndose.
Paso a paso, poco a poco me fui
siguiendo el rastro del cantor... ¡Qué veo!
Bajo el arco encogido de un alcázar
la viola gentil tocaba un niño.
Tenía la boina en el suelo para que echase
la limosna quien quisiera; de punta los pelos,
tiritando el cuerpo con la helada,
batía los dientes que daba pena verlo.
Llegué a él: ¿Qué años tienes, mi joya?
le dije – Once, señor. - ¿De donde eres? – Gallego,
repuso. - ¡Estas loco! ¿De que lugar?
- De La Coruña. -¿Tienes quién te eche una mano? - ¡No tengo!

Me contó que su padre fue soldado,
que tiene dos hermanitos siempre enfermos,
que está su madre recién parida y que para todos
a fuerza de tocar gana el sustento...

- ¡Toca mi niño, toca! Le dije al ir
¡como yo pueda, también te doy por cierto
que he de tocar al hombro a esa madrastra
que desnuda a sus hijos para vestir a sus yernos!

.....

Eso os digo a vosotros. ¡Cantad, tocad!
que, ¡Dios nos valga! Tras los tiempos vienen tiempos;
y yo confío en que el niño de mi cuento,
que hoy admira el pueblo madrileño,
y todos vosotros, si el arte perseguís,
conquistaréis de los inmortales el templo.
¡Si, tocad, cantad! Que el nuevo mundo
americano escuche al mundo céltico
en esa Alborada 1 por Dios misma hecha
cuando creó los soles por los cielos;
himno – titán que desde entonces los astros
repiten al girar sobre sus ejes,
y que ha de un día, redimido y libre,
ser el Te Deum triunfal del humano género.

Madrid, 18 de febrero de 1887

A MARIQUIÑA PUGA

Despedida

Como tu partes para lejos
y yo voy para viejo,
un adiós, Mariquiña,
mandarte quiero,
que la muerte es el diablo
y anda rondando las tejas
de mi tejado.

Cuando dejes las costas
de nuestra tierra
ni luz ni poesía
quedará en ella.
Cuando te vayas
se va contigo el ángel
de mi guarda.

Paloma mensajera
de blanca pluma,
háblale a los emigrados

de la patria suya.
Diles mimosa
que de ellos apartada
Galicia llora.

Diles que para sus hogares
tornen deprisa;
que sin ellos no quieren
aderezarse las viñas,
regar los riegos,
madurar las castañas
en los castañeros.

Diles que no hay tierra
mejor que la nuestra,
más risueños paisajes
más frescas sombras,
más puros cielos,
ni luna más luciente
en el firmamento.

Diles que sus obligaciones
aquí los esperan,
¡y si donde ellas no mueren
que se condenan!...
Y ahora vuela,
paloma, y que te guíe
Nuestra señora.

POR LA UNION

No es en honor del Patrón
que esta noche a bailar vengo.
Aunque se la tenga al Santo, tengo
a la patria más devoción.
Yo, por sí si o por sí no,
con los santos quiero estar bien;
mas quiero estarlo también
con la tierra en que fui nacido:
sólo una patria hay en la vida
y santos hay más de cien.

Harto de evangelizar
y hacer en el mundo estrago,
hace tiempo que está Santiago
de la santa gloria a gozar.
Con no menos batallar
contra todo mal gobierno,

Galicia a un suplicio eterno
de siempre está condenada,
y nos pide, desolada,
que la libremos de ese infierno.

Es tan grande su penar,
la dañan tantos abrojos,
que con las lágrimas de sus ojos,
creo que fue hecho el mar.

Ante el trono y ante el altar
contra su mal pide acuerdo;
mas sin piedad ni remordimiento
de su dolor, nunca escaso,
los hombres no le hacen caso
y Dios permanece sordo ...

¡Pobre vieja! ¡Desdichada!
¿Qué pudo ella nunca tener
con nadie, para merecer
suerte tan dura y mezquina?
¿No derrochó cuanto tenía
por el bien de esta nación? ...
¿Quien la civilización
llevó de Occidente a Oriente,
en la nave resplandeciente
que tripulaba Jasón?

¿Dónde nacieron aquellos
que Grecia y Roma fundaron
y a las puertas de Asia llegaron
la luz llevando con ellos?
¿Quién la lira y los cinceles
de Homero y Fidias guió?
¿Quién con la ruda lanza armó
de Viriato el brazo fuerte,
que sin miedo tener de la muerte
al Cesar desafió?
¿Quién hechos más esforzados
registra en nuestra historia?
¿Quién destrozar tuvo la gloria
más moros renegados?
¿Quién marchó tras los cruzados
con el poeta padronés?
¿Quién contra el pirata inglés
luchó con más bizarría,
y vio, soldado de Pavía,
un rey de Francia a sus pies?
¿Quién en las modernas edades
más ato el pendón ondea,

y con más tesón pelea
por las patrias libertades?
Contra franceses y frailes,
¿quién igualó su poder,
que un cañón supo hacer
de un castaño en San Payo,
de la espada de Lacy un rayo
y un rayo de la de Porlier? ...

¡Tú solo, Galicia Santa!
¡Tú, que en lo antiguo señora,
esclava gimes ahora
de los caciques bajo la planta!
Viéndote entre pena tanta,
tus bravos hijos ¿Qué hacen? ...
¿En qué piensan? ¿Dónde están,
que no cogen las hoces
y echándose a los caminos
a redimirte no van?

Rechinando los dientes,
unos con otros agarrados,
revueltos y enfurruñados,
semejan perros rabiosos.
En las propias carnes los dientes
clavan, sin compasión,
y despreciando la razón
que todo su odio borre,
¡se olvida de su Madre, que muere
llena de infamia y baldón!

Gallegos que me escucháis,
gallegos que a verme venís:
¡hoy de aquí no salís
sin hacer las amistades!
De nuestras debilidades
el diablo no se ha de reír.
Nos vamos todos a unir,
matando rencores ciegos;
¡que en la unión de los buenos gallegos
está de la patria el porvenir!

Juntas estrellas y estrellas
forman el azul firmamento;
juntas las ondas del viento
de la nave mueven las velas;
juntas las pajas sencillas
forman almiarés gigantes ;
juntas las gotas colgantes
forman regatos sombríos,

juntas las aguas de los ríos
forman océanos bramantes.

Todo, para ser grande y fuerte
se une, junta y congrega:
quien a la discordia se entrega
va derecho hacia la muerte.
No aguarde mejor suerte
a quien fomente divisiones;
que la unión de todos los buenos
es ley de tan alto aliento
¡que para estar en el Sacramento
hasta la tiene que cumplir Dios!

No pido bravos ni palmas,
ni coronas esta noche;
pido a todo el que me escuche
la unión, que es la vida de las almas;
la unión, que del éter en las calmas
buscan la brisa y la flor;
la unión, que es germen fecundo
de bien, de fuerza y de amor.

Por esa unión hechicera
volverá la patria a tener vida;
por esa unión bien querida
vengo a bailar la muñeira.
Colonia gallega entera:
aunque falto de donaires,
no este grito desaires
en que esa unión reconcentro:
¡que el presidente del Centro
estreche la mano del de Aires!

JURAMENTO...

(A Daniel Méndez Brandón)

En la noche de la despedida
me dijo a la luz de la luna:
“Doncella como me dejas,
doncella me has de hallar”.

Y desde la ventana
que abierta está,
me dio dulces
besos con la mano.
De vuelta de lejanas tierras

pasé por su hogar,
la busque de amores ciego.
¡No la pude encontrar!

Y en la ventana
que cerrada está
paños de niño
vi blanquear.
Los que por el mundo vais,
en un juramento a fiar,
los que por el mundo vais
¡no debierais tornar!

No quiere el río
correr para atrás,
temiendo olviden
el bien que hace.

LOS DIOSCOROS

*A mis amigos los periodistas
viajeros Segarra y Juliá.*

I

Herida de una peste,
Grecia en tiempo antiguo,
miró aquella fuerza
y aquel valor perdidos
que de sus fundadores
héroes y Dioses hizo.

Ya nada le quedaba
en sus lares nativos:
ni de los abuelos memorias
ni fe en sus destinos;
pues con valor murieron
los ánimos altivos,
las sanas y buenas costumbres,
los nobles pechos erguidos.

Los bosques, antes llenos
de númenes benditos,
ahora son guaridas
de fieros asesinos.
De amor y lealtad
rompiendo el viejo vínculo,

por donde quiera florecen
codicias, crímenes, vicios.

No hay hombre para el hombre
del padre recela el hijo;
el hermano al hermano traiciona,
el amigo vende al amigo.
Y de la Beocia a la Jonia,
del Citerón al Olimpo,
pasea sus harapos
un pueblo enfermo y mísero.

II

De tan mortal dolencia
Grecia se curó al cabo,
juntando un nuevo mito
a los muchos inventados,
Creó Cástor y Pólux
en ellos encarnando
la eterna juventud,
la fuerza y el entusiasmo,
los echó de isla en isla,
por bosques y por páramos,
por tierras y por mares,
por valles y por montes,
para que – el poder oculto
que les prestara, usando –
saliesen a los caminos
a dar confort y amparo
a los pobres viandantes,
de miedo acobardados;
prendiesen malhechores,
ahuyentasen trasgos,
la soledad colmasen
de gritos y de cánticos,
guiasen de los argólidas
las naves a puerto salvo,
y, no rendidos nunca
ni nunca separados,
a un mismo tiempo símbolos
de fe y de unión, entre ambos
del renacimiento helénico
fuesen gentiles heraldos.

III

¡Y lo fueron! Y lucieron
luego para Grecia los días
de Codro, renombrados,
gloriosos, de Leonidas;
que nunca los pueblos mueren,
que caen, sí en la caída
aquel tesón no pierden
que los yergue y dignifica.

.....

España, la triste España,
(¡Desdichada patria mía!)
se duele del mismo mal
que la pobre Grecia antigua.
Como ella, perdió todo...
¡Más que ella perdió todavía,
porque perdió el esfuerzo
que prez y honor conquista,
la fe que el pecho inflama,
y la unión que los triunfos guía!
Quizás también, como ella,
como esa tierra antigua,
sueña para erguirse, con una
divinidad mítica...

¿Quién sabe sí ese mito
ya en vos se realiza,
osados peregrinos
que vais de isla en isla,
nuevos Cástor y Pólux,
llevando por la vida
de luz un Evangelio
que a las razas purifica?

Cuando cruzáis Europa
y la América latina
y veo a vuestro paso
que el nombre hispano brilla
y para honrarlo acuerdan
las mortales simpatías,
yo creo que ese mito
tiene culto y rogativas
y empieza ya el milagro...
¡Y la Patria resucita!

¿Será verdad? ... ¡Seguid
la sacra correría;
que sí por justo premio
a una misión cumplida,
los Dioscóros lograron

morar del cielo en las cimas,
también, cumplida la vuestra,
la Historia agradecida
ha de daros un lauro
que la fama eterna afirma!

(La Habana, 1907)

LA HOZ DEL ABUELO

(A Cristóbal Colón)

Rebelde contra los hechos consumados,
al descubrir América bendita
fuiste de la ciencia, que la creación limita,
el primero entre los grandes sublevados.

Por ti, mares y tierras ensanchados,
deducir pudo la mente que medita
la majestad de Dios, santa e infinita,
de la majestad de los mundos revelados.

Así, para el siglo que hoy te saluda,
cuando de las sombras sacaste a un continente,
sacaste la creencia de las brumas de la duda;

Y sabe desde entonces la humana gente
que en la lucha de la vida, fuerte y ruda,
vela a su lado Dios eternamente.

(Madrid, 1892)

EN LA APERTURA DEL CENTRO GALLEGO

I

Viéndoos en rueda, mis hermanos queridos,
mi cantar prestos a escuchar,
me zumban los oídos, me marran los sentidos,
y, así Dios me salve, cómo estremecidos
todos mis huesos, me hallo por llorar.

¡Me ahogan las lágrimas!, que no es para menos
ver aquí a mi pueblo, ¡pueblo de Israel!,
porque como él cruza desiertos estériles,

porque como él entona doloridos trenos,
porque como él sufre, porque es bueno con él.

Sueltos, esparcidos y desorientados,
cual aves sin nido, de aquí para allá
fuimos por el mundo , siglos no contados
del tiempo olvidados, por nuestros pecados,
en que nos vio junta, parva, la humanidad.

¡Quién dijera, viendo tanto acabamiento,
tanta testa baja, tan mortales pasiones,
que no hay grandeza, que no hay portento,
que no hay conquista ni descubrimiento
que hecho no fuese de antiguo por nosotros!

II

La Ciencia lo pregona y la Ciencia no miente.
Cuando el mar al mundo todo sumergió,
para acá del Pirene y del Apenino ingente,
sobre las olas trágicas quedó solamente
el rinconcito celta, que enjuto se libró.

De ese canto los hombres, del cosmos aislados,
en pleno disfrute de la paz secular,
fundaron costumbres, leyes, artes, Estados,
y ya no cabiendo en las tierras pobladas
teniendo el mar abierto, se echaron al mar.

Delante de ellos las tierras del Océano salían
en un resurgimiento de palomas, azul.
Era que las aguas que al globo cubrían
los niveles polares buscando, huían
las puertas abriéndole del Este y del Sur.

Por ellas entraron los buenos navegantes
tendidas las velas que el ábrego hinchó
llegaron a las costas del Egeo distantes,
besaron la arena de las playas sonantes
y fue de ese beso que Grecia nació.

Preguntadle a los héroes de la Ilíada cantados
de qué raza vienen, de qué tierra van,
y los vientos de las naves en que son llevados,
de aromas de genistas y de juncos cargados,
os dirán que llegan del céltico lugar.

Aquella sublime y olímpica gente,
de fuertes gigantes, aquella invasión,
no habla los idiomas que hablan en Oriente.
Araban las tierras, guardaban la simiente...
¡y así sólo labran donde el sol se pone!

Aquellas mujeres (Penélope lo diga)
que mientras sus hombres van lejos a luchar,
en la casa quedaban hilando una madeja,
las mismas son de esos que, en mortal fatiga,
de los suyos se separan para no más tornar.

Aquellas cuadrigas con piedra y con tejas
que van a la ciudad que funda Anfión,
tiene las mismas ruedas, aperos y artilugios
y las mismas yugadas de bueyes en parejas
que tienen los carros de nuestra región.

Aquello rumores y juegos silvestres
de sátiros trancos y ninfas gentiles,
son copias de las fiestas y danzas campestres
llevadas por encima de las rocas agrestes
para las áticas tierras, de nuestro país.

Aquellos respetos a muertos y vivos,
aquella acogida que a los huéspedes dan;
el culto a los Dioses y a los geniecillos,
el amor a la familia y a los lares nativos,
que vienen nos dicen de druídico lugar.

Aquellos viajeros, trocando las edades,
harán sus Sócrates de nuestros Feijóos,
de nuestros Viriatos sus Alcibiades,
sus Sumos Pontífices de nuestros Abades,
de nuestras cuadrillas sus grandes legiones.

De nuestra zanfoña harán su salterio
su pífano acaso de la gaita harán,
que suene de Elesius en el sagrado misterio,
de nuestros panderos su sitro funerario,
y de nuestras flautas la flauta de pan.

III

Si Grecia está llena de nuestras costumbres,
todo en ella indica que la fundamos nosotros;
tiene los mismos nombres los ríos y las cumbres,
y hasta los mismos cielos y los mismos perfumes
que es nuestra confirman con la firma de Dios.

¡Si! A nosotros, tan ajados y tan divididos,
a nosotros, más vejados que hijos sin madre,
cuando vivíamos concordes y unidos
¡sobre aras de púrpura y de oro bruñidos
quemábamos mirra tres mil años ha!

Ceñimos coronas en tiempo lejano,
fuimos dioses, héroes, primates y reyes;
ante nosotros se postraba el género humano
y el ciego de Cheos y el vate mantuano
cantarán los versos que vosotros le inspiréis.

.....

IV

Los siglos pasaron; de Grecia sale Roma,
que el genio expansivo de los celtas heredó;
destruye, y olvidado del origen que toma
cuando llega a España y a los gallegos doma
¡no sabe que en ellos a su raza domó!

Tal es nuestra historia en el oscuro pasado;
junto a ella las miserias presentes, ¡ay!, son
quizás castigos de un gran pecado.
Gallegos, ¿queréis mejorar de estado?
¡Juntaros, para nuestra regeneración!

Mientras que, errantes por patria extranjera,
no nos juntemos para la nuestra honrar,
será nuestra vida como una lanzadera,
a tejer un lienzo sin venta en la feria,
y dar muchas vueltas sin salir del telar.

EN CORSO

Marineros de la Marola,
de las islas Cíes y del Orzan,
remendad bien las velas,
dadle sebo a las cuerdas ya;
reparad las viejas redes,
los cuchillos afilad
y aprestaros, marineros,
por la patria a navegar.

Desde el Norte americano
llega a España occidental,

de ignominias y de ultrajes
una negra tempestad,
en las olas que levanta
y en Galicia van a parar,
¡esputos flotan de desprecio
para vosotros y vuestra madre!

Marineros de la Marola,
de las islas Cíes y del Orzan,
no seréis marineros
sí teméis hoy al mar;
una horca en cada verga,
en la cintura un buen puñal,
en el timón un brazo fuerte
y a bogar, bogar, bogar...

Marineros de la Marola,
de las islas Cíes y del Orzan,
gran pesca os aguarda
sí sabéis bien pescar;
una lancha de centollos
vente y cinco pesos vale,
un cargamento de Yankees
os vale... ¡la inmortalidad!

(La Habana, 1898)

LA ESPINA

I

Para que os hable esta noche
me metieron cierto empeño
y un poco ha hablaros vengo
si hay por aquí quien me escuche.

Años hace que en los riñones
llevo clavada una espina,
y como me duele todavía
me la voy a quitar delante de vosotros.

Si mientras me la arranco grito,
disimuladme la molestia:
se queja la bestia y es bestia,
es hierro y se queja el hierro.

Mucho no se han de alegrar
de ver que aun tengo alientos

los que bebieron los vientos
para hacerme callar.

Mas de esos que, aquí llegado,
con gaita me recibieron
y cuando entero me vieron
quisieron verme ahorcado;

de esos, con almas de perros,
que creen, en su insolencia,
que se compra una conciencia
por cuatro cortezas de pan;

de esos que medrando vi
de los abusos de poder
y a jornal quisieron tener
un cómplice mudo en mi;

de esos para quien todo entero
el orden moral es un negocio,
la codicia un sacerdocio
y el mejor Dios el dinero;

de esos para quien fui un mambí
cuando era más español
y llenan con los mambís el zurrón
ida ya España de aquí;

de esos entre quien sembré
simiente de paz y amor
para recoger un deshonor
por cada grano que planté;

de esos que en la lucha ciega
que contra mí trabaron
hasta matar no pararon
la pobre Tierra Gallega

de esos que cuando la funde
me ofrecieron su caja
y... se dieron de baja
cuando a cobrar les mandé;

de esos que de rabia llenos
de la puerta me despidieron
y me la abrieron cuando vieron
que me la abrían los ajenos;

de esos que en la época vieja
dijeron de mí horrores

en papeles de dos colores:
anaranjado y bermejo...

(Que para eso nuestra bandera
sirvió en su mano odiosa:
para erguirse ante la gente nuestra
y arriarse ante la extranjera);

de esos que, el nombre callando,
no me quiero aquí ocupar;
quien las hace las tiene que pagar
¡y esos ya las están pagando!

II

El amigo que me convida
a cantar en esta velada
pesaroso de ver callada
a mi musa herida,

quiere que os diga las razones
por qué no salgo ni entro
en la benéfica, en el Centro
y en las gallegas reuniones.

Según él, huyendo el trato
de los paisanos que me quieren
les doy pie para ofenderse
y para tenerme por ingrato.

Quien conoce mi historia
y sin méritos me elevó;
quien desde que los aprendió
trae mis versos en la memoria;

quien donde se me injurió
sacó la cara por mí,
y cuando una cox recibí
le dio siete a quien me la dio,

tiene legítimo derecho,
puesto que el amor hace vasallos,
a los más finos agasajos
de un noble he hidalgo pecho...

Habla bien quien así habla
y yo, cubierto de rubor,
nada tengo que responder,
que a veces callar es gala.

¡Soy algo ingrato, es verdad!
Mas puedo decir por la Cruz
que en mi ingratitud
no entró nunca la voluntad:

Jornalero del porvenir,
siempre sobre mi tajo,
yo vivo de mi trabajo
y trabajo para vivir.

Y así, a un jornalero tal
que no aguarda mejoras
ni da rebaja de las horas
ni aumento del jornal;

que no tiene casas ni tiendas,
ni compra papel del Estado,
ni da dinero fiado,
ni cobra foros ni rentas,

a dejar a su menester
no lo podéis forzar
si es que no lo queréis matar
de lo que no queréis morir...

Y son ellos desde entonces,
jefes de la obrera milicia,
¡los que han de alzar la Justicia
por cúpula de la creación!

Para mi piedra labrar
ni fuerza ni tiempo sobra,
y debo dar fin a la obra
antes que el sol se ponga.

III

Ahí ya tenéis las razones
por qué no salgo ni entro
en la benéfica, en el Centro
ni en las Gallegas reuniones.

¿Y para qué me queréis
en esto lugares? ¡Yo mancho!
Me echó de ellos quien dijo
que iba en busca de mercedes;

Me echó quien dijo un día
que en sus ricos estrados

están de más los letrados,
la Música y la Poesía.

Me echo (¡que patrio apego!)
quien sentó, pérfidamente,
que del Centro el presidente
no precisa ser Gallego.

Cuando esta infamia escuché
salí; hice en el momento
de no volver juramento
y cumplí lo que juré.

¿Quieres que falte a lo jurado?
Colgad de aquellos muros
las copias de los hombres puros
que han a la Patria honrado:

Nuestros historiadores
y sabios naturalistas;
nuestros preciados artistas,
poetas y pensadores.

Adornad aquellos techos
que el pincel galaico esmalte,
con frisos donde resalte
la leyenda de nuestros hechos.

Donde, de un sol que hechice
a los rayos fecundadores,
revienten de aromas las flores
y la fruta de miel se deshace;

Donde humeé el hogar,
y donde, cual los desposados
en el lecho nupcial tendidos,
duerma la tierra y estalle el mar.

Haced que cuando visite
el salón de la biblioteca,
quién allí lleva el alma seca
halle la fe que lo resucite,

Leyendo al sabio Rey, Macía,
Feijoó, Colmeiro, Pondal,
Pastor Díaz, la Arenal,
Rosalía y también Murguía.

Haced de nuestra quinta
un lugar donde el doliente

de la mujer y el hijo ausente
las extrañezas no sienta.

Haced que los emigrantes
que aquí llegan en procura
de lo que les niega la mano dura
de sus duros gobernantes,

hallen buen consejo en nosotros,
caridad, consuelo y cobijo,
¡para que no caiga entre lobos
quién huye de entre ladrones!

Haced, en fin, que los que vamos
sin patria a rodar por el mundo,
con lazos de amor profundo
una aquí de hermanos tengamos,

donde, fuere cual fuere la suerte
que nos traza nuestra estrella,
ya que otra no tenemos, ella
nos cierre los ojos en la muerte.

.....

Nada valgo y nada soy;
y también fuera como dentro,
si yo tengo que entrar en el Centro
será con esa condición.

Y aun a poner otra llevo
aquí, delante de la gente;
¡no tendré por presidente
a quien no naciera gallego!

.....

Se divierta en fiestas rumbosas,
bailes, festejos y parrandas,
quien va, cual santo a las andas,
un suelo trillando de rosas.

Pierde el tiempo en vagar
quien piense que en esta vida
toda la brega está contenida
entre un almuerzo y un yantar.

Yo, que convencido estoy,
viendo esta traca mundana

de que la gran misión humana
aún no se comenzó;

cada vez que a solas pienso
cómo aun entre las multitudes
suben a la horca las virtudes
y al crimen se le quema incienso;

que oigo a tanto zorro listo
hablar del suelo adorado
después de haberlo entregado
como hizo Judas con Cristo;

que a través de largos mares
veo poblaciones enteras
dejar las patrias riberas,
los dulces nativos lares,

para ir pidiendo por Dios
el negro pan forastero,
mientras se adueña el usurero
de las tierras de sus abuelos;

cuando veo oscurecidos
a los varones más señalados
y acogidos y alabados
a los traidores y los bandidos;

cuando se escupe en la cabeza
donde la luz del genio arde,
y se ciñe a la del cobarde
el laurel en vez de la genista;

cuando el fin de la patria asoma;
cuando la raza se aniquila
y llama la lanza de Atila
de nuevo a las puertas de Roma.

Debo espiar los caminos...
debo reforzar los puertos...
¡guardar las tumbas de los muertos
y las cunas de los niños!

Dios, a quien plugo dejar
muchas cosas incompletas,
les impuso a los poetas
el deber de terminarlas.

IV

Y abunda ya de poesía.
Más que deciros no se,
sino que no renegué
de mi casta hasta el día.

Desde que en Cuba surgí
lo mismo fui que ahora soy:
ni troqué el corazón
ni la conciencia vendí.

Lo que es justo defendí,
no me negué a la razón;
loé lo que entiendo por bien
lo que por malo, combatí.

Si en la vieja ley viví
y si luche con tesón,
lo ha de decir por mí
verme tornar al terruño
con los mismo cuartos que vine.

.....
¡Al terruño! ¡Ay! ¡La aldea
donde se nace y se crece,
que aun desde lejos parece
que nos acaricia y gesticula!

¡El terruño que cubre los huesos
de los viejos que abandonamos
y que con hondos reclamos
llamando están por nosotros!

¡El terruño! Si la suerte cruel
me hace el mundo dejar
fuera de él y de mi lugar,
gallegos, ¡llevadme a él!
¡Allí podré descansar!

.....
Cuatro cosas me enseñó
mi padre, que Dios tenga en gloria,
y pues me vienen a la memoria
aquí por remate las doy:

“El mejor vino, el de la bodega;
la mejor carne, la de la alcatría
la mejor tierra, la de la patria;
¡la mejor patria..., la gallega!”

EN LA TUMBA DE ROSALÍA

Cogidas a pedir de puerta en puerta
(que no heredé jardines ni huertas tengo)
¡sombra sin paz de nuestra musa muerta!
Aquí estas flores a traerte vengo.

Y al esparcirlas sobre la piedra fría
que un Resurrexit para romperse aguarda,
siento casi el temor que sentiría
el ladrón que recela y se acobarda.

Como él, al dejarte mi ofrenda.
a la soledad en mi ayuda llamo,
que si él tiene miedo de que la justicia le prenda,
temo yo que me murmuren los que amo.

Tanto de nuestro tiempo la gente esquiva
las patrias glorias burla y escarnece:
¡generación de Mánceres mezquina
que hasta el padre que la engendra desconoce!

Que hoy es pecado recordar hazañas
porque impotentes para hacerlas nacemos,
y más que alabar glorias extrañas
nos consuele las propias que perdemos.

El valor, el carácter, las ideas,
lenguas, costumbres... son leyendas doradas.
¿De que color serán, ¡ay! las ajenas
que nos hacen leer a coces y patadas?

.....

Más duerme, Rosalía, mientras tanto
en las almas mengua la fe y la duda medra.
¡Quien sabe si de este recinto santo,
no quedará mañana piedra sobre piedra!

¡Quien sabe si esta tumba, en ese día,
llegará a ser tras bélicas empresas,
tablero de yankee mercería
o pesebre de bestias japonesas!

(Santiago de Compostela, 1904)

AL PUEBLO CORUÑES

Mis Señoras, mis Señores,
que por los periódicos llamados
(siempre cariñosos conmigo)
venís a honrarme a este acto:

¡Que no salga de este sitio,
donde me trajo mi hado,
si sé como agradeceros
tan lisonjero agasajo!

¿Qué hice yo, ¡voto a mí!
para merecer estos lauros,
para que me tratéis mejor
que si fuera un diputado?

¿Traje las aguas a Coruña?
¿Lleve de Coruña a Santiago
el ferrocarril directo,
hace medio siglo aguardado?

¿Os libre de algún impuesto
de los que os están matando?
¿Os hice algún camino,
aunque sólo fuese de carro,
y aunque mismo fuese a dar
a mis casas de campo? ...

¿Eché abajo la contribución?
¿Fundé tal vez algún banco
Agrícola, donde se ayude
A los que viven del trabajo?

Nada de eso. Pues, de aquella
¿qué razón hay ni qué diablo
para que me llenéis el zurrón
de obsequios y de regalos?

¡Vítore, aclamaciones,
apologías y aplausos
a mí, habiendo otros antes
aquí que los tienen ganados!

Y... ¿quién soy yo? Un poeta,
o, como quien dice, un pájaro
a quien talaron el pico
cuando empezaba su canto;
y que, desde entonces, mudo,
de los patrios lares expulsado,

por lejanas tierras y mares
arrastra las alas sangrando.

Un poeta a quien un día
hasta ese nombre negaron
porque arrullar nunca supo
el sueño vil de los tiranos;
porque despertaba a los pueblos
con sus alegres reclamos
y auguraba auroras nuevas
que ya están alboreando;
un poeta a quien jueces
que Dios tenga en su descanso,
condenaron a la cadena
que llevan los presidiarios
y cuyos hierros ¡Oh, Coruña!,
tierra de pechos hidalgos,
mandaste limar a cercén
por mano de tus magistrados.
Mas pienso que en estas penas,
en estas injurias y escarnios,
en los que no hay gloria alguna
(que de hombres son los trabajos)
están las ejecutorias
de vuestro loco entusiasmo.

Y es también, quizás, motivo
para venir aquí a demostrármelo,
el eco de aquella palabra
de prestigio soberano
con que el moderno Demóstenes,
sol y honor del verbo hispano,
ponderó aquí mis versos
en fulgentes ditirambos.
Pero aquel eco lo ahogó
la muerte, ¡y bien ahogado!
para que halla paz y me estimen
todos en lo poco que valgo.

Que si esas razones pudieran
abonar favores tantos,
¿a quien le fuera el laurel
de la inmortalidad negado?
¿Quién no recoge injusticias
en el mundo es un trepa – cardos?
¿Quién no probó algún día
de la suerte el rigor amargo?
¿Quién por la ciega amistad
no fue una vez alabado,

ni qué corazón sincero
no se vio expuesto a engaños?

Mis trabajos, por míos,
os deben tener sin cuidado,
que si ellos son merecidos,
con sufrirlos están pagados;
y mis versos si son buenos,
aunque yo los tengo por malos
(y la prueba la tenéis en estos
en que os estoy hablando)
pues que los sabéis de memoria
y andan en todos los labios,
¿qué otro galardón precisan,
si con galardón soñaron?

Por eso, aunque agradecido
a tantas mercedes, callo;
cuando me mido con ellas
me hallo a su par enano.

Cesad, pues, que estas fiestas
sientan mal a un emigrado
y, más que a mí, le hacen falta
al triste pueblo galaico.

Esta corona que me dais,
para cuando él triunfe se la guardo,
¡que tanto llevó de espinas
el corazón coronado!

Entre tanto, lindas coruñesas,
de ojos como mis pecados,
¡adiós! ¡Adiós, pescadores
del mar, en la tierra pescados
por las brujas, los caciques,
la usura... y otras endemias!
¡Adiós, Orzán tempestuoso,
maestro – cantor afamado,
que presides los conciertos
de los trovadores cantábricos;
patria de mi padre querida,
montes austeros, verdes campos,
trillas, cavas, deshojas,
en las noches de luna clara,
romerías, gaitas, fiestas
alrededor del santuario,
adiós, ¡Y adiós, compañeros
y amigos del viejo bardo!

Cuba, que amé dolorida,
me acoge expatriado
y en ella no ha de faltarme
un cuenquito de caldo.

A todos aquí os tengo
dentro del pecho clavados,
a todos, porque no llevo
de ninguno recuerdos malos.
¡Aun, adiós! ¡Y quiera la suerte
que, ya que tristes nos damos
el último abrazo, os halle
a la vuelta alegres y salvos!

(La Coruña, 21 de octubre de 1904)

“LA ALBORADA” DE VEGA“

Esa celeste música que os regala la oreja,
que os alegra el alma y arrulla al corazón,
es, trocada en moza, una Alborada vieja
que tiene cuatro mil años o más de tradición.

El celta, que delante de los astros se arrodilla,
nos dejó en ese canto de uniforme son
el matinal saludo a la luz del sol bermeja,
hecho de estruendo de himno y ruegos de oración.

Como oración, la cantaron en las fiestas familiares
nuestros abuelos, en las juntas y reuniones del clan,
en las procesiones sagradas, de noche entre los pinares,
que un cura presidía con una segur en la mano.

En las jornadas de pesca para sosegar los mares,
en las sementeras para que no se pudra el grano;
por valles, montes, prados, vallados y casales
dejando de paz lleno de armonía el suelo.

Como himno modulado en la gaita de los antiguos
la cantaron los gallegos que Aníbal comandó,
he hizo de sus notas saetas y castigos
Viriato cuando con ellas Roma escarmentó.

En la cumbre del Medulio, con los cielos por testigos,
aun una vez con eco guerrero resonó,
más oprimida la patria y al arbitrio de enemigos,
los himnos fueron crímenes... y ya no se escuchó.

Y desde entonces los ritmos de esta sonata amada
a tan mezquino estado llegaron entre nosotros,
que entraban en el terrero, en la escarda, en la hilada
y andaban en la inmundicia de los pobres podioseros.

“¡Erguios! – le decía a la raza dominada -,
erguios y calzaros zapatos de malla;
y venid, por la perdida libertad preciada,
con dos jamones por santo, a dar gracias a Dios.”

A las águilas semejantes que pierden pluma a pluma
y mueren de extrañeza cuando en prisión se ven,
en el canto del esclavo que sólo dolor rezuma,
así perdió sus galas esa canción también.

Aquella escala fónica con que hasta el cielo se encumbra,
aquel marcial aliento que armara brazos cien,
¡no más zumbar se oyeron! ¿Qué falta hacen, en suma,
si ya templos los dioses, ni culto los héroes tienen? ...

Así, escrita en los aires, a la garganta confiada
de la multitud versátil que troca, quita y pone
desarrapada, coja, herida, mutilada,
mas entre sus harapos mostrando su blasón,

hasta estos nuestros tiempos llegó esa Alborada...
Un gran artista la vio, y movido a compasión,
le curó los pies, la vistió, la limpió, y restaurada
en la juventud primera, la llevó al Orfeón.

Y vedla ahí la tenéis, bella, magnífica, divina,
como la inventara un día el numen ancestral,
de una fe sana, nueva plegaria matutina,
de nuevos héroes, marcha novísima triunfal.

¡Oh Pange lingua druídico, viajera peregrina
que vienes de lejanas tierras y vas hacia el ideal,
como a los abuelos juntaste contra la loba latina,
junta a los nietos ahora contra el lobo Central! ...

¡Gloria al genio que en mares de inspiración se anega
y de ellos saca mundos que hacen la luz surgir!
¡Gloria al maestro que vuelve a esta canción hechicera
la majestad perdida en las luchas del vivir!

¡Gloria a quien un tesoro en esa canción nos lega,
que ha de ser marsellesa galaica del porvenir! ...
¡Eterno aplauso, vitores eternos al gran Veiga
de un polo al otro polo, del cenit al nadir!

(La Habana, 1907)

SONETO

Tres veces la afilé: fue la primera
cuando, ardiendo el campo y las mieses,
segó tantas cabezas de franceses
que no cabrían en montones en la era.

Fue la segunda cuando, prisionera
la Patria de los teocráticos intereses
desgarró, tras mil luchas y reveses,
del poder absoluto la ruin bandera.

Por vez última la afilo ahora...
- ¿Y para qué, abuelito? – exclama el nieto,
poniéndose delante de él, con la camisa fuera.

- Para que siegues tú – repuso inquieto -
el fruto que yo sembré, y que ya aflora –
dijo, y sonrió, con risa de esqueleto.

(Circa, 1874)